

FLORECER LEJOS DE CASA

TESTIMONIOS

DE LA DIÁSPORA VENEZOLANA

ÁNGEL ARELLANO (COORDINADOR)



Konrad
Adenauer
Stiftung

FLORECER LEJOS DE CASA

TESTIMONIOS
DE LA DIÁSPORA VENEZOLANA

ÁNGEL ARELLANO (COORDINADOR)



Konrad
Adenauer
Stiftung

© 2018 KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG e. V.

© 2018 de los autores

FUNDACIÓN KONRAD-ADENAUER

OFICINA URUGUAY

Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay

Tel.: (598) 2902 0943/ -3974

E-mail: info.montevideo@kas.de

www.kas.de

www.dialogopolitico.org

EDITOR RESPONSABLE

Dra. Kristin Wesemann

COORDINACIÓN DE ESTA EDICIÓN

Ángel Arellano

REDACCIÓN Y CORRECCIÓN

Alejandro Coto

Manfred Steffen

IMAGEN DE PORTADA

Guillermo Tell Aveledo

DISEÑO Y ARMADO

Taller de Comunicación

Obligado 1181, Montevideo, Uruguay

Tel.: +598 2708 27 93

www.tallerdecomunicacion.com.uy

IMPRESIÓN

Mastergraf srl

Hnos. Gil 846, Montevideo, Uruguay

Tel.: +598 2303 47 60

www.mastergraf.com.uy

Edición amparada al Dec. 218/96

ISBN 978-9974- 8440-8-7

Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Los textos que se publican son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento de los editores. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido con inclusión de la fuente.

SUMARIO

5 Presentación
DRA. KRISTIN WESEMANN

7 Introducción
ÁNGEL ARELLANO

AMÉRICA

16 Pero el infierno nunca escapa de nosotros
SALVADOR PASSALACQUA

25 La inmigración venezolana en territorio brasileño
TAMARA TARACIUK BRONER

39 Libertad
JEFFERSON DÍAZ

51 Joropo de esperanza
ALEXIS CASTILLO

65 De Venezuela a la patria celeste. La historia de los veneguayos
ÁNGEL ARELLANO

82 Afuera y adentro
CAROLINA ACOSTA-ALZURU

99 México, mi otro país
GISELA KOZAK ROVERO

111 Protestas y fútbol: entre Venezuela y La Paz
MANUEL LLORENS

130 Páginas del exilio
PAOLA SOTO

138 El país que se inundó de venezolanos
MIREYA TABUAS

153 Nunca pensé en vivir aquí
MARU RODRÍGUEZ

EUROPA

160 Anotaciones al margen de una diáspora
HENSLI RAHN

170 En torno a los venezolanos, algunas reflexiones
EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES

VENEZUELA

182 La crisis desde adentro. Inventario espiritual de la ausencia
HÉCTOR TORRES

197 Glosario

201 Los autores

PRESENTACIÓN

Y así como los terremotos producen reacomodos en las capas
de la tierra, los flujos migratorios, cada tanto, redistribuyen
la semilla humana escribiendo la historia con esa letra grande
que nos cuesta tanto leer.

Héctor Torres

La preocupante situación política y económica que atraviesa Venezuela desde hace algunos años no ha dejado indiferente a ningún país del continente americano ni de Europa. Impacta a sus vecinos inmediatos pero también a otras naciones que, aunque muy distantes geográficamente, han recibido una impresionante corriente migratoria en el último lustro.

La grave crisis humanitaria que viven los venezolanos ha ocasionado que varios millones de personas crucen las fronteras y busquen oportunidades para ellos y sus familias en otros rincones del planeta, alejados de sus hogares y de sus costumbres, dejando atrás la vida en Venezuela para aventurarse en ciudades y pueblos desconocidos pero que han representado la salvación ante la escasez y los dramáticos índices de violencia.

Este proyecto ha buscado darle voz a la diáspora para que sean los propios venezolanos, a través de una selección de textos redactados por varios de sus periodistas y escritores más destacados, quienes cuenten lo que les ha tocado vivir. La Fundación Konrad Adenauer y la plataforma Diálogo Político se complacen en presentarles este libro que es un esfuerzo colectivo para dejar testimonio de la diáspora más sorprendente del siglo XXI en América.

Dra. Kristin Wesemann

Representante de la Fundación Konrad Adenauer
Oficina Uruguay

INTRODUCCIÓN

Millones de venezolanos en el exterior. Gente que huye de la crisis. La tendencia refleja que este número seguirá un dramático ascenso, del cual por ahora no conocemos tope. El **Laboratorio Internacional de las Migraciones (LIM)** aseguró que en 2016 unos 2.500.000 venezolanos se encontraban en el extranjero. Luego la **Universidad Simón Bolívar (USB)** informó que para 2017 el total subió a 3.200.000.¹ En abril de 2018 la **Comisión de Relaciones Exteriores de la Asamblea Nacional de Venezuela** dijo que esta cifra había llegado a 4,3 millones.² Más del 10% de la población.³ Sin embargo, no hay cómo confirmar estos datos con exactitud. El gobierno de Nicolás Maduro prohíbe la publicación de estadísticas oficiales. Las fronteras terrestres con Colombia y Brasil están minadas de rutas irregulares por las que se cue-
lan miles de personas todos los días; lo mismo sucede en el espacio marítimo que conecta a Venezuela con las islas cer-
canas.

El 13 de marzo de 2018 la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) emitió un comunicado para solicitar a los Estados de América Latina que garanticen el acceso a los venezolanos en sus territorios mediante los procesos de determinación de la condición de refugiados. Desde 2014 hasta la actualidad ha incrementado en 2000% el número de

1 «Cifra de emigrantes venezolanos puede superar los 3 millones este 2018» (19.1.2018). *El Político*. Disponible en: <www.elpolitico.com>.

2 «Florido: ya son 4,3 millones de venezolanos que migran huyendo» (13.4.2018). *Noticiero Universal*. Disponible en: <<https://noticierouniversal.com/venezuela>>.

3 La población proyectada para 2018 por el Instituto Nacional de Estadística en Venezuela es de 31.828.110 habitantes. Disponible en: <www.ine.gov.ve>.

ciudadanos venezolanos que solicitaron refugio en los países miembro de la ONU: «Sin embargo, cientos de miles de venezolanos permanecen sin documentación o permiso para residir legalmente en países de acogida. Esto los hace particularmente vulnerables a la explotación, la trata de personas, la violencia, el abuso sexual, la discriminación y la xenofobia».⁴

En 2017, 30.000 ciudadanos venezolanos presentaron solicitudes de asilo en Estados Unidos; 14.000 lo hicieron en Perú; 12.000 en Brasil; 11.735 en Argentina; 5000 en España y 1000 en México.⁵

En enero de 2017, el LIM, unidad adscrita a la USB, informaba que por lo menos 2.500.000 venezolanos (8,3% de la población) residían fuera de su país en 98 de los 195 estados miembros de Naciones Unidas. Sus estimaciones se realizaron a partir de los números oficiales que emiten las oficinas de migración de diversos países e instituciones internacionales como el Banco Mundial o la Organización Internacional para las Migraciones. Siguiendo el estudio *Emigración intelectual y general en Venezuela* de los sociólogos Iván de la Vega y Claudia Vargas,⁶ encontramos que en 2013 los venezolanos ejercieron su derecho al voto en 82 países para participar en las elecciones presidenciales de ese año.

Colombia es la nación que más venezolanos ha recibido: unos 990.000 en los últimos años de Revolución bolivariana. Además de ser receptor directo, el territorio colombiano también hace de puente: entre 37.000 y 60.000 venezolanos atraviesan la frontera todos los días con la intención de seguir a otros países como Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. En segundo lugar está Estados Unidos, que ha recibido a más de 500.000 venezolanos. Y en tercer lugar España, donde para 2016 habían más solicitudes de asilo de ciudadanos venezolanos que de sirios y ucranianos.⁷ Sin embargo,

4 Aikaterini Kitidi (13.3.2018). «ACNUR presenta nuevas directrices de protección ante la huida de venezolanos por América Latina», ACNUR. Disponible en: <www.acnur.org/noticias/noticia>.

5 Ibídem. En 2016 aumentaron cerca de 170% las solicitudes de asilo de venezolanos en Estados Unidos y 120% en Argentina.

6 Iván De la Vega y Claudia Vargas (2014). «Emigración intelectual y general en Venezuela: una mirada desde dos fuentes de información», *Revista Electrónica Latinoamericana de Estudios Sociales, Históricas y Culturales de la Ciencia y la Tecnología*, n.º1. Disponible en: <www.saber.ula.ve>.

7 De un total de 15.245 solicitudes de asilo admitidas por el Ministerio de Interior de España en 2016, 4077 fueron de ciudadanos venezolanos, 2995 de ciudadanos sirios y 2682 de ciudadanos ucranianos. Véase

América Latina se ha convertido en el destino principal, en virtud de la cercanía, la posibilidad de viajar por carretera y la flexibilidad en las normas de regularización del estatus migratorio, con respecto a Norteamérica y Europa, donde resulta más complejo ser residente legal. Hoy destacan las numerosas comunidades de venezolanos en las principales capitales de la región. El LIM estima que un 46% de las personas con pasaporte venezolano se localizan en América, 42% en Europa y el resto en otros continentes.⁸

* *

Manuel Fontana⁹ es un ingeniero químico de la Universidad de Oriente en Barcelona, estado Anzoátegui. Tiene 30 años de edad, una esposa y dos hijas, una de seis y otra de dos. Emigró de Venezuela huyendo de la hiperinflación y la inseguridad. La empresa de servicios industriales en la que trabajó durante ocho años cerró como consecuencia de la crisis económica y el colapso de la industria petrolera. Los materiales básicos para realizar operaciones eran inaccesibles en el mercado local y obligó a la declaración de bancarrota. Todos sus compañeros de trabajo se fueron del país. Algunos tomaron un avión a México y Estados Unidos, otros cruzaron en bote a Trinidad y Tobago, y dos más, junto a él, partieron por tierra hacia Buenos Aires.

Luego del cierre de la empresa, Manuel inició un pequeño emprendimiento de comida rápida en la ciudad de Puerto La Cruz, en búsqueda del sustento para su familia, pero el incremento diario de los precios de los alimentos y tres robos al establecimiento en menos de dos meses lo hicieron desistir de la idea. Probó un par de semanas como taxista improvisado (en una ciudad donde la abrumadora mayoría de los taxistas operan en la irregularidad). En el intento, un secuestro exprés lo dejó sin vehículo y lo hizo desistir de la idea de seguir apostando por Venezuela.

Giuseppe Platania (12.9.2017). «Los venezolanos superan a los sirios en solicitudes de asilo admitidas por España», *Iberoeconomía*. Disponible en: <https://iberoeconomia.es>.

8 Iván De la Vega (10.3.2017). «Venezuela, un país de inmigrantes que ahora emigran», *El Estímulo*. Disponible en: <http://elestimulo.com>.

9 Se utiliza este seudónimo en resguardo de la identidad del entrevistado.

Los tres compañeros vendieron todas sus pertenencias para financiar el viaje. Reunieron 900 dólares americanos entre los tres, 300 cada uno. Con eso estimaban llegar a destino luego de una travesía de siete días. En el primer control migratorio, ubicado en la frontera con Brasil, funcionarios con uniforme militar que resguardaban el punto de control del lado venezolano, que realizaban una revisión del equipaje en la fila de viajantes, les cobraron 600 dólares para devolverles sus pasaportes. Estos les habían sido retenidos sin excusa ni explicación. Entre viajar con la cédula venezolana y hacerlo con el pasaporte vigente, optaron por lo último. Fue demasiado el sacrificio para conseguir este documento. Miles de ciudadanos venezolanos tienen más de un año tramitando sin éxito su pasaporte. Apenas iban a cruzar la línea brasileña y su presupuesto se había recortado 75%.

En Anzoátegui, Manuel dejaba a su esposa e hijas con la promesa de enviar el dinero para que viajaran a la Argentina cuando él ya estuviera establecido. Habían decidido que la niña mayor no asistiera más a la escuela pública en la que estaba inscrita, por el alto grado de inseguridad en el barrio y la imposibilidad de adquirir los útiles escolares. El plan era que su señora se resguardara en casa mientras él alistaba todo.

Los tres amigos llegaron a Boa Vista, a pocas horas de la frontera con Brasil. Ahí se establecieron en un campamento organizado por venezolanos refugiados que habitan en una de las tantas plazas públicas tomadas por la diáspora en la ciudad. Comenzaron a limpiar los parabrisas de los autos que paraban en los semáforos y a trabajar cuidando un estacionamiento en las noches. Los dueños del aparcadero buscaban un solo vigilante pero entre los tres decidieron compartirse el sueldo y hacer la tarea en equipo. Durmieron juntos en una carpa improvisada. Algunos días almorzaban en los comedores instalados por el ejército brasileño para los refugiados.

Cinco semanas después siguieron a Manaos, más al sur, en el estado Amazonas. Ahí estuvieron en una pensión que les permitió compartir una habitación matrimonial. Trabajaron dos meses en la construcción de un edificio, como polizones. Cobraban en efectivo el salario más bajo de toda la nómina. Reunieron lo necesario y emprendieron el camino hacia Buenos Aires. Embarcaron en un *ferry* y luego de cinco

días de agua marrón y selva tupida, llegaron a Porto Velho. Pernoctaron en casa de un amigo de la universidad que habían contactado por Facebook. Al día siguiente tomaron un autobús. El recorrido los llevó hasta Porto Alegre y después a Montevideo. En la capital uruguaya se habían agotado los recursos económicos. Durmieron un par de días en la playa Pocitos. La suerte los hizo conocer al dueño de un almacén de comestibles que les dio trabajo durante tres meses. Dos cargaban las mercancías y limpiaban el establecimiento, y Manuel hacía de vigilante. El pago era en efectivo. Dormían en la parte trasera, en una pequeña pieza del depósito. Reunieron lo suficiente para seguir la travesía pero sucedió un imprevisto: a Manuel lo llamaron unos secuestradores que operaban desde la cárcel de Barcelona, en Venezuela, amenazando con raptar a su familia si no les hacía llegar en cinco días una considerable cifra en dólares. Los amigos juntaron los ahorros, pidieron un adelanto al propietario del almacén mostrando los mensajes de los secuestradores e hicieron llegar apenas un décimo de lo que pedían.

Luego de las amenazas, la esposa de Manuel se trasladó con las dos niñas hasta la frontera del estado Táchira con Colombia. Ahí estuvo tres días hasta que logró cruzar a la ciudad de Cúcuta. Con la excusa de estar embarazada logró ser hospedada en un albergue provisorio. Una mentira que le ayudó a mantener a sus hijas a buen resguardo y lejos del miedo. Esperó 30 días. Recibió un dinero de su marido y se subió en un autobús hacia Asunción, Paraguay.

El dueño del almacén no pudo mantener con trabajo a los amigos, pero les facilitó el teléfono de un conocido suyo, paraguayo y productor agropecuario. Les dio una liquidación por el tiempo trabajado que alcanzó justo para el pasaje por carretera desde Montevideo hasta el vecino país. Otra vez en la ruta. Llegaron a destino y ahí fue el reencuentro, casi ocho meses después. Todavía viven en la estancia trabajando y luchando por llevarse al resto de sus familiares.

* * *

En 2015, un estudio realizado por la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Central de Venezuela, la Universidad Católica Andrés Bello y la Universidad Metropolitana

arrojaba que entre el 67 y el 82% de los estudiantes querían irse a vivir fuera del país. Esta cifra ha seguido en vertiginoso ascenso. La crisis económica y social se ha profundizado. En Venezuela es común ver miles de desnutridos en la calle. El año 2018 inició con una escasez de 80% en alimentos y 90% en medicamentos, la inflación ha sido estimada en 13.000% y la caída del PIB en 15%.¹⁰ La organización Cáritas Venezuela informó que en marzo de 2017 existía un 11,1% de desnutrición aguda en la población infantil,¹¹ y afirma que esta cifra podría llegar a 25% para finales de 2018, si el gobierno de Nicolás Maduro no acepta la ayuda humanitaria internacional.¹² Destacan casos graves de menores que perdieron cerca de 60% de peso corporal. El costo de la cesta básica alimentaria para mayo de 2017 era 14 veces mayor al salario básico total de un trabajador. Estos indicadores amplifican el volumen de ciudadanos que parten de la patria.

Una de las consecuencias más dramáticas del éxodo es la fuga de cerebros. **De acuerdo con un informe del Pew Research Center,¹³ el 53% de los inmigrantes venezolanos en los Estados Unidos, de 25 años o más, tienen una licenciatura o un estudio de posgrado, en comparación con el 29% de los inmigrantes hispanos.** En 2014, el sociólogo Tomás Páez, profesor de la Universidad Central de Venezuela y coordinador del libro *La voz de la diáspora venezolana* (La Catarata, 2015), publicó una cifra reveladora a partir de una encuesta realizada a casi 1000 venezolanos radicados en 30 países: más del 90% tenían grado universitario, el 40% maestrías y 14% estudios de doctorado.

Millones de venezolanos desperdigados en todo el mundo, luchando por incorporarse al mercado laboral, regular su es-

10 AFP (25.1.2018). «FMI prevé inflación de 13.000% y caída del PIB en 15% para Venezuela», *El Nacional*. Disponible en: <www.el-nacional.com>.

11 EFE (20.5.2017). «Advierten que desnutrición aguda en Venezuela sigue en aumento», *El Nacional*. Disponible en: <www.el-nacional.com>.

12 «Desnutrición infantil podría alcanzar 25% en 2018» (17.3.2018). *El Nacional*. Disponible en: <www.el-nacional.com>.

13 Jens Manuel Krogstad y Gustavo López (2016). *Venezuelan asylum applications to U.S. soar in 2016*. Washington: Pew Research Center. Disponible en: <www.pewresearch.org>.

tatus migratorio, integrarse a la nueva sociedad que los recibe. Huyeron del miedo, el caos, la carestía, la angustia. Viven con el corazón y la mente divididos a la mitad. Una parte en su terruño de origen, leyendo las noticias, hablando con la familia, enfrentados a la actualidad asfixiante de un país que genera informaciones desgarradoras cada minuto; la otra, en su nueva realidad, tratando de dar lo mejor de sí a pesar de la nostalgia.

¿Quiénes son esos venezolanos? ¿Qué tienen para decir? ¿Cuáles son sus testimonios? ¿Qué han visto? ¿Qué han vivido?

Con el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer (KAS) hemos editado este libro que agrupa los testimonios de un muy relevante grupo de periodistas y escritores venezolanos en el exilio. Algunos en tono de crónica o con lenguaje de reportaje, otros más testimoniales y personales. Los colaboradores de esta obra tuvieron plena libertad para expresar sus vivencias y puntos de vista. Estos textos registran una panorámica de la inmigración venezolana en América y Europa. Al final encontrarán una nota que nos introduce a la crisis mirada desde la ciudad capital, Caracas.

Agradecemos a todos los autores por sus valiosos aportes que registran la realidad venezolana dentro y fuera del país. A la KAS por el patrocinio de esta obra y en especial a la Dra. Kristin Wesemann por sus gestiones en beneficio de este proyecto. A Héctor Torres por su apoyo para contactar a varios de los escritores en diferentes países. A Manfred Steffen y Alejandro Coto del equipo de la revista *Diálogo Político*. Y a Venezuela, fuente inagotable de inspiración y esperanza.

Ángel Arellano
Coordinador

AMÉRICA

PERO EL INFIERNO NUNCA ESCAPA DE NOSOTROS

SALVADOR PASSALACQUA

Llegó otra caja sin el Niño Jesús. La vecina de la calle 161 volverá esta noche, antes de que los chinos ordenen bajar la santamaría, y se encontrará con un nuevo lote de ovejas lanudas y mugrientas en exhibición. Su pesebre seguirá incompleto. «Un pesebre sin la Sagrada Familia es un infierno», me ha dicho todas las veces anteriores. Hoy lo dirá con una pronunciada constipación. La espero agachado frente al estante, pretendiendo ordenar las ovejas por tamaño y gordura. Los chinos instalaron quince cámaras para vigilarnos durante las trece horas de trabajo y los treinta minutos de descanso. Si alguno descuida la tarea asignada, los chinos gritan impro-

perios y amenazan con despido a media lengua. Sé que la vecina llegará pronto. En la radio suena el himno de Colombia. Nos miramos. La esperanza florece en nuestros marchitos campos torácicos. La esperanza de haber escapado del infierno para que el infierno algún día escape de nosotros.

Ayer me tocó ordenar los puentes y molinos de viento. Con las rodillas desgastadas y la escandalosa repartición de boletas para el festival Megaland en la radio, intentaba hallar mi propósito en Bogotá y recordar cómo fue que terminé en un centro de explotación de la carrera novena con el ingenio nombre de Super Ben Market. El viaje, la huida, se desvanece con el bajón de la temperatura en una ciudad tan fría. Un frío que deja fisuras en los labios y hace desear no otro frío, sino otros labios. Solo sé que hace diez días era periodista y profesor universitario y ahora trabajo con tres venezolanas indocumentadas en un supermercado chino donde nos tratan como esclavos. Solo sé que hace diez días el dólar se transaba a 40.000 bolívares y ahora la tasa Dólar Today roza los 60.000. Solo sé que no se ha roto nuestro *cordón de pertenencia*, como describió el periodista Rafael Osío Cabrices a las ataduras de la venezolanidad en su crónica *Desde otro planeta*, escrita en 2014 como exiliado en Montreal.

Lo del cordón es tan cierto que hoy llegué dos minutos tarde. Los chinos me apuntaron en la libreta un descuento de 5.000 pesos por impuntualidad. En Venezuela, llegar diez minutos después de la hora pactada es apenas una atrevida cortesía. Abordé el primer bus en la terminal de Puerto La Cruz, en el oriente venezolano, a las 4.25 de la tarde del pasado 23 de octubre. Debía partir a las 4.00. Un ardor en el esófago me recordó que un litro de aguardiente y seis cervezas abrazaban mi existencia. Tanto alcohol despierta una sensibilidad aletargada en algún escondrijo de nuestras venas. No pude ver más que mi abuela llorando del otro lado, buscándome entre las ventanillas del bus. Y una bandera de siete estrellas flameando entre las manos de mi mamá y mis tías.

Dejé atrás un estado de playas paradisíacas y 1017 asesinatos el año pasado, según el conteo de un diario local independiente.¹⁴ Un estado látigo que te deja escozores en el alma, que te da y te quita con la misma fiereza. Poco antes de mi partida, dos policías nacionales fingieron una redada y

14 Diario *El Norte*, de Barcelona, Venezuela.

me apuntaron en la cabeza para robarme el celular usado que había comprado ese mismo día. Uno de los *pacos* (o *tombos*) me lo sacó de las nalgas. A mis alumnos de la Universidad Santa María les abismaba descubrir que podía llegar al salón de clases con una navaja oculta en la media. Estaba dispuesto a defender mi tableta del acecho de malandros, policías y guardias nacionales en cada esquina. El estado Anzoátegui, bañado por las aguas del mar Caribe y con amplio potencial petrolero, agropecuario y turístico, sepultó recientemente a 53 bebés cuya causa de muerte fue el hambre.¹⁵ Dejé atrás el noveno círculo de Dante, en el que rebajé 32 kilos en siete meses.

LA TIERRA DEL GUERRERO

«Arañas calientes pa las viejas sin dientes», gritaba el niño arañoero Huguito.¹⁶ En Sabaneta de Barinas llaman arañas a los dulces de coco rallado y panela. En su adultez, Huguito se convirtió en una tarántula que acabó con la economía productiva de todo un país. No existe actualmente una ruta extraurbana directa desde el Oriente hacia los Andes venezolanos. Para acercarse a la frontera colombo-venezolana es imperativo tomar un bus hacia Barinas, el estado llanero en el que nació Hugo Chávez.

Antes del aguardiente y las cervezas escribí el itinerario de viaje en un papel. La amnesia de la borrachera podía aparecer a mitad de camino. Recorrimos 845 kilómetros en 15 horas, deteniéndonos solo en el parador turístico de El Gua-petón, en el estado central de Miranda, cerca de Caracas. Ahí conocí a Willymar y Daniel, dos muchachos en el mismo plan de huida. Ya es 24 de octubre.

«Chico, ¿quieres?», inicia Willy extendiéndome una galleta de soda desde la otra mesa. Me despego de la cerveza solitaria y me siento con ellos. El destino final de ambos es Perú. La autoridad de Control Migratorio y Extranjería de Colombia distingue tres tipos de desplazamientos desde Venezuela: movimiento pendular, migración de tránsito y entrada al país con vocación de residencia. Las cifras de

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ Hugo Chávez Frías (2012). *Cuentos del arañoero*. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos Editores, p. 11.

Migración indican que hasta 35.000 venezolanos cruzan regularmente los tres puentes fronterizos en busca de alimentos, bienes de primera necesidad y atención médica.¹⁷ El gobierno de Juan Manuel Santos creó un mecanismo temporal para controlar el ingreso pendular por la frontera, llamado *tarjeta de movilidad fronteriza*. En sus ocho meses de existencia, hubo 1.300.000 registros de ciudadanos residentes de Táchira, Zulia, Barinas, Lara y Carabobo. Otros, como Willy y Daniel, solo cruzan Colombia para continuar la odisea hasta Lima, Quito o Santiago. De acuerdo con un reporte publicado por Migración en diciembre de 2017, durante el año ingresaron 796.000 venezolanos y al menos 550.000 se quedaron a vivir en territorio neogranadino.

Willy y Daniel contactaron a un agente de viajes por WhatsApp. Nunca vieron siquiera una foto de su rostro durante el precario intercambio de mensajes, pero desde el primer día confiaron en que los ayudaría a cruzar por el pago de un paquete de 95 dólares. Estos servicios en la frontera se parecen más al oficio de los coyotes que conducen a los latinos hacia el sueño americano en mortales tránsitos a pie. Viajando por mi cuenta gasté 80.000 bolívares en pasaje en territorio venezolano (dos dólares en ese momento) y 180.000 pesos (60 dólares) moviéndome hacia Bogotá, con una parada en Ocaña.

En la terminal de Barinas no venden empanadas de queso. Mal augurio. Los ojos de Chávez mirándome desde cualquier mural me arrancan el hambre del estómago. Willy y Daniel lamentan haberse quedado sin pan y sin jamón endiablado. A la angustia de no poder desayunar se suma una cola de más de 160 personas para abordar los buses hacia San Cristóbal, estado Táchira, el más cercano a Colombia. La escasez de gasoil y el desespero de los venezolanos por salir del país han provocado un colapso del transporte extraurbano en Barinas. Cerca del mediodía, Willy, Daniel y yo ocupamos los últimos puestos en la unidad habilitada de urgencia por una línea privada para atender la demanda del día.

Willy tiene 19 años. Usa casi siempre pasamontañas y un *piercing septum*. Estudió Ciencias Audiovisuales hasta que decidió irse de Venezuela para ayudar a su madre desde Perú. Daniel se despidió de su trabajo como enfermero y de

17 Fuente: Migración Colombia, <www.migracioncolombia.gov.co>.

los campeonatos de gimnasia aeróbica. En sus conversaciones triviales es posible leer la complicidad de una amistad antigua. Ninguno de los dos ha llorado en el camino. Tratan de no revisar los mensajes emotivos de su familia para conservar la batería de sus teléfonos hasta que tengan que llamar al coyote. No sabemos dónde estamos y no tenemos idea de cuándo aparecerá *San Cristóche* en el horizonte.

Después de la ola de protestas contra Nicolás Maduro en 2014, San Cristóbal quedó en ruinas. El dictador apagó el fuego y la ira de los *gochos* enviando un batallón del Ejército para redoblar la actuación represiva de la Guardia Nacional a solo una semana de haberse iniciado los disturbios. Ese año hubo siete asesinados en las manifestaciones de Táchira. En 2017 cayeron once tachirenses durante los cinco meses de choques diarios entre la resistencia y los guardias.¹⁸ Esta es la tierra de los guerreros con capucha y máscaras de Guy Fawkes que han visto de cerca a la parca con su hoz y sus gases lacrimógenos. Nunca imaginamos que uno de esos guerreros iba en el bus.

A las seis de la tarde pasamos la alcabala de La Pedrera y el guerrero despierta. Se alarma. Mira por la ventanilla. «Nos salvamos», anuncia. Los guardias no detuvieron el bus. En ese punto de control suelen destrozar las maletas y despojar de dólares a los que detectan como posibles migrantes. Es un adolescente de 17 años, alto, enclenque, sin nombre. «Yo mismo disparé un mortero la noche de las elecciones para la Constituyente. Casi me vuelo la mano», relata. «Pero eso aquí ya murió. En San Cristóbal no vamos a seguir dando la vida por nada», se compunge antes de volver a dormirse. Podría figurarme sus sueños, tratar de inmiscuirme en ellos, pero al ver el sol filtrado sobre sus párpados en reposo solo puedo pensar en el descanso eterno de niños como Neomar Lander,¹⁹ quien murió con el pecho lacerado en las calles convulsas de Caracas, o César Pereira,²⁰ a quien le dispararon dos canicas en el abdomen para que nunca pudieran rastrear las balas de la Policía de Anzoátegui. El guerrero se baja en el ba-

18 «Uno por uno, estos son los 43 muertos en las protestas contra el régimen de Maduro en Venezuela» (12.2.2015). *Infobae*. Disponible en: <www.infobae.com>.

19 Ewald Scharfenberg (9.6.2017). «Un adolescente, víctima 66 de las protestas en Venezuela», *El País*. Disponible en: <http://elpais.com/internacional>.

20 «Murió joven de 20 años por impacto de metra en protesta en Lechería» (28.5.2017). *El Nacional*. Disponible en: <http://www.el-nacional.com>.

rrio de San Josecito y me queda la sensación de que en su tierra se ha realizado la vieja aspiración del *punk*: no hay futuro.

TODOS LOS PUENTES ROTOS

De *La virgen de los sicarios* aprendí que a los zamuros también se les dice gallinazos. En la obra maestra de Fernando Vallejo, el escritor y su amor niño, de torso aterciopelado y ojos furiosos, hallan un cuerpo con *rigor mortis* en un platanar, rodeado por gallinazos, bajo el anuncio «Se prohíbe arrojar cadáveres». El escritor desea convertirse en alimento para esas aves negras que considera una prueba de la existencia de Dios. Los gallinazos no sobrevuelan la terminal de San Cristóbal, sino que picotean con libertad las ratas destripadas en el estacionamiento, revolotean bajo la noche joven y los postes que acaban de encender su luz anaranjada. Las otras aves carroñeras caminan en dos patas y no tienen alas. Acechan a los viajeros antes de que reclamen sus maletas. Se presentan como asesores de viaje. Son coyotes.

Willy llama insistentemente a su asesor. «Me dice que nos vemos en la panadería», comenta frente a los gallinazos, coyotes y asesores sin corbata. Así comienza el final de mi historia con Willy y Daniel. Uno de los asesores les entrega una tarjeta y les ofrece mejores condiciones para cruzar el puente Simón Bolívar y montarlos en el bus hacia Lima. Ambos titubean. El aire se llena de dudas y probablemente de elucubraciones angustiantes. «Se pueden quedar en mi casa sin problema. A mi esposa no le va a importar», les propone el asesor. En Venezuela, esa inmediata hospitalidad puede terminar en asesinato, violación o robo. No lo pienso demasiado y me alejo. Willy y Daniel me odiarán desde allá o desde el más allá.

Dos días transcurrieron desde mi salida de Puerto La Cruz hasta que llegué a San Antonio del Táchira, el municipio vecino a Cúcuta. No pude dormir pensando en los amigos fugaces a los que había abandonado. A las cinco de la mañana del 25 de octubre hay un gélido extrañamiento alrededor del hotel. Ya el café negro comienza a llamarse tinto. Y necesito un tinto para disfrutar el rocío. «Chamo, ya cruzaste?», leo en la pantalla del teléfono. Están vivos. Willy está viva. Les ofrezco buscarlos en taxi. Prefieren caminar e ir

por su cuenta. En mi itinerario queda el paso por el puente y un viaje directo a Ocaña, pero el taxista me advierte que a lo largo de Norte de Santander se extiende una protesta de sembradores de coca. Los campesinos exigen al gobierno central que detenga la destrucción de cultivos de amapola. Lo hacen bloqueando las vías y tomando estaciones de gasolina. En San Antonio del Táchira tampoco venden empanadas de queso. Otro mal presagio.

Los taxis se detienen a una cuadra del puente. Me bajo y ruedo la maleta por una carretera mojada hasta encontrar el punto de control aduanero con guardias nacionales. La fila no supera las cinco personas. Estoy punto de abrir la maleta, pero el militar me aprieta la mano. «No, no, *pana*. Solo dígame de dónde viene usted», pregunta. «Ah, Puerto La Cruz. Pase», indica sin tocar el equipaje. Mientras avanzo hacia la taquilla para sellar mi salida de Venezuela, recuerdo cómo la burocracia estuvo a punto de joderme con la renovación del pasaporte. La web del Servicio Administrativo de Identificación, Migración y Extranjería (SAIME)²¹ se encuentra permanentemente colapsada. Muy pocos logran una cita para tomarse una foto y confirmar los datos de identificación que ya están registrados en el sistema. Luego toca pagar una agilización de la entrega para que el pasaporte no se quede cinco meses empolvado dentro de un archivador en la sede central del SAIME en Caracas. El sello, tan frío como la frontera misma, puede llegar a transfigurarte.

El censo de 2011 del Instituto Nacional de Estadística de Venezuela arrojó que unos 721.791 colombianos residían en el país.²² En mi último grado de bachillerato me hice amigo de Yandris, una muchacha de Ocaña que sufría eventuales episodios de xenofobia adolescente. Corría el año 2008. La leche y el pollo comenzaban a escasear. Los supermercados estaban en la mira del dedo expropiador de Chávez. Una de las primeras preguntas que le hice a Yandris fue por qué su familia había decidido mudarse a un país en crisis. «Porque en Venezuela los perros callejeros cagan la plata», contestó. Yandris y toda su familia regresaron a Ocaña y Bucaramanga al tercer año del gobierno de Maduro. Ahora es ella quien me recibe. Una multitud corre por el puente Simón Bolívar.

21 <www.saime.gob.ve>.

22 XIV Censo Nacional de Población y Vivienda, véase en <www.ine.gov.ve>.

El trayecto se me hace corto. No miro hacia atrás. El aire comienza a faltarme en los pulmones. Del otro lado no veo nada distinto. El mismo cielo gris. El mismo pavimento.

Una vez sellado el ingreso en la casa blanca de Migración, pago 20.000 pesos para llegar en taxi hasta la terminal de Cúcuta. Muy cerca de ahí, funcionó durante seis meses un albergue improvisado por venezolanos dentro del Polideportivo del barrio Sevilla. En una cancha deportiva, más de 510 inmigrantes acomodaron carpas y colchones para vivir como verdaderos refugiados de guerra en un dormitorio colectivo que bautizaron como Hotel Caracas.²³ Los habitantes del barrio protestaron con piedras y bombas molotov contra la violencia e insalubridad que atribuían a los venezolanos. La policía y el ejército colombiano desalojaron la cancha y el conflicto entró en una etapa de tensa calma. Muchos venezolanos delinquen, mendigan o se prostituyen en los departamentos fronterizos ante la imposibilidad de integrarse al mercado laboral de manera legal. La crisis venezolana finalmente desbordó sus límites y dejó a Colombia atada de manos frente a la ola migratoria. El gobierno de Santos ha aplicado una medida paliativa para evitar la permanencia irregular de inmigrantes: el *permiso especial de permanencia* (PEP). Aunque no se trata de un documento de identificación ni implica la nacionalización de los venezolanos, al menos permite residir y trabajar legalmente en el país por un lapso de dos años. El PEP solo se otorgó a quienes sellaron su entrada a Colombia antes del 28 de julio de 2017 y, en una segunda fase, antes del 2 de febrero de 2018, de manera que no solucionó definitivamente la situación de los indocumentados. Colombia se ha tenido que embarcar en una reforma de sus visados y en un censo nacional de venezolanos con la promesa de reconocer su estatus dentro del país. El mundo comienza a percibir la emergencia. Estados Unidos reaccionó enviando 2,5 millones de dólares a organizaciones humanitarias colombianas e Italia donó alrededor de 300.000 dólares para atender esta crisis a través del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Los odios balcánicos de Cúcuta no han trastocado la amabilidad de su gente. Me detengo en lo que parece un

23 «500 venezolanos desalojados del “Hotel Caracas”, retrato del duro problema migratorio en Cúcuta» (25.1.2018). *Semana*. Disponible en: <www.semana.com>.

hospital de muñecas, atendido por un Gepetto de mejillas enrojecidas. Es una casa de cambio de larga trayectoria. El señor me da 324.000 pesos por los 120 dólares que traigo escondidos dentro de la media. Mientras cruzaba el puente, los campesinos santandereanos impedían el despacho de combustible hacia el centro del departamento. Las cooperativas de transporte decidieron no viajar a Ocaña. Solo una se atreve a salir, pero siguiendo una ruta inusual hacia Bucaramanga. El camino es curvo y ascendente. Pasamos por Pamplona y por el páramo de La Viuda, donde los pasajeros se detienen a almorzar róbalo y sobrebarriga. Hay arepas de queso. Al fin una buena señal. En Ocaña me espera Yandris con un decálogo de advertencias sobre los *rolos* o *cachacos*. Desde ahora, intentaré sobrevivir en Colombia con menos de la mitad de un salario mínimo. Espero que los perros callejeros de Bogotá defequen billetes de alta denominación. O que el periodismo pueda alimentarme más que el espíritu.

Ayer me tocó ordenar los puentes. Los chinos no pueden enterarse de que todos los puentes llegaron rotos. Podrían culparnos y descontarnos todo el lote de la próxima quincena. Por eso intento ocultarlos detrás de los rizos de las ovejas más gordas. Hay una nueva ganadora de dos boletas para el festival Megaland. Se llama Pilar, no se ha bañado desde ayer y quiere escuchar en vivo a Yandel. La vecina no vendrá a buscar al Niño Jesús esta noche. Y la Virgen sus cabellos arranca en agonía. De su amor viuda, los cuelga del ciprés. Si logro liberarme de los chinos, el himno de Colombia sonará más fuerte en mi cabeza. Miro alrededor y las muchachas lucen los mismos rostros de abatimiento que la semana pasada. Que el mes pasado. Que el país pasado. Ingrid llora porque no tuvo el día libre para despedir a su esposo, quien regresó a trabajar en un ministerio venezolano. Marly piensa en el abrazo que les dará a sus hijos de tres y cuatro años cuando vuelva a verlos, después de cinco meses sin tenerlos cerca. Daniela sigue quejándose en silencio de las fotos desprevénidas que le toman los chinos para mostrárselas a sus amigos solteros, como si fuera parte de la mercancía en la vitrina. El infierno sigue aquí. Las llamas siguen aquí. No podemos volver a un país que no se ha ido de nosotros.

LA INMIGRACIÓN VENEZOLANA EN TERRITORIO BRASILEÑO

TAMARA TARACIUK BRONER

Hace casi una década que cubro Venezuela —el país donde nací— para Human Rights Watch. Una de las consecuencias más visibles de la devastadora crisis humanitaria y de derechos humanos que enfrenta Venezuela en la actualidad es la emigración masiva de ciudadanos venezolanos que huyen del país.

Como parte de mi trabajo, viajé al estado de Roraima, en el norte de Brasil, para documentar la situación de la inmigración venezolana allí. Este capítulo es una versión actualizada del trabajo publicado por Human Rights Watch en abril de 2017 con nuestras conclusiones.²⁴

²⁴ Human Rights Watch (18.4.2017). «Venezuela: La crisis humanitaria se extiende a Brasil». Disponible en: <https://www.hrw.org>.

Cientos de miles de venezolanos han huido de una crisis humanitaria que su gobierno niega y a la cual no está dando una respuesta adecuada. Decenas de miles se han ido a Brasil, en muchos casos ingresando al país a través de la frontera de Roraima. Algunos buscan ser acogidos allí como refugiados, otros intentan encontrar trabajo temporario y algunos viajan para obtener asistencia médica que necesitan con urgencia. La migración sin precedentes de venezolanos está poniendo al límite de su capacidad el sistema público de salud de Roraima, que ya estaba saturado, y está colapsando el sistema brasileño de procesamiento de solicitudes de asilo.

Según información recabada en Roraima por la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en Brasil, la inmigración desde Venezuela es mixta; es decir, algunas personas reúnen los requisitos para obtener protección internacional como refugiados, mientras que otras no. Exfuncionarios de la agencia para los refugiados brasileña dijeron a Human Rights Watch que compartían ese análisis. Las autoridades brasileñas estiman que, en los últimos años, han ingresado al país 52.000 ciudadanos venezolanos.²⁵

Nuestro trabajo de investigación en Brasil y otros países de la región indica que la mayoría de los venezolanos que huyen de su país —por la crisis humanitaria o por persecución política— se sienten exiliados. En general, consideran que no tuvieron otra opción más que irse y desean volver a su hogar. Pero quisieran regresar a un país donde puedan alimentar a sus familias, acceder a servicios de salud básica y sentirse seguros, y donde no sean encarcelados o asesinados por oponerse al gobierno.

Eso no será sencillo y llevará tiempo. Abordar la crisis en Venezuela requiere redoblar la presión multilateral concertada sobre el gobierno venezolano. Compartimos estas historias y conclusiones en este libro con la esperanza de que contribuyan a exponer los abusos del gobierno venezolano y

25 Las autoridades brasileñas dijeron a Human Rights Watch que habían recibido 38.576 solicitudes de asilo o permisos residencia temporaria de ciudadanos venezolanos desde 2015, y que calculaban que cerca del 25% de los venezolanos en Brasil no habían presentado la documentación para regularizar su situación. Es posible que algunos de los 52.000 venezolanos que estaban en Brasil hayan regresado a Venezuela o se hayan trasladado a otros países. Comunicación por correo electrónico entre Human Rights Watch y Casa Civil, 11 de abril de 2018.

generar mayor conciencia sobre la necesidad de resolver una crisis que está teniendo un impacto regional sin precedentes.

CONCLUSIONES DE HUMAN RIGHTS WATCH

En febrero de 2017, Human Rights Watch entrevistó a casi cien personas en Roraima, incluidos ciudadanos venezolanos que habían llegado recientemente a Brasil, funcionarios brasileños, personal médico y de enfermería, académicos y activistas. Los ciudadanos venezolanos habían llegado desde Caracas, la capital de Venezuela, y desde nueve estados —Aragua, Anzoátegui, Bolívar, Carabobo, Mérida, Miranda, Monagas, Sucre y Zulia—, algunos de los cuales están a más de mil kilómetros de la frontera.

Human Rights Watch también consultó estadísticas sobre salud del gobierno del estado de Roraima, información proporcionada por los dos principales hospitales de Boa Vista y expedientes judiciales y resoluciones dictadas por autoridades brasileñas del estado de Roraima y federales. Desde entonces, realizamos entrevistas a ciudadanos venezolanos en el estado de Amazonas y hemos seguido de cerca la situación en Roraima y la situación de la inmigración venezolana en Brasil en general.

LA CRISIS HUMANITARIA EN VENEZUELA

Venezuela está atravesando una profunda crisis humanitaria, tal como han documentado Human Rights Watch y otras organizaciones.²⁶ Debido a la gravísima escasez de medicamentos, insumos médicos básicos y comida, muchos venezolanos no pueden alimentar a sus familias o recibir asistencia médica adecuada. Esto afecta sobre todo a las familias de ingresos bajos y medios que dependen de artículos sujetos a controles de precios fijados por el gobierno.

La respuesta del gobierno venezolano ha sido a todas luces insuficiente. Las autoridades han negado que exista una crisis y no han implementado políticas eficaces para

²⁶ Human Rights Watch (24.10.2016). «Crisis humanitaria en Venezuela: La inadecuada y represiva respuesta del gobierno ante la grave escasez de medicinas, insumos y alimentos», véase en <https://www.hrw.org>.

mitigarla, ni tampoco han llevado a cabo acciones efectivas para obtener la asistencia humanitaria internacional que podría reforzar sustancialmente sus propias medidas limitadas para abordar la crisis. En marzo de 2017, el presidente Nicolás Maduro señaló en televisión que había solicitado ayuda a las Naciones Unidas para conseguir medicamentos, sin dar detalles adicionales, pero aún no ha reconocido la magnitud de la crisis.²⁷ Desde entonces, altos funcionarios han seguido negando la crisis humanitaria y afirmando que brindar asistencia humanitaria a Venezuela era una excusa para una intervención extranjera.²⁸ Mientras tanto, los derechos de los venezolanos a la salud y la alimentación están siendo gravemente vulnerados, sin perspectivas de que esto cambie.

MIGRACIÓN VENEZOLANA HACIA BRASIL

Los venezolanos están huyendo del país desesperados, y para muchas personas que no pueden pagar pasajes aéreos, su destino está cruzando la frontera, en el estado de Roraima, en el norte de Brasil. La frontera terrestre entre Venezuela y Brasil tiene una extensión de 2200 kilómetros.

Decenas de miles de personas han llegado a Brasil desde 2013. Según cálculos oficiales, al menos 800 venezolanos ingresan en Brasil cada día, y más de 52.000 han llegado en los últimos años. De estos, cerca de 25.000 son solicitantes de asilo, 10.000 tienen visas de residencia temporaria y el resto están intentando regularizar su situación, según ACNUR.²⁹

27 «Maduro de Venezuela le pide a la ONU ayuda para aliviar escasez de medicamentos» (Venezuela's Maduro asks U.N. to help ease medicine shortages) (25.3.2017). *Reuters*. Disponible en: <<https://www.reuters.com>>.

28 Robert Valencia (13.11.2017). «U.S. military wants to invade Venezuela, invented a humanitarian crisis to do it, Maduro administration says» (Militares de Estados Unidos quieren invadir Venezuela, inventaron una crisis humanitaria para hacerlo, dice el gobierno de Maduro), *Newsweek*. Disponible en: <www.newsweek.com>; «Venezuela no permitirá ingreso de ayuda humanitaria en salud» (s. f.). *DW*. Disponible en: <www.dw.com/es>; «Maduro niega crisis humanitaria en Venezuela y arremete contra la televisión italiana» (9.1.2018). *Venezolanos Globalizados*. Disponible en: <<https://www.youtube.com>>; «Arreaza insiste en negar emergencia humanitaria nacional en pleno Consejo de DDHH de la ONU» (26.2.2018). *Correo del Caroní* y Jhoalys Siverio (27.2.2018). «CIDH exige a Venezuela aceptar ayuda humanitaria ante su evidente incapacidad de solucionar la crisis», *Correo del Caroní*, véanse en: <www.correodelcaroni.com>.

29 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos

En febrero de 2017, Human Rights Watch entrevistó a 65 venezolanos que habían llegado recientemente a Roraima. Todos manifestaron haber huido de Venezuela porque no les alcanzaba el dinero para comprar suficientes alimentos para sus familias, no tenían acceso a servicios de salud adecuados o habían sido víctimas de delitos violentos (o temían serlo), o bien por una combinación de estos motivos. Casi todos estaban enviando alimentos y dinero a sus familiares en Venezuela, principalmente a hijos o padres. Algunos afirmaron haber sido víctimas o testigos de persecución política en Venezuela, aunque ninguno manifestó que este haya sido el motivo principal por el cual salió del país.

ACNUR estimó en abril de 2018 que un total de 40.000 venezolanos vivían en Roraima, muchos de ellos en refugios, o dormían en las calles o en viviendas hacinadas.³⁰ En marzo de 2018, el gobierno federal brasileño indicó que iniciaría un proceso para trasladar a inmigrantes venezolanos hacia otras regiones del país.³¹ Al momento de redactar este artículo, cerca de 600 venezolanos habían sido reubicados en otras ciudades, incluidos 267 que fueron llevados a San Pablo y Cuiabá.³² Según una encuesta de ACNUR, el 77% de los venezolanos que viven actualmente en Roraima esperan trasladarse a otras partes de Brasil.³³

(6.4.2018). «Aumenta la respuesta en Brasil ante el aumento de la llegada de venezolanos» (Response stepped up in Brazil as Venezuelan arrivals grow). Disponible en: <www.unhcr.org>.

30 Ibidem; Emily Costa (5.2.2018). «Fuga da fome: como a chegada de 40.000 venezuelanos transformou Boa Vista» (Huir del hambre: cómo la llegada de 40.000 venezolanos cambió a Boa Vista), *Globo.com*. Disponible en: <<https://g1.globo.com/rr/roraima>>.

31 Emily Costa, Inaê Brandao y Valéria Oliveira (9.3.2018). «Venezuelanos serão levados de RR a outros estados em abril, diz governo federal» (Venezolanos serán llevados de Roraima a otros estados en abril, dijo el gobierno federal), *Globo.com*. Disponible en: <<https://g1.globo.com/rr/roraima>>.

32 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (6.4.2018). «Aumenta la respuesta en Brasil ante el aumento de la llegada de venezolanos»; Luana Karen (5.4.2018). «Venezuelanos começam a deixar Roraima e são abrigados em São Paulo e Cuiabá» (Venezolanos comienzan a irse de Roraima y son recibidos en San Pablo y Cuiabá), *EBC Agência Brasil*. Disponible en: <<http://agenciabrasil.ebc.com.br>>.

33 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, «Aumenta la respuesta en Brasil ante el aumento de la llegada de venezolanos», 6 de abril de 2018.

IMPACTO EN EL SISTEMA DE ATENCIÓN DE LA SALUD DE RORAIMA

El sistema de salud pública de Roraima ha tenido durante años dificultades para atender las necesidades de salud de la población local, según César Farías, exsecretario de Salud del estado, y profesionales de la salud entrevistado en 2017. Algunos pacientes fueron ubicados en sillas reclinables en los pasillos debido a la falta de camas, según afirmaron profesionales de la salud.

Un análisis de datos oficiales y de entrevistas a informantes clave, incluyendo profesionales de la salud en los principales hospitales de Boa Vista y Pacaraima, indica que la llegada de venezolanos desde 2016 —tanto de pacientes que ahora viven en Brasil como de visitantes temporales que buscan recibir atención médica— ha empeorado una situación que ya era difícil. Si bien antes un acuerdo bilateral permitía que brasileños que vivían en Roraima a veces fueran atendidos en hospitales venezolanos, actualmente el movimiento de pacientes es casi totalmente desde Venezuela hacia Brasil.

Desde 2014, distintas unidades de salud pública del estado de Roraima han brindado más de 62.100 servicios de salud a ciudadanos venezolanos (la misma persona podría recibir varios servicios a lo largo del tiempo), incluidos 50.826 en 2017, lo cual constituye un aumento significativo respecto de los 766 que hubo en 2014.³⁴ La mayoría de los venezolanos han solicitado atención médica en Boa Vista.³⁵

La mayor demanda de atención en Pacaraima —una ciudad fronteriza con alrededor de 12.000 habitantes— está

34 Boletim epidemiológico 03 - Situação dos atendimentos nos serviços de saúde do estado de Roraima em decorrência do processo migratório (Situación de los servicios de atención de la salud en el estado de Roraima debido a la inmigración); Sala de situação de emergência em saúde dos imigrantes (Sala de situación de emergencia sobre salud de inmigrantes), 23 de marzo de 2018.

35 *Ibidem*. En 2017, las unidades de atención de la salud primaria brindaron más de 32.500 servicios a venezolanos, mientras que los hospitales públicos en la ciudad prestaron otros 12.700 servicios de salud. Los hospitales públicos donde se registraron estos servicios incluyen el Hospital General de Roraima, el principal establecimiento de salud del estado, que atiende a la mayoría de la población adulta; el hospital de maternidad Nossa Senhora de Nazareth, el único centro estatal dedicado a la atención de la salud materna; el Hospital de Niños Santo Antônio; y el Centro de Atención de Emergencia Cosme e Silva.

expandiendo algunos de los aspectos de la crisis venezolana a Brasil. Cuando visitamos el hospital de Pacaraima en febrero de 2017, una enfermera indicó que había grave escasez de algunos insumos médicos esenciales para brindar atención básica como gasas, fluidos intravenosos y jeringas, y de medicamentos básicos como paracetamol infantil. Un decreto de emergencia dictado por el gobierno del estado indica que más de la mitad de las consultas de atención prenatal en Pacaraima entre enero y agosto de 2016 fueron de venezolanas.

Cuando visitamos los dos principales establecimientos de atención de la salud en Boa Vista, la gran mayoría de los pacientes eran brasileños. No obstante, algunos funcionarios públicos, y personal médico y de enfermería entrevistados afirmaron que el drástico aumento en el número de pacientes venezolanos ha puesto a prueba como nunca la capacidad para tratar adecuadamente a todos los pacientes. Diversos profesionales de la salud señalaron que las complicaciones por falta de tratamiento adecuado en su lugar de origen hacen que los pacientes venezolanos a menudo requieran tratamientos médicos complejos o ser internados por largos períodos.

Los médicos manifestaron que muchos venezolanos necesitaban tratamiento para condiciones de salud que no habían recibido atención, como el VIH o la tuberculosis. En casos de enfermedades agudas, como neumonía o malaria, muchos pacientes venezolanos acuden con urgencia a los hospitales brasileños debido a la falta de medicamentos en su país. Según estadísticas oficiales, en 2017 casi el 17% de los 13.873 pacientes con malaria en Roraima eran venezolanos.³⁶

El Hospital General de Roraima brindó 6432 servicios de salud a ciudadanos venezolanos en 2017, comparados con 396 en 2014. Eso equivale a un promedio de 536 pacientes venezolanos tratados cada mes durante el año pasado.³⁷ En

36 Boletim epidemiológico 05 - Situação epidemiológica da malária (Situación epidemiológica de la malaria); Sala de situação de emergência em saúde dos imigrantes (Sala de situación de emergencia sobre salud de inmigrantes), 23 de marzo de 2018.

37 Boletim epidemiológico 03 - Situação dos atendimentos nos serviços de saúde do estado de Roraima em decorrência do processo migratório (Situación de los servicios de atención de la salud en el estado de Roraima debido a la inmigración); Sala de situação de emergência em saúde dos imigrantes (Sala de situación de emergencia sobre salud de inmigrantes), 23 de marzo de 2018.

febrero de 2017, varios profesionales de la salud que trabajaban en la sala de emergencias estimaron que al menos el 30% de los pacientes eran venezolanos.

La entonces directora del Hospital General de Roraima dijo en febrero de 2017 que el hospital debió enfrentar falta de medicamentos e insumos debido a la llegada de pacientes venezolanos. Explicó que cada hospital pide medicamentos e insumos para tratar a los pacientes en función de la cantidad de tratamientos brindados durante el año anterior, y que el hospital no había previsto tal afluencia de pacientes venezolanos en 2016. Por ello, en agosto el hospital ya había agotado los medicamentos e insumos para todo el año. La directora tuvo que solicitar insumos de emergencia para brindar atención médica adecuada el resto del año.

El número de mujeres venezolanas que acudió al hospital de maternidad aumentó de 368 en 2014 a 1681 en 2017 y ha superado las 800 pacientes entre enero y marzo de 2018. En 2017, dieron a luz en el hospital 353 venezolanas, incluidas 158 mujeres que tuvieron cesáreas, según surge de datos hospitalarios. Otras 145 dieron a luz entre enero y febrero de 2018.³⁸ Algunas mujeres experimentaron complicaciones relacionadas con el embarazo, incluyendo problemas que no habían sido resueltos adecuadamente por falta de atención prenatal, y con frecuencia debieron ser hospitalizadas, según la directora clínica del hospital.

TESTIMONIOS DE VENEZOLANOS

En enero de 2017, María Coromoto Peñuela llevó a su hijo desde Santa Elena de Uairén, del lado venezolano de la frontera, donde vivía, hasta Boa Vista para una apendicectomía. La cirugía no podía realizarse en su país por la escasez de insumos médicos. Dos semanas después, un amigo de la familia llevó a Brasil a su esposo de 68 años, Olimpo Lozada Marcano, debido a complicaciones provocadas por un cálculo en la vesícula para el cual no podían brindarle tratamiento en Venezuela, según explicó. La directora del hospital dijo que si Lozada hubiera recibido tratamiento adecuado apenas

³⁸ Información provista por el Hospital Materno Infantil en Roraima a Human Rights Watch, abril de 2018.

mostró síntomas, no habría necesitado ser internado para una cirugía de emergencia.

Bárbara Rosales, de 21 años, acudió en enero de 2017 al hospital en la ciudad venezolana de Santa Elena de Uairén con complicaciones en su embarazo de seis meses. Un médico le extendió una orden para ser atendida en Brasil, tras informarle de que el hospital no podía tratarla por falta de medicamentos y que no podría atender a su bebé si nacía prematuramente, según contó Rosales.

Como la ambulancia del hospital estaba averiada, el establecimiento gestionó que fuera llevada en automóvil hasta Boa Vista, aunque ella tuvo que pagar el combustible. Se le asignó un enfermero para que la acompañara. Rosales contó que se desmayó tres veces durante el trayecto y que el enfermero no tenía ningún medicamento para darle. Rosales fue internada inmediatamente al llegar al hospital de maternidad. Cinco días más tarde nació su bebé, que pesaba un kilo. Cuando Human Rights Watch visitó el hospital un mes después, su hija evolucionaba favorablemente pero seguía en terapia intensiva. Rosales dijo que regresaría a Santa Elena una vez que la bebé fuera dada de alta del hospital y recibiera las primeras vacunas, que no estaban disponibles en Venezuela.

Algunos venezolanos señalaron que se habían trasladado a Brasil porque no podían comprar en su país los medicamentos que necesitaban. Geraldine Dhill, de 32 años, contó que cruzó la frontera para buscar un empleo que le permitiera comprar medicamentos en Brasil para tratar a su hija de 13 años, que tiene cáncer. La entrevistamos mientras recorría a pie los 200 kilómetros que hay entre la frontera y Boa Vista. En el camino, la temperatura era de 32°C a las diez de la mañana, y en esa zona del norte de Roraima prácticamente no hay sombra. Marlene Fuentesmayor, de 37 años, contó a Human Rights Watch que se instaló en Boa Vista para poder alimentar a su familia y comprar medicamentos para su hijo de doce años, diagnosticado con el síndrome de Asperger, un trastorno del espectro autista.

Otros manifestaron que habían llegado para comprar medicamentos y llevarlos de regreso a su país, debido a la escasez en Venezuela. Enriqueta Rivero, de 70 años, entrevistada en el puesto de control fronterizo de la Policía Federal de Brasil en Pacaraima, dijo que durante meses no había podido encontrar medicamentos para su hipertensión arterial y que

sus nietos la estaban llevando a Boa Vista para conseguir los medicamentos que le había recetado el médico en su país.

IMPACTO EN EL SISTEMA DE REFUGIO DE BRASIL

La Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 define *refugiado* como toda persona que:

[...] debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera de su país de nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país.

La Declaración de Cartagena de 1984, que no tiene carácter vinculante, contiene una definición más amplia de refugiado, que incluye a personas que huyen de «la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público». La legislación brasileña incorpora la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados y también considera que una persona es refugiada si deja su país debido a «violaciones de derechos humanos graves y generalizadas».

Aunque no todos los venezolanos huyen por motivos relacionados con el asilo, el Alto Comisionado para los Refugiados (ACNUR) ha determinado en marzo de 2018 que «resulta cada vez más claro que un número significativo necesita efectivamente protección internacional».³⁹ ACNUR considera que «las amplias circunstancias que llevan a la salida de venezolanos entran en el espíritu de la Declaración de Cartagena, resultando en una presunción rebatible de protección internacional».⁴⁰

Si bien la mayoría de los venezolanos que llegan a Brasil afirman que abandonan Venezuela fundamentalmente por

39 ACNUR (3.2018). *Venezuela Situation: Responding to the needs of people displaced from Venezuela, Supplementary Appeal January-December 2018*. Disponible en: <http://reporting.unhcr.org>.

40 ACNUR (3.2018). *Guidance Note on the Outflow of Venezuelans*. Disponible en: <https://data2.unhcr.org>.

razones económicas (esto es, por la enorme dificultad que supone comprar alimentos y conseguir medicamentos para sus familias) y por temor a ser víctimas de delitos, miles han solicitado asilo.

Para solicitar asilo, los venezolanos solo deben manifestar su intención de hacerlo ante un policía federal, y en esta primera etapa no se les exige presentar evidencias que corroboren sus solicitudes. La normativa brasileña dispone que, mientras se están procesando sus pedidos de asilo, no pueden ser deportados, tienen derecho a un permiso de trabajo y se les permite inscribir a los hijos en la escuela. Entre 2015 y 2017, la cantidad de niños venezolanos inscritos en escuelas públicas en Boa Vista aumentó de 53 a 564, de acuerdo con estadísticas oficiales difundidas en informes de prensa locales.⁴¹

El CONARE, organismo federal para los refugiados, toma la decisión final con respecto a la situación de los refugiados. Antes del aumento en la cantidad de solicitudes presentadas por venezolanos, el proceso solía demorar en promedio dos años, según Rosilene Duarte Santiago, directora general de la Policía Federal en Roraima.

Hasta febrero de 2018, 27.085 venezolanos habían solicitado asilo en Brasil desde 2016, según informó a Human Rights Watch la oficina de prensa del Ministerio de Justicia.⁴² La cantidad de venezolanos que solicitaron asilo en Brasil aumentó de 43 en 2013 a 201 en 2014, 822 en 2015, 3375 en 2016 y 17.865 en 2017.⁴³ En los primeros dos meses de 2018, 5845 ciudadanos venezolanos pidieron asilo.⁴⁴ El aumento en la inmigración venezolana en Brasil coincide con el deterioro de la situación humanitaria en Venezuela.

El aumento de las solicitudes de asilo por venezolanos que la CONARE debe evaluar demora el procesamiento de todos los pedidos de asilo en el país, afirmó el director de Inmigración de la Policía Federal en Roraima.

41 «Número de crianças venezuelanas em escolas municipais de Boa Vista cresce mais de 1.000% em dois anos» (Número de niños venezolanos en escuelas municipales de Boa Vista aumentó más del 1.000% en dos años») (27.11.2018). *Globo.com*. Disponible en: <https://g1.globo.com/rr/roraima>.

42 Mensaje de correo electrónico enviado de la Oficina de Prensa del Ministerio de Justicia a Human Rights Watch, 5 de abril de 2018.

43 Ministerio de Justicia (11.4.2018). «Refúgio em números» (Asilo en cifras). Disponible en: <http://justica.gov.br/news>.

44 Mensaje de correo electrónico enviado de la Oficina de Prensa del Ministerio de Justicia a Human Rights Watch, 5 de abril de 2018.

La CONARE no ha podido lidiar con tal avalancha de solicitudes. Brasil concedió asilo apenas a cuatro ciudadanos venezolanos en 2015 y a 16 en 2016, y la CONARE no otorgó asilo a ningún venezolano en 2017.⁴⁵ La mayoría de los casos presentados por venezolanos no han sido resueltos.

En marzo de 2017, las autoridades brasileñas aprobaron una resolución que permite que los venezolanos soliciten un permiso de residencia por dos años. En agosto, un juez federal resolvió que los venezolanos de bajos recursos no debían pagar el arancel requerido de 100 dólares que había disuadido a muchas personas de pedir estos permisos. Según ACNUR, hay 10.000 venezolanos con visas de residencia temporaria.⁴⁶ No obstante, numerosos venezolanos siguen intentando obtener asilo en Brasil.

CONDICIONES DE VIDA PRECARIAS EN BRASIL

Muchos inmigrantes venezolanos viven en condiciones precarias en Roraima. Algunas personas que habían sido obreros, docentes o profesionales de clase media en Venezuela ahora se dedican a la venta de comida o de artesanías en la calle, o limpian parabrisas en los semáforos. Los miembros de la comunidad indígena warao trabajan descargando camiones en la ciudad fronteriza de Pacaraima, fabrican artesanías o mendigan por las calles. Human Rights Watch habló con decenas de venezolanos que se encontraban en esta situación. Pese a reconocer que estaban viviendo en condiciones sumamente difíciles, todos afirmaron que su situación en Brasil era mejor que en Venezuela.

El 17 de diciembre de 2016, un juez del sistema de justicia juvenil del estado resolvió que los gobiernos municipal y estatal debían proporcionar alojamiento, comida y seguridad a niños inmigrantes venezolanos que vivían en la calle en Boa Vista.

Diez días después, las autoridades estatales y municipales abrieron un albergue improvisado en un galpón que había funcionado como centro deportivo público. Cuando

⁴⁵ Ministerio de Justicia (11.4.2018). «Refúgio em números», cit.

⁴⁶ Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (6.4.2018). «Aumenta la respuesta en Brasil ante el aumento de la llegada de venezolanos».

visitamos el albergue en febrero de 2017, vivían allí 180 venezolanos. Esas personas dormían en hamacas o en el piso y las condiciones de higiene del lugar eran muy deficientes. El albergue, donde según fuentes oficiales se han alojado hasta 500 inmigrantes a la vez, fue administrado durante meses por Fraternidade, una organización internacional de ayuda humanitaria con sede en Brasil. Para su trabajo en el albergue, el grupo dependía de los aportes de los gobiernos estatal y municipal, y de donaciones privadas.

La gran mayoría de las personas eran miembros de la comunidad warao. Los problemas de malnutrición en los venezolanos que llegaban al albergue eran «evidentes», manifestó la directora del Centro de Migraciones y Derechos Humanos de la diócesis de Roraima. A mediados de febrero, Human Rights Watch entrevistó a la madre de una niña de dos años que había llegado allí algunas semanas antes, pesando apenas 7 kg.

En enero de 2017, la misionera de Fraternidade que estaba a cargo del albergue llevó al médico a una niña de 16 años que aparentemente tenía varicela e informó a las autoridades de salud sobre ese caso. Si bien un representante de la Secretaría de Salud del estado visitó el albergue poco después, nadie proporcionó vacunas. Cuando Human Rights Watch visitó el lugar en febrero de 2017, otras cinco personas se habían contagiado varicela, incluido el hijo de cuatro meses de esa misma adolescente.

En febrero de 2018, luego de que se diagnosticara sarampión a un bebé venezolano, las autoridades locales decidieron vacunar a cientos de inmigrantes venezolanos que vivían en un centro de acogida donde estaba el bebé para evitar un brote de esa enfermedad. Según el secretario de salud de Boa Vista, citado en notas de prensa locales, la enfermedad estaba erradicada en Brasil desde 2015.⁴⁷

Hasta abril de 2018, había cerca de 2300 venezolanos que vivían en seis centros de acogida en Roraima (uno en Pacaraima y cinco en Boa Vista), según informes de prensa.⁴⁸

47 Marcelo Marques (14.2.2018). «Roraima fica sob alerta para possível surto de sarampo após diagnóstico de venezuelana» (Roraima bajo alerta debido a posible brote de sarampión tras diagnóstico a paciente venezolano), *O Globo*. Disponible en: <https://oglobo.globo.com>.

48 Folha Web (7.4.2018). «Abrigo é destinado a venezuelanos solteiros» (Albergue destinado a venezolanos solteros), *Folha*. Disponible en: <http://folhавb.com.br>; Emily Costa (4.4.2018). «Centenas de venezuelanos são

INCIDENTES DE XENOFOBIA

Muchos brasileños acogen a los inmigrantes venezolanos y los han ayudado al llegar. Sin embargo, cuando aumentó la inmigración venezolana hacia Brasil, hubo varios incidentes en los cuales ciudadanos venezolanos fueron víctimas de ataques xenófobos.

En marzo de 2018, residentes de Roraima organizaron varias manifestaciones contra los inmigrantes venezolanos. Durante una protesta en Macajá, en el sur de Roraima, que se organizó luego de que se acusara a un ciudadano venezolano de matar a un ciudadano brasileño, manifestantes de Brasil expulsaron a venezolanos —incluidas mujeres y niños— de una escuela abandonada que habían ocupado para vivir. Los manifestantes destruyeron y quemaron algunas pertenencias de los venezolanos, según trascendió en la prensa.⁴⁹ Las autoridades brasileñas han iniciado investigaciones del incidente, así como de mensajes que incitaban al racismo y la xenofobia que habían sido difundidos en redes sociales.⁵⁰

levados para estádio e abrigo é reestruturado em Boa Vista» (Cientos de venezolanos son llevados a un estadio y se reestructura el albergue en Boa Vista), *Globo.com*. Disponible en: <https://g1.globo.com/rr/roraima>.

49 Marcelo Marques (19.3.2018). «Moradores ateiam fogo em objetos e expulsam venezuelanos de prédio abandonado durante protesto em RR» (Residentes queman objetos y expulsan a venezolanos de predio abandonado durante protesta en Roraima), *Globo.com*. Disponible en: <https://g1.globo.com/rr/roraima>.

50 Emily Costa (23.3.2018). «MP pede que política de RR apure comentários racistas e xenofóbicos contra venezuelanos em redes sociais» (Fiscales piden a la policía de Roraima que investigue declaraciones racistas y xenófobas contra venezolanos en redes sociales). *Globo.com*. Disponible en: <https://g1.globo.com/rr/roraima>.

LIBERTAD

JEFFERSON DÍAZ

Lo admito. Lo primero que busqué en el supermercado fue la harina PAN. Dos dólares con veinte centavos. Ahí estaba. Arrimada en un rincón entre tantos competidores. Mi esposa, la cabeza fría de esta relación, me dijo: «ni se te ocurra tomar una foto». Pero lo hice. Lo hice desde la rabia y el dolor. Desde el saber que hace años este producto no se consigue tan fácil en Venezuela. En ese momento, me convertí en el cliché inmigrante. En la historia que todos esbozamos cuando pisamos otra tierra.

Cuando nos sentimos identificados entre diferentes modismos y otra cultura. Cuando evocamos esa arepa con

queso amarillo y mantequilla chorreante que nos preparaba la abuela.

SÍ, LA FAMOSA DIÁSPORA

Enviada la imagen por mensajería de texto a mi mamá, y con mensaje de vuelta que me recomendaba no comer tantas arepas porque «te pondrás más gordo» y, además, «está muy cara la harina». Levanté la vista y amplíé mi visión. Comida. Mucha comida. Mis casi 100 kilos —y sobrepeso— no son el perfecto ejemplo de una persona pasando hambre. Lo interesante de esta visión era la facilidad con que los productos iban y venían entre los compradores. La libertad de sentirte a tus expensas de gastar lo que quieras gastar, cuando lo quieras gastar y como lo quieras gastar. Un supermercado como la representación de todo lo que se perdió por los predios que vieron nacer a Bolívar.

LA LIBERTAD

Una libertad amorfa. Una libertad que te deja ir, pero con consecuencias. Una libertad que te deja opinar, pero con consecuencias. Una libertad que te deja comer, pero con consecuencias. Una libertad que es como es, pero con las consecuencias más agravadas del mundo. Así es moverte a tus anchas, pero con la condición de que seas responsable de tus acciones. En Venezuela, vivimos eso con intensidad.

MUCHA, TAL VEZ

Ponemos todo en perspectiva. Para unos, es no adaptarse. Para otros, es caminar con paso firme al saber que muchas de las curvas que te lance la vida, ya las bateaste fuera del parque en tu país. Cada uno forjándose el mejor camino. Cada uno asumiendo sus miedos y esperanzas de la mejor manera. Lo importante es no fastidiar. Recuerden eso: no fastidies, para que no hagan lo mismo contigo.

El supermercado podrá evocar muchas tristezas. Pero date cuenta de que tienes mazorcas del tamaño de un bate

para niños —no exagero—, hallaquitas (humitas) dulces recién hervidas, vegetales y frutas que te sonríen y todo un mundo por delante. Un mundo que te pide a gritos: no vivas de la nostalgia. Mientras tanto, Quito te recibe con muchos volcanes, colinas interminables, fríos sorprendentes y una calidad humana que creías perdida. Una ciudad, que, como todas, tiene dos caras. Muchas realidades. Y un abanico que tú abrirás o cerrarás, dependiendo de tus ganas.

Sí, el supermercado como metáfora. Como la capacidad que tenemos de adaptarnos y escoger qué queremos. Una mejor visión de la libertad.

Hay muchos ejemplos de libertad. Por ejemplo: me quito el anillo de matrimonio para poder escribir. No hay razón filosófica que conlleve esa decisión. Simplemente mis dedos se mueven con mayor facilidad, sin un aro de acero sujetado a uno de ellos. Mi esposa pasa por la misma experiencia. No hay anillo que se ajuste a la flacura de sus dedos. Por lo que nuestra unión se deslustra de un representante tradicional. Nuestra unión se aferra a los eventos que nos hacen querernos tanto.

EL HUMMUS ES UNO DE ELLOS

Fue un descubrimiento para Esther. Aquella pasta hecha de granos y mucho sabor. Ella tiene gustos peculiares. Por lo que no es muy aventurera a los nuevos sabores. Durante nuestras primeras citas, prefería comer una buena arepa con queso amarillo, sobre mis ademanes de galán al invitarla a cualquier restaurante de comida exótica.

Una arepa con queso amarillo y mucha mantequilla. Por eso me enamoré de ella.

Mi sorpresa fue considerable cuando aceptó comer comida árabe. Se enamoró de inmediato del pan frito. Tanto, que aún tengo celos del desgraciado. Y si a esa combinación le mezclas mucho *hummus*, tenemos una puesta en escena culinaria erótica. Ella quiere aprender a hacerlo. Sé que lo logrará. Mientras tanto, nuestra vida en Quito colocó en el camino a un iraní. Un iraní que no tiene religión: le reza a Alá, a Cristo y a Krishna. Un iraní que solo tiene un par de pantalones decentes, mientras una costurera le arregla los otros. Un iraní que unta con aceite de coco su cabello

y barba. Un iraní que es vegetariano y que no se cansa de regalarnos comida.

Muy pocas personas han tocado nuestra puerta. Él es una de ellas. Siempre acompañado con una bolsa llena de frutas, vegetales o, por supuesto, un envase plástico lleno de *hummus*.

Francine Emanuel habla persa, francés, un poco de español e inglés. Se ganó nuestro cariño y respeto luego que Rafael le lanzara una enorme sonrisa. Nuestro hijo es el mejor catador del carácter de las personas. Nos ha enseñado que las buenas intenciones no siempre vienen de las personas que creemos. Y que el bien verdadero puede surgir como una sorpresa. Así es Francine. Una sorpresa. Una a la que hay que escuchar con tranquilidad para no perdernos entre su espanglish-farsi. Una sorpresa a la que estaremos eternamente agradecidos.

Él nos enseña recetas vegetarianas. Nos habla de su prometida ucraniana, que pronto llegará a Quito. De sus periplos por Estados Unidos y Europa del este. Se interesa por Venezuela, y tras cada historia caraqueña que alimenta su imaginario, junta las manos en señal de oración y nos da las gracias. Siempre nos da las gracias así. Agradecido por la vida, por la oportunidad del relato oral. De grabarlo a través de sus oídos para su memoria.

Su *hummus* nos une. Le hace bien a mi matrimonio. Y nos da conciencia sobre los pequeños placeres de la vida.

Francine se va para Cuenca. Extrañaremos su carisma y verbo culinario. Sus enormes ganas de vivir, ininterrumpidas, en 43 años. Con su particular manera de mandar las cosas al carajo: «Me he dado cuenta de que la vida es un paseo. Un recorrido de virtudes y fracasos. Todo lo que tengo está en dos maletas. No necesito más. De resto, los tengo a ustedes. La amistad y el cariño».

Estoy seguro de que cuando vuelva tendremos más *hummus*. Y un agradecimiento en señal de oración.

Yo tendría doce años. Mi mamá y yo caminábamos sobre la acera que daba a nuestra casa cuando un carro nos cortó el paso. El conductor se estacionó sobre la calzada porque

le dio la gana. Al reclamarle, se bajó y con violentos ademanes llamó a mi mamá «¡cotorra!», para luego rematar con un «¡regresa a tu país, cotorra!». Al ser una mujer con clase, obvió los comentarios y seguimos camino. Tomándome del brazo y diciendo: «No vale la pena hijo. Los ignorantes son internacionales».

Esto fue en Caracas. A principios de los 2000.

Creer que en Venezuela no hay racismo es lo mismo que creer que la Revolución bolivariana nos benefició. Mi mamá emigró del Ecuador a Caracas cuando tenía nueve años. Sus rasgos indígenas no eran del agrado de algunos caraqueños, que por aquellas épocas (los años setenta y ochenta), enfilaban sus baterías en contra de todo lo que no fuera tropical y tocado por la brisa del Ávila.

¿Eres colombiano? Debes ser ladrón. ¿Eres portugués? Debes ser ladrón y oler feo. ¿Eres español? ¿Y de Galicia? Pues eres ladrón y bruto. Sí, cómo nos encantan los descalificativos en la patria de Bolívar. ¿Quién dice que eso no era (es) así?

Lo absurdo es que nuestro racismo viene disfrazado del particular: «Chico, pero si te llamo así es por cariño. No te molestes». Normalizamos el uso de palabras y frases que no están bien. Que ofenden. Que no son educadas. Porque no es lo mismo llamarme *negro*, y yo reconocerme como negro. Al decir *negro* como una etiqueta basada en un contexto de superioridad racial y social. Una vez, pasando por un restaurante, nuevamente en Caracas, uno de los encargados estaba parado en la puerta y, de la nada, me dijo: «Tu papá debe tener el pene bien negro para que hayas salido así». Claro, pero como lo dijo «en tono de broma», yo no debería haberme ofendido.

Mi difunta suegra tenía un dicho para esto: «Jugando lo mete el perro».

¿Somos los venezolanos los únicos racistas? No, absolutamente no. La xenofobia y el racismo son un mal de vieja data. Tan viejo como la prostitución. Una percepción creada por la humanidad en nuestra constante búsqueda de sentirnos únicos.

Yo hablo desde mi experiencia personal. Desde el concepto que tengo del color y la raza. Y de cómo detesto de sobremana los calificativos «cariñosos» y sobrenombres que por encima tienen un tufillo de condescendencia y racismo que no acepto.

No, no está bien decir *cotorros*. No, no está bien decir *venecos*. No, no está bien decir *colombiches*. No, no está bien decir *chino cochino*. No, no está bien decir *indios de mierda*. Una de las primeras aproximaciones a la humanidad es el uso del lenguaje. Y es mejor que nos forjemos una vida sobre las bases del buen uso de nuestro idioma.

Usted es indio; pues si así le parece, lo llamo indio. Si no le parece, no lo hago. Usted es negro; pues si así le parece, lo llamo negro. Si no le parece, no lo hago. Y por ahí seguimos. No se trata de herir a susceptibles. Se trata de ser educado.

Es una cuestión de humildad. De inteligencia. De no caer en los instintos que nos condenan: ira, odio, ignorancia e incompreensión. Soy venezolano-ecuatoriano. Soy negro. Soy indio. Soy humano. Sé quién soy. Y eso no me ofende. A ti tampoco debería. Y mientras sepamos quiénes somos, entonces exijamos respeto. De lo contrario, te unirás a ese nefasto grupo de imbéciles que hablan cualquier idioma y andan por la vida descalificando. Con cámaras de televisión y todo.

Precisamente esa visión *televisa* es lo que ha hecho que a la migración venezolana le calcen tintes de lástima en nuestro continente. El 27 de febrero de 2018 la Oficina Internacional de Migraciones (OIM), un organismo creado por las Naciones Unidas, indicó en su reporte anual que Ecuador es el cuarto país escogido por los venezolanos migrantes en Suramérica. Somos al menos 233.000 divididos entre Quito, Guayaquil, Riobamba y Cuenca. Un 65% de los venezolanos que entran al Ecuador, lo hacen por carretera. Por lo que, en el punto de entrada de Rumichaca ubicado al norte del país, frontera con Colombia, se generan colas de hasta doce horas de centenares de venezolanos que quieren sellar pasaporte. La mayoría seguirán su camino hasta Perú y Chile.

CAMINAN. NO DEJAN DE CAMINAR

Después de un mes de haber llegado a Ecuador no me acostumbro al frío y desarrollé unas ganas inmortales de comer mucha fruta y vegetales. Debe ser porque la carne y el pollo son caros. Así que me he ido convirtiendo en un vegetariano que le pone mucho verde a la comida.

A Venezuela no se la olvida. Menos cuando la calle donde está la parada de autobuses a mi casa se llama de la misma manera.

Extraño mis libros. No me los pude traer. Y aún no supero el duelo literario. Sé que algún día volverán a mí. Mientras tanto, ando de arriba para abajo con una copia de *La fiesta del chivo* que me prestó mi casero. Está toda remarcada y con manchas de café. Es una belleza. Me abstraer de los momentos en los que tengo que batallar para montarme en el transporte público durante la hora pico. También me traslada a esa época en las que acompañaba a mi mamá al trabajo.

Nunca me gustaron los planes vacacionales. Las pocas veces que tuve la desafortunada oportunidad de participar en uno, era víctima de los bravucones de pacotilla que nunca les gusta lo diferente. Entonces, me tocaba defender mi honor al mejor estilo de Bruce Lee. Patadas, golpes e insultos. Un día llegué a casa y le dije a mi mamá que estaba harto de eso, por lo que en adelante, durante las vacaciones, la acompañaría en sus diligencias. Mi madre, una santa, sonrió y me dijo que sería su mejor ayudante.

La libertad no debe ser un sinónimo de imposición. Aunque algunos lo vean así. La libertad es rasgarte las rodillas jugando fútbol, no porque un imbécil decidió usarte de tapete. Los niños son crueles damas y caballeros.

Durante algunas de esas diligencias de vacaciones, mi mamá asesoraba a una compañía que quedaba en la Torre Polar de Caracas. En plaza Venezuela. Siempre me quedaba dormido en un largo sofá plantado en la recepción de la oficina. Era mi rutina. Ya los empleados me conocían como *el hijo de la doctora*, que siempre roncaba y babeaba los cojines. Me portaba muy bien. No daba lata. ¿Saben por qué? Porque mi madre me recompensaba con un libro. Me lo compraba en la librería del Fondo de Cultura Económica ubicada en planta baja.

UN NIÑO FELIZ

Era como entrar a un templo edificado por ratones muy sabios. A mi propia iglesia. A una que vale la pena rezarle. Fue

una buena época. Mis libros, mis vacaciones y las comilonas de pollo asado con hallaquitas y ensalada por las noches.

Recuerdos que viajan por mi memoria mientras voy al trabajo cruzando la avenida 10 de Agosto de Quito.

Uno de los mejores trabajos del mundo: ser librero. Eso es lo que me ha ofrecido Quito y lo he aceptado como un campeón. Es un trabajo duro, a veces ingrato, pero siempre con la posibilidad de enseñarte. De aprender de las experiencias de decenas de personas que día a día van y te preguntan: «Oye, ¿tendrás este libro?». Una de las preguntas más bonitas del castellano.

Caracas es Caribe, Quito es reminiscencia. Es ver el pasado para caminar al futuro.

Sí, están los pesimistas. Los realistas. La cara dura. Los que muerden la fruta amarga. A todos los comprendo. He sido parte de cada uno de estos grupos. Sin embargo, desde hace siete meses mi humanidad se ha puntualizado a la esperanza. Mi hijo me ha enseñado eso.

A ser valiente. A no tener miedo.

Así, cuando vi cómo trataban de robar a punta de puñal a un joven que volvía de su trabajo a unos cuantos metros de mí, apuré el paso, me planté ante el ladrón y le dije: «Hoy tú no robas a nadie». No sé qué habrá visto en mis ojos, quizás la locura, por lo que guardó el cuchillo y se fue corriendo.

Yo no hubiera hecho eso en Caracas.

O como cuando me subí al autobús y escuché un sonoro «¡Mamagüevo!» seguido de «¡marico!». Un puñado de compatriotas mancillando —más— el gentilicio a punta de anís. No me aguanté. No pude. Tuve que decirles, reclamar, lo imbéciles que eran. Todos los demás siguieron mi punto de partida y les reclamaron lo mismo. Mientras yo me bajaba en mi parada con pequeña sonrisa de victoria.

Eso sí lo hacía en Caracas. Con el respectivo altercado entre diferentes sociedades que conviven en ese valle. Los que respetan. Los que no lo hacen. Y los que se enfrascan en tratar de vivir con un mínimo de civismo.

Sí extraño mis libros. Extraño a mi mamá. Extraño a mi hermano. Extraño a mi hijo mayor. Extraño lo que pudimos haber sido. Sin embargo, Quito me trae memorias. Me trae besos de nostalgia en esas corrientes frías que no avisan. Me trae fuerzas. Me trae derrotas.

Y estoy seguro de que me traerá victorias.



Tengo dos pares de zapatos. Unos formales y unos deportivos.

Ahora que hago memoria, creo que nunca he tenido más de tres pares funcionales en el transcurso de mi vida. Mi mamá siempre me compraba unos cuando comenzaba otro ciclo de primaria o bachillerato. Esos eran los que me tenían que durar todo el año. Y los de educación física se cambiaban cada dos años. Además, tenía otros para ir a *cuestiones sociales*. La adquisición de zapatos en mi hogar siempre fue una cuestión de utilidad y no de moda. Lo mismo que los estrenos del 31 de diciembre.

Prefería —prefiero— una buena hallaca al desvivir colectivo por una camisa o un par de pantalones recién sacados de fábrica. Pero eso es otra historia...

Antes de mi viaje a Ecuador remocé el par formal que tengo. Mi zapatero de confianza —por los predios de El Cementerio en Caracas— los pintó, les cambió las suelas, las plantillas y los dejó como carro después de servicio completo. Tenía unas *naves* renovadas que aguantarían más kilómetros.

O al menos, eso creía.

A pesar de que pasé por la picazón de manos de tener carro durante mi adolescencia (me cansé de usar el carro de mi mamá, hasta que lo choqué y volví a nacer), mi principal medio de transporte son mis pies. Son mi vehículo último modelo. Por lo que hay que calzarlos con eficiencia y comodidad. Los dos pares actuales me tenían que durar hasta que el bolsillo fuera lo suficientemente fuerte para comprar nuevos. Tras 72 horas de viaje en un autobús que me llevó desde Cúcuta a Quito, los deportivos empezaron a dar señales de fatiga y rendición. Una pequeña raja en la suela del derecho, un hueco en la tela superior del izquierdo y los primeros hilos deshilachados de las trenzas.

Era hora de optar por los formales.

Pero el caminar, ese andar constante de maratonista que uno mantiene cuando se están forjando nuevos caminos, hizo mella en mis pies. El dolor muscular y los cartílagos que se liberan en forma de pequeñas explosiones dieron paso a que las suelas —recién remozadas— lloraran por el desgaste. Algunas costuras se rompieron y mostraron retazos de cuero. Mis zapatos formales estaban en vía de extinción.

Aquí no tengo zapatero de confianza. Aún.

Y mientras el dinero venga en forma de comida, renta, medicinas y pañales para mi bebé, tocará coger cinta y tapar las rajadas de las suelas. Pega de zapatero y luchar con el cuero hasta domarlo. Embadurnar las trenzas con brillo de uñas para que no se deshilachen. Y rogarles a todos los santos para que no llueva. Porque con cada gota, es un sector de la media que se moja. Que se empapa.

Mi hijo ya da sus primeros pasos. Se agarra de los muebles y enlaza su camino. Aún no se suelta del apoyo. Pero ahí va. Con sus caídas y golpes, llora un poco y se vuelve a levantar. Lo hace descalzo. Sin sentido de lo que es un par de zapatos nuevos o viejos. Sólo quiere caminar. Una gran enseñanza: caminar, caerse, aprender y seguir. Sin importar lo que cubra tus pies. Así sea descalzo, lo importante es no detenerse.

También creo que el frío de Quito juega con mi dentadura. Hace algunas noches, antes de dormir, mis encías se retorcián sobre los dientes y me provocaron mucho dolor. Entre conciliar el sueño y prepararme mentalmente para una noche de tortura, mi cerebro construyó ciertas imágenes que invitaban a viajar por el tiempo. Partiendo de una incógnita —como surgen todas las historias—: ¿qué cambiarías de tu vida? Hilé una película que iniciaba con el proceso de caminar hacia el pasado y el futuro, sin perder los conocimientos que tengo actualmente.

¿Qué cambiaría? Antes, cuando era un poco más joven, esa pregunta la respondía con un «nada». Pero ahora sí que modificaría algunas cosas. Me preocuparía menos por cosas que en este futuro carecen de sentido.

Con una carta —por eso de que si dos personas exactamente iguales se encuentran en un mismo espacio-tiempo, el universo explota— le diría al joven yo que leyera y explorara más. Que nada de los existencialismos adolescentes tiene sentido si no le damos un impulso vital, un propósito. Encuentra ese propósito. Aférrate a él desde temprano y no dejes que las nimiedades de los terceros determinen el camino que recorrerás. Haz como el relojero, o el ninja, dedícate a tu tarea con absoluta disciplina para que seas el mejor.

También, besaría a mi esposa y le diría que, en el futuro, sus ojos y los míos son una mirada que colabora. Que trabaja por nuestra felicidad.

Tratando de saltar las horas anoche, recordé una entrevista que ofreció Stephen King luego de publicar *11/22/63*. Decía que escribir y hablar sobre viajes en el tiempo es una tarea casi imposible. Primero, porque ya muchos lo han hecho, por lo que conseguir una manera novedosa requiere de bastante inventiva. Y segundo, porque hacerlo creíble, sin romper el pacto autor-lector, es una tarea minuciosa. De estudio y consulta a los que han escrito —de manera científica— sobre el tema. ¿Cómo me gustaría viajar en el tiempo? Por mucho que preferiría tener un carro con un condensador de flujo, lo veo más al estilo de conseguir una puerta, pequeña y vieja, dentro de una casa oculta en algún barrio olvidado por la ciudad de turno, y que, al abrirla, uno caiga en el año que está pensando al cruzar el umbral.

PASOS HACIA EL VIAJE TEMPORAL

En el pasado no tendría miedo a perderme. A portar la valentía como una cualidad de ingeniero. Fabricando mis memorias con las consecuencias de aquel que se sabe cómplice de sus decisiones. Sin miedo a la noche, a los carros, a las montañas rusas y a los *no* por respuesta. Ser el muchacho que sabe lo que estudia y dónde debe colocar los verbos para que el mundo no sea esa red salvavidas, y se convierta en el mundo que plasmo con descaro en mis hojas en blanco. En el pasado podría gritar a los cuatro vientos que escribir es una manera de vivir, para que así, en mi futuro, se escuche con total claridad. Una claridad que me ilumina los sentidos y permite el andar sin importar qué piense el mundo. Ese mundo que cambiaré al pisar una cucaracha o al decirle a mi mamá que es la mejor.

No olvidaría hacer los clichés de los viajeros del tiempo: comprar dólares, libros y pararme en medio de la avenida Bolívar de Caracas con un cartel que dijera: «No voten por militares. Enciérrenlos en los cuarteles».

Luego de trastocar el pasado, mi futuro no sería aquello que tengo ahora. Llegaría a una realidad donde los pasos que forje no valen de nada. Donde todo el conocimiento que pueda haber aportado en el pasado se desfiguró con la irresponsabilidad de un viajero que sólo piensa en su satisfacción personal. No estaría mi hijo, o mi esposa. No estarían

las circunstancias que me hacen escribir esto al lidiar con un dolor de dientes que parece viajar por cualquier dimensión. Puede que mientras siga acumulando experiencias, errores y éxitos, construya mi propio mecanismo para viajar en el tiempo y comprenda que la realidad, más allá de sus horas, días y años, es un conjunto de recuerdos que nos convierten instantáneamente en viajeros interdimensionales.

Aquí estoy, jugando con la memoria. Jugando con los sueños. A pesar del frío, envuelto en la paradoja de saberme presente en este espacio, pero con mi mente en otro tiempo. Saber que las horas y los minutos del que migra se constituyen en recuerdos y que de nada sirve darle cuerda al reloj.

JOROPO DE ESPERANZA

ALEXIS CASTILLO

La diáspora venezolana en Perú no solo se acopla a una realidad de oportunidades, sino que encara su día a día cobijada por la solidaridad de un pueblo hermano que está al tanto de la crisis política y económica que afecta a la nación petrolera. Son los foráneos de moda en el país de los mil sabores.

Caminan como en la sabana infinita con el pensamiento puesto en luchar, vivir, crecer, dejar atrás los días de zozobra producidos por la inestabilidad política, la inseguridad y la hiperinflación asfixiante.

Aquí en Perú los venezolanos no son transeúntes invisibles, de ninguna manera, menos cuando lucen el amarillo,

azul y rojo con sus ocho estrellas, sin olvidar el color vinotinto, que en lo futbolístico los hace sentirse orgullosos aunque no haya un Messi o un Cristiano Ronaldo en su selección.

Van y vienen, con ese andar sobrado y a veces petulante, enfundados en su tricolor nacional, tal vez como nunca antes lo habían lucido en su país natal, pero en este capítulo de exilio y destierro forzado desean remarcar de dónde vienen.

En Lima o cualquier otro departamento del Perú son migrantes recién llegados. Han pisado esta tierra de gracia, después de un periplo por aire y tierra; llegan cansados y optimistas después de dejar atrás al país donde crecieron, al que llevan grabado no solo en su alma, sino en sus ojos, en sus sonrisas, en sus frases chispeantes y su andar zumbado.

Están en todos lados, solos, en pareja o en grupos, acoplándose a otra realidad, aprendiendo lo que es adaptarse siendo extranjeros, sintiéndose observados y extraños, con el verbo a todo volumen, soltando frases inusuales e imprudentes por estos lares, riéndose de todo, con ese sentido del humor que les ha servido para sobrellevar un país en el que la realidad superó la ficción. Olvidando por momentos sus propios problemas, las melancolías transitorias, aferrados a la esperanza de un porvenir mejor.

En el país de los mil sabores, los venezolanos venden sus platos típicos como arepas y empanadas fritas a base de harina de maíz precocida. Encuentran plácidos los ingredientes para preparar sus deliciosas bombitas rellenas de crema pastelera, galletas, *cupcakes*, chicha andina y la exótica tizana.

Vale acotar que ha sido la tizana el producto más atractivo a los ojos de curiosos y sedientos que prueban este multijugo hecho con base en frutas tropicales como naranja, sandía, maracuyá, piña y manzana. Los peruanos compran y beben con gusto, aunque también por solidaridad con sus hermanos venezolanos.

Nadie escapa a escuchar ese acento *cantadito* que hoy se reproduce en casi todas partes. Desde el ambulante que vende caramelos, limonadas, la anfitriona del restaurante, el bailarín del show en tv, el mozo que sirve la comida, un profesor que da clases en un colegio, la recepcionista de un hotel, la enfermera que cuida ancianos o el cocinero.

La controversia los ha salpicado. Desafortunadamente ha habido venezolanos implicados en sonados crímenes, robos,

fraudes y trifulcas callejeras, sucesos con alta exposición en los medios de comunicación.

De remate, no faltan aquellos que les recriminan su masiva presencia en estas tierras, les disparan críticas, les pelean espacios de trabajo y les buscan hasta el menor de los defectos para exponerlos en sus debilidades y miserias.

De los 200.000 venezolanos que forman parte de la estadística migratoria en Perú, 164.000 están como ciudadanos en calidad de turistas, una condición que les garantiza 183 días de permanencia. Ingresan por la frontera norte de Tumbes, zona que ha reportado un aumento considerable en la entrada de esta población extranjera. Otro incremento en la salida de venezolanos también se ha hecho público por Tacna o Puno, ambas zonas de la frontera sur.

Felizmente, han sido mayores las demostraciones de apoyo, respeto y solidaridad de las autoridades gubernamentales y del grueso del pueblo peruano que les ha abierto sus brazos con el más sentido de los afectos.

MONTAÑA RUSA

De esto puede dar fe la periodista Yenny Medori, oriunda del estado Anzoátegui, región del oriente venezolano, quien decidió partir rumbo a Lima en busca de oportunidades de trabajo y bienestar para su familia.

Para esta geminiana de 34 años y madre de dos hijos: Valeria y José Francisco, de cinco y nueve años, hubo momentos duros, noches de llanto en soledad, sobre todo cuando encendía la imagen de sus pequeños todavía en Venezuela.

Partió por vía terrestre con destino a Lima el 9 de octubre y llegó el 15 de ese mismo mes.

—Esta experiencia ha sido *como una montaña rusa*» —expresa, al tiempo que comenta que meses antes había emigrado a Colombia—. Allí estuve un tiempo corto, sin éxito. Me aventuré con mis dos hijos en esa primera oportunidad. Lamentablemente, en Colombia no me fue como lo pensé, pero fue una experiencia que me preparó para este viaje hasta Perú. Esa primera vez en Colombia me dejó una lección: qué errores no debo cometer ahora en este nuevo destino. Ahora en Perú decidí que debía hacer el viaje sola,

lo que me ha permitido más libertad. Me ha servido para afianzar mi visión de lucha, mejorar mi búsqueda de oportunidades en lo laboral y así construir mejores bases para traer a mi familia.

—¿Qué te ha enseñado este segundo viaje? —pregunto.

—Me ha enseñado a tener paciencia, mucha fortaleza y ser más constante.

—¿Qué rasgo personal has fortalecido ahora más que nunca?

—La tolerancia. Definitivamente. Toca tolerar cosas que antes quizá no toleraba, hasta de uno mismo. Esta etapa me ha servido para valorar hasta qué punto soy capaz de afrontar algo que creía no podía hacer, tomar una decisión habiéndola pensado más fríamente, mejor en base a sus pros y contras.

Medori es una mujer reticente a mostrarse vulnerable, de voz cálida y gestos controlados. Nos cuenta que antes de encontrar trabajo como *community manager* acudió a entrevistas donde las ofertas de empleos iban desde niñera, azafata o dama de compañía. Puntualiza que «no ha sido color de rosa» y relata escenas cortas de esta aventura que emprendió hace seis meses.

«Me tocó dormir con solo unas sábanas en el piso, luego en un colchón inflable que me regaló una señora, comer solo pan, galletas, queso y café porque debía ahorrar el poco dinero que tenía disponible», dice sin perder la serenidad de su tono.

Los ojos le brillan cuando habla de la separación circunstancial de sus hijos, pero no claudica al sentimentalismo. «Primera vez que me separo de esta forma. Ya son seis meses sin verlos, en los que me he perdido algunas cosas, pero he podido lidiar con eso, asumirlo con serenidad».

Otra anécdota que recuerda de esta travesía ha sido la primera vez que tuvo que alquilar una habitación y mudarse sola. «El propietario de la casa a los días empezó a mostrar una conducta impropia, que me obligó a marcharme antes del tiempo previsto. Incluso intentó hostigarme telefónicamente. La situación fue aterradora».

Sin embargo, añade que en lo profesional las puertas se han ido abriendo. «Estuve un mes y medio sin encontrar nada aceptable, pero he contado con mucha suerte. He po-

dido encontrar una oportunidad laboral como periodista de lunes a viernes; los fines de semana, estoy de azafata atendiendo mesas en un restaurante. He podido descubrir que esta experiencia me deja un enorme aprendizaje, me gusta mucho y lo estoy disfrutando».

La experiencia de Miguel Antonio Perpetuini Torres es una historia con episodios y escenas de desarraigo y valentía. Para este ingeniero electrónico de 34 años, nacido en Barquisimeto, estado Lara, su salida de Venezuela implicó desprenderse de sus tres hijos: Michel (7 años), Sair (10 años) y Miguel (12 años), esposa y madre.

«Tengo la imagen de mi hija llorando al verme partir. Algunas veces me viene una y otra vez a la mente esa imagen», cuenta este hombre de ojos verdes y perfil europeo. Son más de las cinco de la tarde. Él toma un chocolate y yo un café Latte en el distrito de Jesús María.

Miguel es hijo único, así que plantearse venir a Lima exigió no solo pensar y repensar su viaje por la lejanía de sus afectos, sino saber organizarse y dejar atrás su zona de confort. «Tuve que vender mis dos carros —los tenía nuevos— y casi todas mis herramientas, porque tenía una empresa de mantenimiento que me permitía hacer servicio a plantas industriales. Eso me permitió dejar canceladas deudas, prever dinero para manutención de mi madre y mis tres hijos».

Con la nostalgia que le produce recordar su partida, quiza lo que observó en la agitada frontera colombo-venezolana es lo que le trae recuerdos con sabor amargo.

—Este ha sido mi primer viaje. En la frontera pude ver a muchas personas llorando porque las robaban, no había buses que partían desde Cúcuta hasta Perú. Me tocó venir en una línea que operaba sin permiso, de esas que aprovechan la oportunidad de viaje de muchos venezolanos que salen por esta zona fronteriza. Se pasa mucho trabajo con esta empresa de transporte.

Vi gente durmiendo en la calle, sin dinero, sin comida, padres con niños casi agarrados de la buena fe de alguien. Había muchos venezolanos haciendo fogatas. Fue un panorama que me impactó. Eran personas a las que quizá no les importaba si había frío o atravesaban necesidades en ese momento, pero que les urgía salir de Venezuela.

—¿Cómo ha sido hasta este momento vivir en Lima?

—Nunca me planteé que sería fácil. Aquí conocí a otro amigo de nombre Miguel, quien me presentó con el dueño de un restaurante y al otro día ya estaba trabajando. Estuve de mozo durante 15 días y luego el propietario me nombró encargado; a las semanas siguientes ascendí a administrador. Es una excelente noticia para mí. Me siento muy afortunado, pero me ha enseñado otra faceta de mi vida, porque es la primera vez que me enfrento a ser responsable de otra empresa que no sea la mía propia. Me siento bien, porque siento que voy en el camino adecuado. He aprendido a no ser tan confiado, a tener un poco de malicia. He podido tropezarme con personas que desean lo peor a otros, pero no me amilana.

Esta experiencia de emigrar me ha enseñado a valorar más lo que antes quizá no veía. No es fácil estar alejado de mi esposa, de mis hijos, de mis padres. Esto me ha dado mayor madurez.

—¿Qué no te ha gustado?

—Es triste ver que ha habido venezolanos incurso en delito, pero convivo con eso. Mi mejor actitud es hacer las cosas dignamente.

Mientras charlamos, suena de fondo *Imagine*, de John Lennon. Le pregunto si se visualiza haciendo algo distinto al oficio de administrador que desempeña actualmente. «No vine a Lima a estancarme, vine a aprender, a dar a conocer mi experiencia laboral, mis conocimientos. Te voy a leer algo que uso en mi WhatsApp: “No vivas para que tu presencia se note, sino para que tu ausencia se sienta”», expresa y deja que sus labios gruesos toquen la taza para tomar un nuevo sorbo de su chocolate humeante.

UNA LUZ DE ESPERANZA

Perú no solo está en el mapa de los venezolanos que creen en un nuevo proyecto de vida, se aventuran a explorar un mercado laboral o huyen de su patria diezmada por un modelo político que pulverizó la calidad de vida y la hizo inaguantable. Es un destino cierto para quienes procuran auxilio debido al padecimiento de salud, que el sistema sanitario venezolano dejó de atender oportuna y eficientemente.

Las complicaciones para el acceso a medicamentos en la república bolivariana hicieron empacar a más de un paciente que, urgidos de un fármaco esencial, encuentran tranquilidad al estar fuera de peligro, de muerte y resolver un tratamiento.

David Castro, coordinador y consejero del área de pruebas rápidas de la ONG Sí, da Vida, explica que el volumen de solicitudes de pacientes venezolanos con VIH ha sido otra cara del éxodo venezolano.

«Desde hace tres años hemos registrado un aumento de casos de venezolanos que acuden hasta nuestra institución. Actualmente, en promedio atendemos entre 15 y 20 casos semanales de personas de ese país, cuando antes tan solo eran dos casos semanales», precisa el representante de esta ONG que tiene doce años de fundada, cuya sede está ubicada en el distrito de San Martín de Porres.

Castro apunta que el contacto mayormente se establece vía web. «Nuestras redes sociales son un mecanismo de contacto y ubicación, sin descartar que también llegan por referencias e igualmente por intermedio de la Oficina Consular de Refugiados de Lima».

En Lima también asociaciones civiles como Vía Libre, Impacta e Inmensa conforman un bloque organizado de apoyo a los venezolanos.

«La principal razón de consulta y atención, en nuestro caso, ha sido por apoyo en el acceso a los medicamentos antirretrovirales y orientación en tratamientos por VIH», dice.

El acceso al tratamiento antirretroviral en Perú es gratuito y de fácil acceso. También el sistema de salud pública garantiza de forma gratuita exámenes de laboratorio de CD4 y carga viral.

«En nuestro caso no ha sido este factor de emigración un problema; por el contrario, *hemos sido una luz de esperanza*. Actualmente tenemos un promedio de 100 solicitudes de atención por mes entre información y atención en nuestras oficinas», precisa Castro. «Los casos más notorios que nos llegan es por abandono del tratamiento debido a los problemas de falta de estos medicamentos en Venezuela, lo mismo que por falta de realización de los exámenes especiales que se exigen a un paciente con esta enfermedad».

En su opinión, se trata de una situación compleja que demanda atención, por cuanto muchos de los venezolanos

expresan su deseo de vivir; de allí que sus médicos les recomiendan salir del país para poder continuar con sus tratamientos.

«No siempre estos pacientes llegan hasta nosotros con sus historias clínicas, sino con una simple foto del medicamento que toman, porque el sistema de salud venezolano tampoco les provee de su historia clínica o les refiere con un informe explicando la situación», explica.

«Hemos tenido tres casos de jóvenes que han fallecido y otros presentaron serias complicaciones producto de la falta de continuidad en el tratamiento», rememora. Sobre si las autoridades diplomáticas han mostrado preocupación al respecto, afirma que «la atención de un caso de suma gravedad nos llevó a solicitar una respuesta del consulado venezolano en Perú, pero nos encontramos con una falta de respuesta lamentable».

El monitoreo que realiza el personal de la ONG Sí, da Vida, explica Castro, se enfoca en un 90% en vigilar el control médico.

SEXO TRICOLOR

Justamente al hablar sobre sexualidad, la presencia venezolana revela una exposición llamativa. La oferta de servicio sexual, que por lo general es vista con normalidad en la sociedad peruana, ahora con la llegada de más venezolanos se convierte en un sector lucrativo y altamente movido.

Ser hombre o mujer sirve para obtener ingresos fáciles, de allí que una mirada a las redes sociales de uso entre hombres gay funciona para pulsar este comportamiento.

A los fines de este trabajo periodístico decidí abrir dos perfiles en aplicaciones como Badoo y Grindr, ambas muy usadas entre chicos de ambiente, que me permitió corroborar, por un lado, lo prolífico de los perfiles de venezolanos, y por el otro, los niveles de interacción no aptos para románticos desprevenidos o poetas virginales. Por el contrario, en estas redes sociales lo usual es concertar encuentros sexuales entre dos o más interesados. Aquí el interés sexual tiene un lenguaje directo, inequívoco.

En Badoo y Grindr algunos venezolanos hombres han encontrado plataformas de contacto donde ofrecen sus ser-

vicios sexuales tarificados. En sus perfiles es fácil identificarlos por rasgos únicos: escriben sus dos nombres de pila (los peruanos solo colocan uno o usan alguna frase como anzuelo) y usan expresiones como *pana dotado* o *chamo*.

La mayoría de los *venecos* se publicitan como masajistas, «terapistas físicos», hombres «serios y varoniles», chicos que buscan «conocer gente seria».

En Grindr, escribo a un venezolano que se autodenomina *Pana dotado*. Dice llamarse Antonio, cuyo perfil indica realizar masajes eróticos y relajantes a domicilio. Su foto principal es de un joven con abdominales marcados, piel blanca, rostro de facciones perfiladas, cabello castaño claro y ojos de color verde.

Antonio es parco al charlar, así que le pregunto cuánto cobra por tener sexo. Con rapidez me contesta que su tarifa va desde los 80 nuevos soles por una hora (24 dólares) y hasta 200 nuevos soles (61 dólares) por igual tiempo si el caso implica complacer en pareja. Es una respuesta que se repite en otros a los que escribo.

En esta *app* hay múltiples perfiles con imágenes de chicos con poca ropa, cuerpos de gimnasio. No falta el atributo de los centímetros de su órgano sexual y los roles: activo, pasivo o intermedio.

Sobre este particular converso con Héctor, administrador peruano de unos 39 años, de figura rolliza, sin pareja fija desde hace tres años. Él prefiere el contacto con los *venecos* basado en sus atributos físicos. «Son lindos y directos, abiertos, calientes», expresa con sonrisa pícaro mientras bebemos un café en el cosmopolita distrito de Miraflores.

Mi interacción con este hombre de 1,70 de estatura y abundante cabello color negro azabache fue posible mediante Badoo, donde mi perfil mostraba una foto de mi cara públicamente. Luego de una conversación por más de una hora, acepta mi invitación a charlar personalmente. No escondo mi interés periodístico, así que previa explicación de mi parte de solo llevar mi libreta de apuntes, bolígrafo y teléfono móvil, accede a conversar.

Le pregunto cómo ha podido conocer personalmente a otros venezolanos. «Por medio de dos aplicaciones archiconocidas: Badoo y Facebook», responde al tiempo que elige edulcorante en vez de azúcar morena. «He llegado a conocer en otros momentos a tres chicos. Lo malo es que todos me

solicitaron dinero antes, durante o después de cada encuentro. Eso, sinceramente, me desconcertaba, porque te suplicaban incluso».

El tercero llegó con una proposición, pese a estar todavía en su país natal: «Me contactó por Facebook. Chateábamos casi todos los días, hasta que comenzó a solicitarme dinero como ayuda para poder salir de Venezuela. Me enviaba fotos con y sin ropa, estaba muy churro (guapo). Me gustaba todo. La promesa fue que una vez estando en Lima, sería mi pareja».

—¿Concretaron verse en Lima?, pregunto.

—Le seguí la corriente para ver hasta dónde llegaba, tiempo después terminé por dejar el contacto —dice, y añade tajante—: No me creí esa promesa.

EN LA LÍNEA DE FUEGO

La sociedad peruana es conversadora y fácil de mostrarse incómoda por algún gesto o acto exhibicionista que rompa con los valores y los buenos modales. Por ello, la expresión del rostro le cambia rápidamente a cualquiera cuando miran a una mujer con poca ropa. Por estos días, algunas venezolanas han sido blanco de señalamientos por esta razón.

En el ojo del huracán están las vendedoras ambulantes con ropa ajustada al cuerpo y escotes pronunciados, quienes son objeto de críticas corrosivas.

«No deberían estar así, con poca ropa», opinan dos señoras, mientras nos trasladamos en bus por el distrito de San Juan de Lurigancho (noroeste de Lima). «Con razón los hombres les compran todo y ¿quién no?», añade en voz alta un señor que se sienta delante.

Opiniones distintas tienen la docente Carolina Espezúa y la estudiante de psicología Angeli Martínez. «No hay nada ofensivo en que las venezolanas dejen ver sus siluetas con su vestimenta», dice Espezúa y la segunda Martínez: «me parece normal».

Los comentarios de reproche llegan de algunas venezolanas. Quizá el que se hizo más viral fue el de Miranda Azuaje, cuyo video publicado el 13 de febrero de 2018 en Youtube obtuvo 293.024 visitas y un total de 2415 comentarios. Azuaje

recriminó no solo la vestimenta de las informales, sino comentarios altisonantes de algunos compatriotas.

En esta aplicación es posible ver otros videos que entrecruzan expresiones polémicas que van desde críticas hirientes también vertidas por venezolanos hacia la comida inca o sobre los rasgos físicos propios del mestizaje peruano. Ello ha valido la respuesta del lado afectado, al considerarlo una ofensa, todo ello ventilado con afán en medios radioeléctricos y periódicos.

REFUGIO SOLIDARIO

En suelo peruano, según cifras publicadas por la Superintendencia Nacional de Migraciones, hasta marzo de 2018 había más de 200.000 venezolanos, que ingresaron en calidad de turistas; 36.000 de ellos ya fueron beneficiados con el permiso temporal de permanencia (PTP), un documento que les permite trabajar y tributar con todos los derechos laborales.

El organismo oficial reporta que el 90% de este universo humano son profesionales y técnicos, un perfil competitivo laboralmente pero que debe ponerse al día con la legalización de sus títulos para ejercer sin mayores trabas. En su mayoría son jóvenes, entre los 25 y 45 años.

Según declaraciones ofrecidas a la prensa por Oscar Pérez, presidente de la ONG Unión Venezolana en Perú, el éxodo tiende a ser mayor tras la agudización de las condiciones socioeconómicas en Venezuela.

«Un niño muere diariamente de hambre y el 15% de la población infantil sufre de desnutrición crónica, mientras el 68% está desnutrido», expuso, sin dejar de referirse a la necesidad de abrir un canal humanitario en razón de una profunda crisis.

Pérez recriminó que «los venezolanos, que somos muchos, estamos acá en Perú por culpa del irresponsable y criminal gobierno de Nicolás Maduro».

Mientras los cuestionamientos no cesan, en Perú los venezolanos reciben un nuevo respaldo del gobierno. El lunes 2 de abril de 2018, la Oficina Central de Interpol habilitó nuevamente el sistema de citas en línea para quienes deseen obtener la ficha de canje internacional. Este documento es un requisito indispensable para solicitar el PTP.

Es una medida que por segundo año se decreta a favor de los miles de venezolanos que ingresan a Perú en busca de una oportunidad mejor que les permita ayudar a sus familias, que todavía padecen las calamidades que afronta la nación con grandes reservas de gas, petróleo y recursos minerales.

La OIM, organismo de las Naciones Unidas para las migraciones, reflejó en un estudio reciente que el desplazamiento de los venezolanos se concentra en distritos ubicados en Lima norte como Los Olivos (10,9%), San Martín de Porres (8,9%) e Independencia (4,1%), La Victoria (8,7%), Santiago de Surco (5,5%), San Juan de Miraflores (5,2%), Chorrillos (4,9%), San Juan de Lurigancho (4,8%) y El Agustino (4,3%), que son zonas populares densamente pobladas.

La OIM revela que el resto de los venezolanos (42%) se distribuyen de manera homogénea y con porcentajes menores en otros 33 distritos de la región capital y Callao. El estudio del organismo muestra que más del 60% de los migrantes son hombres, en su mayoría jóvenes y adultos, con edades que oscilan entre los 18 y más de 39 años.

A las 10:16 a.m. del sábado 7 de abril llego al albergue dispuesto para venezolanos ubicado en la calle 248 de la urbanización Canto Bello en el distrito de San Juan de Lurigancho. Es una instalación con una gigantografía colgada en su entrada que reza: «D.C. Semillero Canto Grande, ahora por decisión de su propietario René Olmos sirve como refugio para un máximo de 60 personas, cuya estancia o pernocta no excede los 20 días».

Mientras espero, observo en esa mañana de suave brisa a un grupo de venezolanos charlando a las afueras y en el interior. Hay ropa secando al sol en el patio central, una lavadora automática en pleno funcionamiento, una bandera venezolana puesta en la puerta principal que da justo a una sala donde unos jóvenes ven un partido de fútbol.

En este lugar encuentro a Carmen Peña, oriunda del estado Carabobo, quien apenas lleva una semana en este centro. «Me vine porque en Venezuela está fuerte la cosa», dice veloz después de colgar una llamada. «Vengo a buscar trabajo para poder enviar a mi esposo y mi hija que siguen en el país», añade y pone sobre la mesa su celular Samsung.

Peña es madre de dos hijos, el mayor de 25 años que está en Ecuador y una jovencita de 19 años. «Me vine con 250

dólares, de los cuales cambié 180 y me dieron apenas 300 soles. Un amigo ofreció recibirme, pero al llegar a Perú no me respondió más ninguna llamada, así que por referencia de unos venezolanos que me encontré en Tumbes pude llegar a este albergue».

En esta instalación los usuarios deben ceñirse a un horario para el uso de baños, espacios para lavar enseres, ropa y la cocina. La comida que preparan en este albergue llega gracias a distintas donaciones.

Me lo confirman Jesús Lovera y su novia Daylin Bermúdez, quien tiene 36 semanas de embarazo. «Mi papá me habló de las condiciones que muestra Perú para los venezolanos y sin pensarlo mucho me arriesgué en este viaje embarazada y todo», cuenta esta chica que desayuna una taza de avena con galletas de soda.

Ambos son oriundos de Maracaibo. Ella es estudiante del tercer trimestre de comunicación social y él apenas alcanzó al séptimo semestre de ingeniería industrial. «Mi aspiración es viajar a España o Alemania, pero eso dependerá de cómo me vaya aquí en Perú», recalca. «Para nosotros es primera vez que estamos en un albergue. Es difícil porque hay mucha gente necesitada de esta instalación como nosotros, pero gracias a Dios nos hemos encontrado con personas buenas», acotó este chico de ojos negros y grandes.

Jessica Figuera no está en ese albergue pero su historia quizá sirva de alerta a quienes son presa de la impaciencia al salir de Venezuela. «Me vine con apoyo de un amigo que me consiguió 200 dólares prestados con un peruano. Junto a una amiga me vine con poco equipaje y solo mi cédula de identidad para cruzar la frontera», relata esta jovencita de 23 años y tono divertido mientras toma mi orden en la pollera donde coincidimos en el sector Las Flores de Luriganchito.

«Era poco dinero pero lo suficiente para llegar. Mi viaje no fue cómodo pero no me asusté, porque tengo una hija de nueve años y era ahora o nunca», agrega esta nativa de la región llanera de Barinas. «Mi sorpresa fue que, al llegar aquí a Perú, ese amigo que me facilitó los dólares no quería que le pagara al conseguir trabajo, sino quería que me acostara con él durante un mes. Me dijo que así se sentiría pagado. Le dije: “estás loco, mijo”», responde enfática.

Quien siente que su vida va dando saltos ascendentes es Miryuli Bermúdez, quien contabiliza seis meses viviendo en

el distrito turístico de Barranco, tiempo que le ha permitido no solo obtener un mínimo de estabilidad emocional.

«Con el poco dinero ahorrado decidí comprar un carro para vender *hot dog* o perro caliente, hamburguesas, papas fritas y gaseosas», cuenta esta venezolana que tuvo que abandonar su país tras sufrir el vértigo de verse obligada a cerrar su distribuidora de productos del mar a raíz de los desequilibrios económicos.

«Ha sido una decisión que hoy me coloca ante un reto, sobre todo por mis dos hijos», añade Miryuli, quien remarca que, si bien su nivel de vida ha dado un giro de 180 grados, lo satisfactorio ha sido gozar de tranquilidad. «No tengo la inquietud de andar buscando qué comer, cuál será el precio a pagar por un alimento, si consigo crema dental o no tengo efectivo en la cartera, si me van a robar en la calle. Me siento esperanzada de que con lo poco o mucho que tengo ahora, estoy tranquila con mi familia».

—¿Albergas la esperanza de regresar a Venezuela?

—No es algo que me planteo en este momento, aunque una probable recuperación llevará años; en este momento, aquí, voy hacia adelante con mis hijos. Volver es algo que no pasa en este momento por mi mente. Si mis cosas van bien aquí en Perú es otro escenario».

—¿Quedarte en Perú depende de...?

—De tener una casa propia y no pagar alquiler (risas).

La diáspora venezolana en Perú es un libro abierto, una novela sin voz impostada, es energía de protagonistas, el capítulo de una época amarga, el testimonio de la solidaridad, una narración sabrosa, una telenovela con personajes que no son mejores ni peores, escenas sin un ápice de teatralidad.

Viven sin que el recuerdo de lo sufrido amaine sus ánimos, esperanzados en los frutos de la faena diaria, al son de un joropo de ritmo vivo, como el *Pajarillo*, *pajarillo* que sueña con cuatro, arpa y maracas.

Es un canto generacional, fenómeno, realismo y desventura, reflexión e inspiración.

DE VENEZUELA A LA PATRIA CELESTE. LA HISTORIA DE LOS VENEQUAYOS

ÁNGEL ARELLANO

No es fácil cambiar de un día a otro el calor de la costa caribeña, el olor de la playa, el sabor de lo nuestro, la familia, los amigos, los gritos del vecino, los chistes del panadero, la diversidad de la geografía, las montañas, las empanadas de la carretera, las arepas matutinas, vespertinas, nocturnas... Quienes nos encontramos fuera de nuestro país hemos tenido que asumir esta nueva realidad. Algunos con más nostalgia que otros. Algunos con más capacidad para ahogar el llanto. Algunos con mayor disposición para reinventarse.

Varios desembarcamos en Uruguay. Miles de venezolanos. La abrumadora mayoría en los últimos tres años.

A principios del nuevo siglo unos pocos migraron a la tierra de Artigas. Estos tenían nexos familiares o afectivos que los trajeron hasta acá. Cuando llegaron no existían restaurantes de comida típica venezolana. Era muy difícil conseguir harina precocida de maíz para hacer las arepas, más aún encontrar algún músico venezolano en la populosa peatonal Sarandí de Montevideo, o un venezolano como vendedor en una tienda, o de mecánico en un taller automotor, o como gerente de una empresa reconocida. El tiempo transcurrió y la historia fue rotando hacia el escenario que tenemos en la actualidad. Desde 2015 en adelante la migración de venezolanos hacia el Uruguay subió exponencialmente. Hoy supera los 8000 residentes legales.

«Nosotros ya no somos inmigrantes, somos refugiados. Nos vinimos corriendo, huyendo del país con una mano adelante y la otra atrás», dijo Ana Bermúdez, una venezolana que llegó a Montevideo con sus dos hijas buscando el futuro que no iba a tener en la empobrecida Guarenas, ciudad periférica de Caracas.

LA LLEGADA AL URUGUAY

En 2016 una cuarta parte de los inmigrantes que ingresaron al Uruguay eran venezolanos. A principios de 2017 el gobierno uruguayo estimó que por lo menos 2400 compatriotas estarían llegando a este territorio, pero el corte hecho el 31 de diciembre de ese año arrojó muchos más: 3248.⁵¹ Y entre enero y abril de 2018, 2486 ciudadanos venezolanos tramitaron su residencia. La principal nacionalidad inmigrante. Un salto drástico. La Cancillería uruguaya estima que el número seguirá en ascenso al menos durante los próximos tres años más.

En el preámbulo del otoño de 2017, un día cualquiera, en la radio de una unidad de transporte montevideana se escuchaba el testimonio de una venezolana. Afuera llovía y en el pasillo del bus había un extraño silencio. El conductor subió el volumen para poner atención al relato. El autobús estaba repleto de personas, muchas atentas a la transmisión:

51 Ministerio de Relaciones Exteriores (2018). *Informe Anual 2017. Residencias permanentes Mercosur y familiares de uruguayos extranjeros*. Montevideo: MRREE.

Salimos de Venezuela por la crisis que está atravesando el país, donde la escasez, la inseguridad, la falta de medicamentos y la represión del gobierno son férreas, y no permite una vida normal, una vida cotidiana para nadie. La inflación hace que se evapore todo sueldo, y por mucho que trabajes se hace imposible tener las condiciones mínimas de vida.

Decidimos salir del país y, en virtud del costo de los boletos aéreos ([y que] no teníamos para eso), nos vinimos en un vehículo propio, que es un carro tipo van o combi. Y nos vinimos seis personas de mi familia. Me traía al hijo de una amiga y lo adopté como mi hijo durante todo el camino, y cuatro amigos más con una niña.

Salimos de Venezuela, atravesamos todo Brasil. En un primer momento llegamos mal a la fecha del barco que teníamos que agarrar para atravesar desde Manaus hasta Porto Velho, y perdimos muchos días. Luego la bomba de agua del auto se dañó y quedamos varados en el medio del Mato Grosso alrededor de unos maizales durante cinco días más. Ya de ahí la marcha fue más lenta y tardamos en total 38 días en llegar [a Uruguay]. Fue toda una travesía. Gracias a Dios llegamos.

HEMOS SIDO RECIBIDOS FABULOSAMENTE POR TODOS LOS URUGUAYOS

La decisión no es sencilla. Dejamos toda nuestra familia. En mi caso, dejé a mi madre que está desahuciada con cáncer. Y tenía que elegir entre un futuro para mis hijos o estar con mi mamá. Mi mamá me dijo «vete, por los niños». Dejamos nuestras carreras, dejamos nuestro hogar, dejamos todo lo que conocíamos por algo incierto. Escogimos Uruguay, entre otras cosas, porque mi papá era uruguayo y salió de aquí durante la dictadura, logró sacar a su familia. Bastante irónico que él se haya ido a Venezuela huyendo de la dictadura y me haya tocado a mí repetir ese mismo ciclo muchos años después.

Estamos amparándonos en la Ley del Retornado,⁵² y de verdad que nuestras expectativas en Uruguay son vivir en paz,

52 En referencia a la ley n.º 18250 para los uruguayos retornados.

en tranquilidad, con toda la gente amable que aquí habita. Hemos tenido un trato y un recibimiento hasta de los desconocidos, que ha llenado nuestro corazón, nos da valentía y fuerza, y aparte hemos conocido venezolanos muy valiosos como la señora Alicia, de Manos Veneguayas, donde están haciendo un trabajo excepcional. Y estamos encantados con lo que hemos conocido del país. Gracias de verdad a todas las personas que le tienden una mano a estos inmigrantes forzados por la dictadura y la represión. Los venezolanos sabremos agradecerles con mucho trabajo, esfuerzo y una gran sonrisa por todo el apoyo que nos den.⁵³

Es la historia de Priscila Verdes. Maestra. Hija de uruguayos. Hoy vive en Playa Pascual, poblado del departamento de San José. Cuando contaba su historia estaba, a la par, intentando conseguir una fuente de empleo como docente. El relato se me hizo tan conocido, tan frecuente en nuestra gente... Lo que han vivido Priscila, su familia y amigos es lo experimentado por los cientos de miles que huyen de la dictadura en Venezuela y van a todas partes del mundo. Algunos con menos suerte que otros. Huyen de la crisis humanitaria, de no poder comer tres veces al día, de hacer días de cola para adquirir algún producto básico, de no conseguir medicamentos indispensables, de la crisis de sarampión, paludismo y difteria. Huyen del caos. Muchos incluso caminando, con una pequeña mochila a cuestas y la esperanza en los labios. La ONG Manos Veneguayas, organización de venezolanos en el Uruguay dedicada a brindar apoyo a esta incipiente comunidad inmigrante, ha registrado testimonios de personas que estuvieron varios meses cruzando Brasil. Familias enteras, con niños, ancianos y mujeres embarazadas.

DATOS, NÚMEROS, INCÓGNITAS Y ALGUNAS RESPUESTAS SOBRE LA DIÁSPORA

Algunas preguntas sobre la migración de venezolanos al Uruguay: ¿qué piensan de nosotros?, ¿cómo han tomado la idea de que miles de venezolanos en apenas tres años hayan

53 «Venezolanos en Uruguay: la historia de Óscar, Ylva y Salomón» (31.5.2017). *En Perspectiva*. Disponible en: <<https://www.youtube.com>>.

llegado al Uruguay buscando las oportunidades que en su país natal no encuentran?, ¿qué dicen las autoridades gubernamentales?, ¿qué reflejan los estudios de opinión pública?

El hecho de que en tres años una comunidad migrante que antes era imperceptible suba al primer escalón de las solicitudes de residencias para vivir en el Uruguay, por encima de Argentina, representa un hecho sin precedentes.

Jorge Muiño es el director de Asuntos Consulares y Vinculación en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay. Por sus manos pasan las aprobaciones o rechazos de las solicitudes de residencia en este país. Dirige un equipo de varias decenas de personas que atienden y asesoran a los que llegan buscando ese *sí* que les permita formalizar su estadía. A diario habla con una cantidad importante de inmigrantes de todas partes del mundo con infinidad de idiomas, acentos, costumbres y vestimentas. Fue sumamente sencillo pautar una entrevista con él. A diferencia de lo que sucede en Venezuela, donde conversar con un jerarca del Estado es cosa por demás restringida (ni hablar del secretismo en toda la información oficial), la entrevista con Muiño fue organizada días después de enviar un correo electrónico al equipo de prensa de la Cancillería uruguaya, quienes cordialmente se pusieron en contacto telefónico para agendar.

Nuestra charla fue el lunes 17 de julio de 2017. Un día antes yo estaba junto a los compañeros de Venezuela Somos Todos Uruguay participando en el centro de votación abierto en Montevideo para la consulta popular que convocó la Asamblea Nacional de Venezuela, preguntando a la sociedad su opinión sobre la Asamblea Constituyente convocada por Nicolás Maduro, el comportamiento represivo de las Fuerzas Armadas en las manifestaciones contra la dictadura y la renovación de los poderes públicos. Hubo 2816 venezolanos movilizados en uno de los días más fríos que tuvo el invierno, luego de esperar horas en una larga fila que dio la vuelta a toda la manzana. La mitad del día bajo la lluvia.

Muiño comentó:

—En esta nueva ola de migración al Uruguay, obviamente, el retorno de uruguayos tiene una tasa muy importante. Tenemos un retorno fundamentalmente desde Estados Unidos y España. Y bueno, ahora de Venezuela, porque con ustedes hay un vínculo. Ustedes nos recibieron durante la dictadura uruguaya. En el padrón de la embajada en Venezuela

tenemos un aproximado de 9000 uruguayos viviendo allá. Muchos han regresado. Este dato es de finales de 2014 y principios de 2015, cuando se realizó el último relevamiento. De 2016 para adelante se ha incrementado el retorno de Argentina, Brasil y Venezuela. Esos retornos regionales, que antes no existían, ahora son números significativos.

—Lo que sí nos ha llamado la atención es que, tanto el venezolano que llega al Uruguay como el uruguayo que retorna de Venezuela, es gente calificada de media para arriba. Es decir, el nivel educativo es excelente. El nivel de instrucción académica es bueno pero también es muy bueno el cómo se desenvuelve la persona frente a la sociedad nueva donde se está presentando. Es una población propensa a salir adelante, obtiene trabajos buenos o relativamente buenos, o capaz que algunos están subcalificados en sus trabajos pero son buenos para el servicio. Después, hay otros que, tomando en cuenta la carencia que tenemos en recursos humanos para el área tecnológica, vienen y se instalan directamente ahí. Yo no me he encontrado con ninguna situación donde esté un venezolano que tenga un problema de falta de instrucción (por tanto, el Estado no tiene que invertir en eso) o en que el nivel de trato sea negativo. Creo que los venezolanos, cubanos, colombianos, etcétera, embellecen la cultura uruguaya. La enriquecen, la hacen diversa; ves cosas mejores, encuentras personas que cuando dan un servicio te atienden de forma mucho más agradable. Recordemos que Uruguay tiene una tasa de reemplazo casi negativa, y la venida de personas para acá, tanto de argentinos, brasileños, venezolanos y gente nueva, nos hace bien. Lo que viene para acá es la población económicamente activa de todas las nacionalidades.

—**¿Cómo se ha traducido esto en la economía del país?**

—Vuelvo con que las personas que llegan son población económicamente activa. La gente que viene no exige que el Estado uruguayo desembolse recursos en su capacitación porque ya está bien formada académicamente. Ahora, siempre que llegas a otro sitio y careces de redes sociales y familiares, debes buscar otras formas para insertarte en esa sociedad nueva, que tiene otras costumbres y formas de hacer las cosas. Ahí tiene un papel importante la habilidad de la persona pero también el cómo la sociedad en su conjunto la acoge. El 80% de las relaciones laborales son con la parte privada. En la parte pública es muy difícil que un extranjero

pueda ingresar, por temas de la normativa uruguaya. Aunque nosotros queremos romper ese paradigma porque Uruguay tiene que estar de brazos abiertos.

—¿Han evidenciado algún tipo de discriminación con respecto a los inmigrantes venezolanos?

—Los venezolanos vienen con todas las herramientas educativas y culturales para salir adelante en Uruguay. No es una población que pueda ser rechazada. Hay alguna población que capaz sí puede ser discriminada. La africana, capaz que por el color de piel o por un nivel de instrucción educativa mucho más bajo. Capaz que le puede costar más obtener un trabajo, porque también es diferente su idioma. Uruguay no escapa del hecho, como muchas sociedades, de ser una sociedad xenófoba y bastante discriminadora en algunos aspectos. No creamos que vivimos en el paraíso. Lo que pasa es que la mayoría de nuestra sociedad está propensa a recibir gente y a integrarla.

—Mañana me pueden decir «Mira que vi un caso de discriminación en Uruguay». Y sí, pero hay en Uruguay, hay en Argentina, hay en Brasil, hay en Venezuela, hay en todos lados. Ni la discriminación ni la xenofobia son rasgos particulares de la nacionalidad uruguaya. Es un tema que hay que trabajar mucho, hay que educar mucho a la gente con esta idea de que a Uruguay no solamente le sirve que vengan por un tema poblacional, sino porque las sociedades con mayor cantidad de culturas son las que más crecen. Porque es diversa, porque conoce otras costumbres y es totalmente diferente. Yo creo que el venezolano viene con una mirada de integrarse mucho más abierta, y esa forma de visión abierta, de inclusión, le facilita totalmente la integración.

¿CUÁNTOS VENEZOLANOS MIGRARON AL URUGUAY?

Es muy difícil obtener una cifra exacta del total de venezolanos que se encuentran viviendo en el Uruguay, porque existen casos cuya cuantificación se torna complicada: muchos de los que recibieron residencia permanente pudieron haberse ido a vivir a otro país, o regresaron a Venezuela; otros tienen la doble nacionalidad porque nacieron en Venezuela pero son hijos de uruguayos. Además, el flujo de venezolanos

RESIDENCIAS PERMANENTES CONCEDIDAS A EXTRANJEROS EN 2017

Nacionalidad	Residencias
Venezolana	3248
Argentina	2184
Brasileña	1832
Colombiana	473
Peruana	398
Paraguaya	220
Chilena	157
Boliviana	96
Ecuatoriana	94

Fuente: Elaboración propia con números del Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay.

RESIDENCIAS CONCEDIDAS A CIUDADANOS VENEZOLANOS (2000-2014)

Periodo	Residencias
2000-2002	6
2003-2005	10
2006-2008	22
2009-2011	34
2012-2014*	59

*De enero de 2012 hasta octubre de 2014.

Fuente: Elaboración propia con información de la Dirección Nacional de Migración de Uruguay.

que ingresan y salen del Uruguay es importante, y está creciendo cada vez más.

El número de residencias concedidas desde el año 2000 por la Dirección Nacional de Migración y las concedidas por el Ministerio de Relaciones Exteriores en el marco de la ley n.º19254, que facilita la residencia definitiva en el Uruguay para los nacionales de los Estados partes y asociados del Mercosur, así como para los familiares de uruguayos de

**RESIDENCIAS OTORGADAS A CIUDADANOS
VENEZOLANOS LUEGO DE LA APROBACIÓN DE LA LEY
N.º 19254 (2014-ABRIL 2018)**

Año	Residencias
2014*	105
2015	1143
2016	1427
2017	3248
2018**	2486

*2014, a partir de octubre.

**Enero-abril.

Fuente: Elaboración propia con información del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Dirección Nacional de Migración de Uruguay.

origen extranjero, puesta en funcionamiento en octubre de 2014, sirve como la referencia más cercana al total exacto de los residenciados en forma legal.

La Cancillería uruguaya ha informado que de 2014 a 2018 más de 8000 ciudadanos venezolanos realizaron el trámite de residencia permanente. No obstante, desconocemos el número de personas en trámite o que se encuentran en el país y no han iniciado su proceso de residencia legal.

De acuerdo con la reseña estadística de la Dirección Nacional de Migraciones de Uruguay, en el año 2014 circularon en el país unos 18.759 venezolanos. Un promedio de 1563 por mes. Sin embargo, a partir de octubre de ese año, con la puesta en marcha de la ley n.º19254, el flujo de nuestros compatriotas se incrementó sostenidamente.⁵⁴

**COLAPSO Y TRÁMITES FALSOS EN EL
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DE VENEZUELA**

Durante 2015 y 2016 hubo una situación de colapso en el sistema de asignación de citas para tramitar las residencias

⁵⁴ Datos suministrados al autor por el equipo de Estadística de la Dirección Nacional de Migraciones de Uruguay.

permanentes en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en la Embajada de Uruguay en Venezuela. Sucedió que muchas personas aplicaban para una, dos o tres citas, reservando un gran número de vacantes y colapsando la agenda virtual. Muiño explicó que esto se pudo solucionar gracias a la implementación de un filtro que impide que la misma persona pueda tomar más de una cita. No obstante, en Caracas la situación es diferente. La gran cantidad de venezolanos que aplican para iniciar su trámite migratorio en la embajada uruguaya ha desbordado las posibilidades de la misión diplomática. La gran mayoría de los que finalmente viajan al Uruguay optan por hacer la gestión directamente en Montevideo.

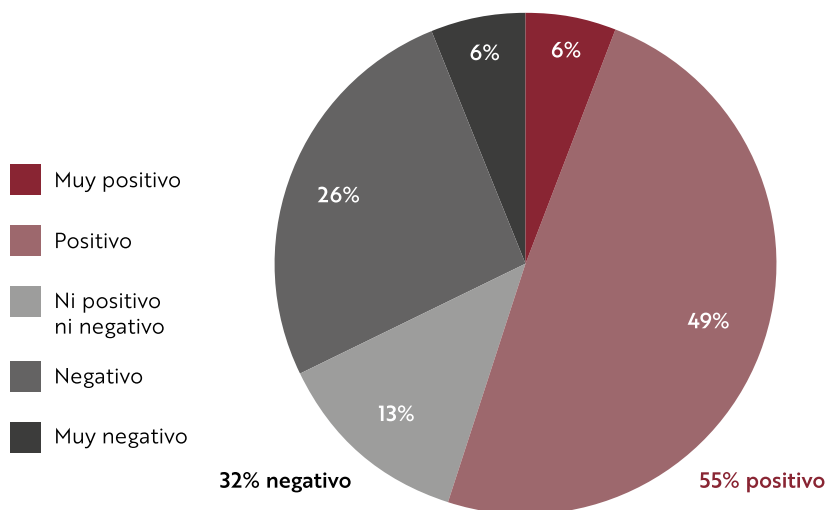
Otro hecho también atípico fue la recepción de un número considerable de documentos de ciudadanos venezolanos con apostillas falsas durante los años 2015 y 2016. El problema respondía a dos factores: la generación de certificaciones fraudulentas por parte de gestores que operaban dentro y fuera del Ministerio de Relaciones Exteriores venezolano; y un error informático notificado por el gobierno de Maduro a la Cancillería uruguaya. Lo cierto es que esto se repitió una y otra vez. Quien escribe también atravesó por esa incómoda situación. Tramité personalmente ante la Cancillería de Venezuela mis documentos civiles siguiendo los procedimientos de rutina y estos fueron certificados con una apostilla falsa. Luego, un familiar al que dejé un poder notarial en el país tuvo que hacer nuevamente el trámite y el sistema informático borró la cita luego de que la oficina respectiva había refrendado la recepción de los documentos. En un segundo intento, seis meses después, se pudo obtener correctamente lo solicitado. Los gestores siempre han coexistido dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores en Caracas. Es de conocimiento público. No obstante, desde 2010 en adelante, las gestiones por trámites migratorios se multiplicaron exponencialmente al punto de colapsar y dar paso a una mafia donde las personas pagan una elevada cantidad de dinero para conseguir la apostilla de sus documentos ante el impedimento de poder acceder a ellos por la vía legal que se encuentra desbordada de solicitudes.

ESTADÍSTICAS

Según los microdatos que recoge el Sistema de Información Integrada del Área Social (SIIAS) del Ministerio de Desarrollo Social de Uruguay, analizados en el informe *Caracterización de las nuevas corrientes migratorias en Uruguay* (2017), el grueso de la población venezolana que ha llegado al país tiene entre 25 y 44 años de edad, con mayor presencia del sexo masculino.

¿Qué opinan los ciudadanos uruguayos? Un reciente estudio de opinión pública difundido por la encuestadora Cifra en marzo de 2018 revela que más de la mitad de los uruguayos consideran positivo que lleguen inmigrantes al país.⁵⁵ Esta actitud favorable tiene diferencia en la relación Montevideo-Interior. En la capital, donde habita la mayoría de los migrantes, hay mejor disposición a recibirlos. Otra diferencia notoria está en los grupos de edad de los encuestados: los más jóvenes apoyan en mayor número la recepción de inmigración. También en el nivel de ingreso económico: mientras más bajo, más negativa es la actitud.

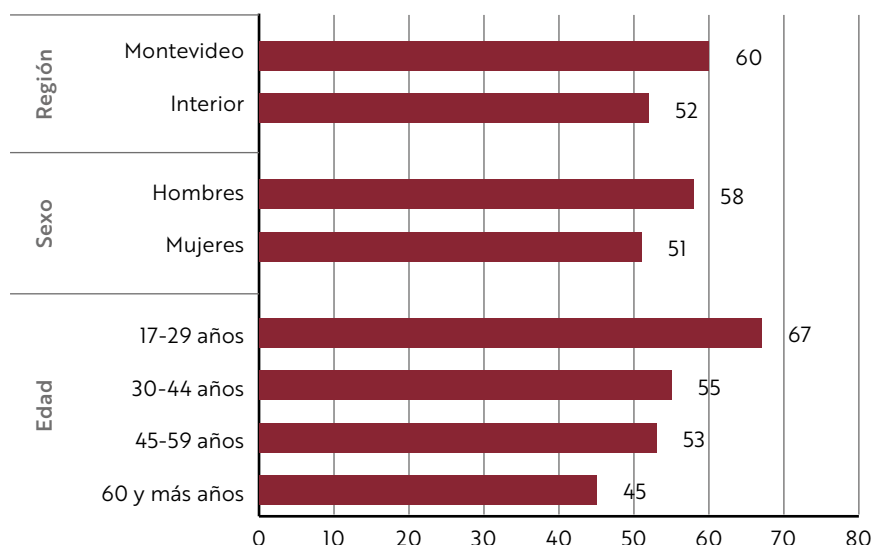
1. ¿ES POSITIVO O NEGATIVO QUE VENGAN INMIGRANTES A VIVIR Y TRABAJAR EN URUGUAY?



Fuente: Cifra, Encuesta nacional, 2-15 de marzo, 2018.

⁵⁵ Cifra (27.3.2018). «La actitud de los uruguayos hacia los inmigrantes». Disponible en: <www.cifra.com.uy>.

2. PORCENTAJES QUE CONSIDERAN POSITIVO QUE VENGAN INMIGRANTES



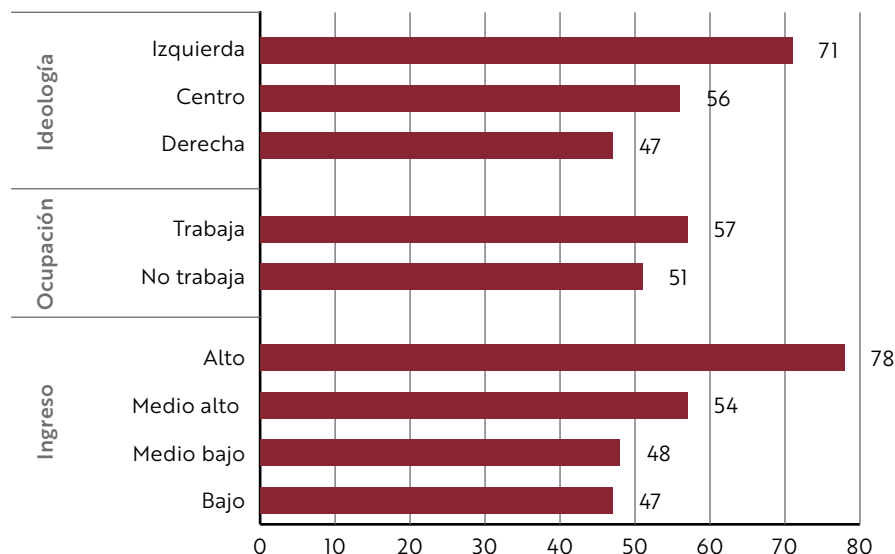
Fuente: Cifra, Encuesta nacional, 2-15 de marzo, 2018.

El informe *Los uruguayos ante la inmigración*,⁵⁶ publicado por el Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, muestra los resultados de la Encuesta Nacional de Actitudes de la Población Nativa hacia Inmigrantes Extranjeros y Retornados, estudio que pretende exponer la percepción general de la sociedad uruguaya ante las nuevas corrientes migratorias.

De inmediato menciono algunos resultados. Sobre los uruguayos retornados: el 78,9% de los encuestados están de acuerdo con que retornen a vivir y a trabajar los uruguayos que se fueron al exterior; el 13,1% están en desacuerdo. Solo el 34,6% creen que es negativo porque compiten por puestos de trabajo con los uruguayos que vivieron en el país toda su vida. No obstante, cuando se pregunta si en el marco de una eventual escasez de trabajo los empresarios deberían priorizar contratar uruguayos que siempre vivieron en el país por

⁵⁶ Martín Koolhaas, Victoria Prieto y Sofía Robaina (2017). *Los uruguayos ante la inmigración*. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.

3. PORCENTAJES QUE CONSIDERAN POSITIVO QUE VENGAN INMIGRANTES



Fuente: Cifra, Encuesta nacional, 2-15 de marzo, 2018.

encima de otros que alguna vez vivieron en el exterior, 61,9% están de acuerdo con esta afirmación.

Sobre los inmigrantes extranjeros: «El 45% de los uruguayos mayores de edad expresan desacuerdo con la afirmación según la cual la inmigración es positiva para el país, mientras un 15% declaran indiferencia frente a la misma o no responden la consulta. Esta cifra señala que la mayoría de los uruguayos que tienen una opinión definida discrepan con que la inmigración de personas nacidas fuera de Uruguay sea positiva».⁵⁷ Ante la expresión «En general es bueno para el país que lleguen inmigrantes extranjeros a vivir aquí», 44,9% están en desacuerdo y 39,8% de acuerdo.⁵⁸ Sin embargo, si bien el estudio sostiene que existe cierta disconformidad en la sociedad uruguaya respecto de la inmigración extranjera, es relevante destacar que en los aspectos que pueden considerarse perjudiciales y que en consecuencia despiertan

⁵⁷ Ibidem, p. 22.

⁵⁸ Ibidem, p. 23.

mayor preocupación en la sociedad, como lo son los puestos de trabajo y la delincuencia, la mayoría de los uruguayos consultados rechazan que la inmigración sea negativa: cuando se pregunta si la llegada de inmigrantes extranjeros al Uruguay incrementaría la delincuencia en el país, más del 60% están en desacuerdo; también, más del 50% dicen estar en desacuerdo ante la consulta de si es negativo para el país recibir inmigrantes extranjeros porque competirían con los uruguayos por los puestos de trabajo. Empero, en una eventual situación de escasez de puestos de trabajo, 69,1% están de acuerdo con que se dé prioridad a los uruguayos sobre los extranjeros.⁵⁹

Entre los aspectos positivos: 56,6% de los encuestados creen que la llegada de inmigrantes extranjeros al Uruguay enriquece la vida cultural del país y 60,3% la consideran buena porque traen consigo habilidades y conocimientos adquiridos en el exterior. Solo el 41,6% la ven positiva porque contribuye a que aumente la población. Algunos detalles cualitativos son interesantes: 66,5% de los entrevistados están de acuerdo con que estos inmigrantes tengan buen nivel educativo, 67,4% piensan que deben tener una calificación laboral que el país necesite, 75,5% consideran que deben estar dispuestos a adoptar costumbres y modo de vida del país. Un 77,2% de los consultados apoyan la ley que reconoce la igualdad de derechos entre uruguayos y extranjeros, y el 71,3% la ley que facilita la residencia permanente a los extranjeros procedentes de países de América del Sur. Sin embargo, solo el 35% apoyan la implementación de una política para incentivar la radicación de extranjeros.⁶⁰

Mirando estos números en perspectiva, puede que suene lógico que los nacionales respondan mayoritariamente de forma afirmativa cuando se les consulta si en el contexto de falta de puestos de trabajo los empresarios deben darle prioridad a los uruguayos que vivieron aquí siempre respecto de los que vivieron en el exterior parte de su vida o son inmigrantes extranjeros. Muchos de los que siempre vivieron en su país consideran que deben tener prioridad y no es algo descabellado; por el contrario, tiene sentido (mano de obra local para los trabajos locales en un contexto de po-

59 Ibidem, p. 39.

60 Ibidem, p. 41.

cos puestos disponibles). Como residente extranjero quisiera darle una mirada positiva porque considero que este no es precisamente un indicador que evidencie xenofobia o discriminación. Creo que se asocia a los temores derivados del elemento *escasez*, tan común en América Latina, porque generalmente a nuestros países siempre les *falta* algo en el ámbito económico. Cuando hay carestía se recortan las cosas en casa y para recomponerlo se necesitan iniciativas que generen más oportunidades para todos. Veamos que este criterio no es negativo cuando se habla de contratar recurso humano especializado que proviene del extranjero y llega para aportar sus ideas y maneras de hacer las cosas: 6 de cada 10 apoyan. Ahora bien, el que más de la mitad de los encuestados opinen que la inmigración extranjera no es algo positivo para un país con una tasa de crecimiento demográfico menor al 0,73% desde 1969,⁶¹ cuya población es mayoritariamente de ascendencia extranjera⁶² y con una tasa de analfabetismo de las más bajas del planeta (1,5%),⁶³ no deja de generar desconcierto. Una cifra positiva que contrasta con el dato anterior es que 7 de cada 10 uruguayos encuestados están de acuerdo con la ley que iguala los derechos entre nacionales y extranjeros, y también con la legislación que concede residencia permanente a inmigrantes de Sudamérica. ¿Cómo puede suceder este choque de opiniones? El tema inmigración en Uruguay deberá seguir generando estudios que profundicen en la valoración que hace la sociedad a las nuevas corrientes migratorias y en la integración de estas comunidades. El caso venezolano seguirá siendo especial por las dos particularidades que lo envuelven: el tamaño del éxodo y la calificación como refugiados por la ACNUR.

61 Banco Mundial (24.4.2018). «Tasa de crecimiento demográfico, Uruguay», *Google Public Data*.

62 El profesor de la Universidad de la República, Felipe Arocena, en su artículo «La contribución de los inmigrantes en Uruguay, demuestra que «todavía hoy los descendientes de inmigrantes anteriores tienen una clara percepción de la contribución de sus abuelos al país» y que «los descendientes de estos inmigrantes afirman que en la actualidad se encuentran inmersos en un proceso continuo de reinención o redescubrimiento de una “identidad guionada” que demanda reconocimiento y multiculturalismo» Véase: Arocena, F. (2009). «La contribución de inmigrantes en Uruguay», *Papeles del CEIC*, 47.

63 Ministerio de Educación y Cultura (2016). *Logro y nivel educativo alcanzado por la población 2015*. Montevideo: MEC.

OTRO CURRÍCULO... OTRO VENEZOLANO MÁS

El salón de ventas de la tienda mide a lo largo unos 14 metros y tiene otros ocho de ancho. Durante el día, cuando está lleno de clientes interesados, el encargado hace dúo con la cajera facturando y envolviendo cosas para regalo. Como añadido, recibe lo que ingresa: nueva mercancía y hojas curriculares.

La mañana siguiente, jueves, cuando la tienda abrió sus puertas, el encargado revisó toda la correspondencia de la jornada anterior. Entre los papeles, despuntaba una docena de hojas curriculares, a las que les dio lectura en voz alta. De doce currículos, diez eran de venezolanos. Sus descripciones eran simples, apenas reseñaban datos elementales de nombre, dirección, teléfono, capacidades básicas y educación; 25 años fue la edad promedio. La información sorprendió a los presentes en el salón, pues dos de los vendedores y la cajera de la tienda son jóvenes inmigrantes venezolanos.

Uno de ellos tomó la iniciativa: «Vamos a darle una revisada a esos papeles». De los diez venezolanos, uno era diseñador gráfico, otro ingeniero, otro contador público, otro licenciado en comercio exterior, también había una economista y una arquitecta. Los cuatro restantes resumieron toda su información académica en el título de bachillerato.

El asombro fue mayúsculo, pues los tres venezolanos que ahí trabajan también eran profesionales: uno en ingeniería, otro en comunicación social y otro en docencia. Cosa similar sucede en la tienda contigua, en la que hay cuatro venezolanos, egresados en áreas como contaduría, administración y periodismo.

Aquel jueves a media tarde un joven caraqueño se acercó con la fotocopia de su currículo. De rostro cansado y agitado por lo que seguro había sido una semana interminable de entrega de hojas de vida por toda la ciudad, conversó con uno de los venezolanos empleados en la tienda. Se saludaron y este último le preguntó al ciudadano cómo iba la búsqueda de trabajo.

—Bien, todo *cansón* pero bien. He visitado los centros comerciales y algunas avenidas —respondió.

—¿No tienes ninguna carrera universitaria? Porque en el papel solo dice que eres bachiller en ciencias —atizó el vendedor.

—Sí tengo, claro, soy ingeniero agrónomo, pero cuando llegué me dijeron que ni se me ocurriera colocar eso en el currículo porque me iban a descartar en todos los trabajos por estar sobrecalificado en cualquier tienda.

—Así es. Aquí todos los venezolanos somos profesionales. Es extraño que alguien no lo sea. Lo bueno es que todos tenemos trabajo. Claro, primero esto para comenzar y luego algo mejor. Se consiguen las cosas y se puede vivir.

—Eso escuché. Voy a seguir intentando porque no tengo ahorros en dólares. Antes de venirme de Venezuela el dólar estaba tocando el cielo...

Luego de un abrazo, el vendedor le apuntó su número de teléfono y prometió recomendarlo con el encargado.

A la semana siguiente, el joven que recién llegaba a la ciudad era entrevistado por la supervisora de recursos humanos de la tienda, quien está a cargo del personal de otras 20 sucursales y siempre necesita gente nueva para incluir en la plantilla. «Te vamos a dar la oportunidad acá porque tengo a muchos venezolanos y me ha ido muy bien con ellos. Son responsables y tienen ganas de trabajar. Varios ascendieron en la empresa y lo van a seguir haciendo. Quiero que comiences aquí y luego vamos viendo. Sé que necesitas la plata y te daremos comisiones de acuerdo a tu desempeño», dijo la mujer.

Así inició otro compatriota en la tienda.

AFUERA Y ADENTRO

CAROLINA ACOSTA-ALZURU

Octubre de 2013. Miro mis pies sobre la *Cromointerferencia de color aditivo* de Carlos Cruz Diez del terminal de salida internacional del aeropuerto Simón Bolívar. En los últimos 20 años he caminado sobre esta obra de arte unas cincuenta veces. Pero es hoy que siento el impulso —la urgencia— de tomarle una foto a mis pies que resaltan, y a la vez se pierden, en esta alfombra de pequeños mosaicos de colores. ¿Cuándo dejó de ser este Cruz Diez el piso en el que nos convertíamos en turistas a punto de tomar unas vacaciones? ¿Cuándo pasó a ser el símbolo de nuestra emigración? Saco mi teléfono y enfoco mis zapatos. Por primera vez noto que faltan mosaicos. Muchos. ¿Cuántos se han tomado esta foto antes?

¿Es que se robaron los mosaicos? ¿O es que cada pequeño azulejo ausente representa a alguien que se fue? ¿Cuántos más harán lo que estoy haciendo? ¿Desaparecerá un mosaico cuando me vaya hoy o eso ocurrió ya en 1993? ¿Nos quedaremos sin un solo mosaico?

Tomo la foto.

¿Por qué hoy? ¿Por qué por primera vez hoy siento que quizás ya no pueda volver? ¿Será esto eso que llaman *exilio*? ¿Es que ahora sí me estoy yendo?

Fue en noviembre de 1993 que Guillermo y yo caminamos con nuestros tres hijos de 11, 8 y 5 años sobre la *Cromointerferencia* del maestro Cruz Diez con boletos de ida, dejando atrás el piso sólido de dos trabajos, un apartamento propio y la red de seguridad que son la familia y los amigos. Pero también dejando atrás al país de las profundas desigualdades sociales sin resolver que se había amotinado en 1989 ante un paquete de medidas económicas y ahora se había enamorado de un militar golpista que estaba preso. Frente a nosotros estaba el posgrado que yo iba a hacer en una ciudad universitaria en el sur de Estados Unidos. El resto del futuro era incierto.

Veinticinco años después Guillermo y yo seguimos en Athens, Georgia, a una hora de Atlanta. Nuestros hijos, ya adultos, viven en otras ciudades pero seguimos caminando juntos unidos por el cemento de la emigración.

En Athens, Georgia, soy Dr. A. Así me bautizaron mis alumnos porque mi nombre es impronunciable para ellos. En Caracas sigo siendo Carolina, Caro y Carola, dependiendo de la cercanía del que me nombra. Dr. A es profesora de *mass media studies* en University of Georgia, habla y escribe en inglés con acento venezolano. Carolina es la hija, hermana, amiga o conocida que es profesora en Estados Unidos y estudia las telenovelas. Ella habla y escribe en venezolano, pensando en inglés.

Soy bilingüe y bicultural; ahora también binacional. Una mujer con dos pasaportes que puede estar lejos de sus dos países pero nunca lejana. Estoy marcada por la geografía física y emocional de las dos ciudades en las que he vivido.

Antes de ser Dr. A en Athens, Georgia, fui ingeniero de computación en Caracas. Allí, como todas las mujeres profesionales, me convertí en malabarista: esposo, tres hijos, trabajo, los Acosta, los Alzuru, juegos de los Criollitos, ensayos de ballet, clases de natación e inglés y una agenda llena de

compromisos sociales en una ciudad intraficable. Caracas es símbolo e identidad; la amo y la temo. Y cada vez la amo más y la temo más. Bajo su luz inigualable nací y crecí. Allí trataron infructuosamente de transformar mi esencia de Mafalda en la de una Susanita caraqueña más. Allí sentí un poco de asfixia.

Eso solo lo entendí una vez que llegué a Athens, cuyo corazón late al ritmo de su variedad. Desde las señoras que son la quintaesencia de la dama sureña, hasta las muchachas de los brazos tatuados y los *piercings* generalizados. Aquí pareciera que cada quien es como quiere ser. Yo soy feliz en el ámbito universitario, a pesar de que la academia norteamericana tiene la rigidez de la jerarquía militar y la inclemencia de la Inquisición española. Aun así, es lo más parecido a una meritocracia que yo haya experimentado. Es una manera de vivir que cuadra perfecto con mi amor por el aprendizaje.

Soy una mujer de dos pasaportes y dos ciudades. Ambas coexisten en mí y me hacen quien soy: una mujer venezolana en la academia norteamericana, un constante ir y venir, una certeza y un desarraigo, un cerca y un lejos, un hola y un adiós, una sonrisa y unos ojos aguados. Un simultáneo llegó y se fue.

¿CUÁNDO TE FUISTE?

Me fui mucho antes de haberme ido.

Me fui con dolor, sin bulla.

Israel Centeno

De Venezuela nunca me he ido. Hasta hace unos cinco años yo sentía cómo Venezuela me tomaba de la mano y me sonreía preocupada, pero me sonreía. Y yo iba a verla con frecuencia y me insertaba de nuevo en mi familia y realizaba mi investigación sobre telenovelas con rigor, sí, pero también con mucha alegría.

En el año 2013 sentí un cambio brusco y la sensación de que había una pesada puerta cerrándose lentamente y que los que estábamos afuera, afuera nos quedaríamos. Escuché el chirrido de los goznes de la puerta por primera vez caminando por los pasillos de un canal de televisión, Venevisión. Allí, donde por años había bullicio, varias producciones a la vez y tanto que investigar que las horas no me alcanzaban,

había un silencio sepulcral. En las oficinas de producción, ahora reducidas a una sola telenovela al año, se trabajaba con la opresión del creciente número de despidos que estaban ocurriendo. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que allí no se había comprado ni un clip para papeles desde el año anterior y que, así como la inversión publicitaria había caído en barrena, así la inversión en el canal estaba en su mínima expresión. Y entendí que mi objeto de estudio —la otrora boyante telenovela venezolana— estaba muriendo.

No era la única industria del país que agonizaba.

El bolívar fuerte, como Chávez bautizó a nuestra debilitada moneda, comenzaba a ser imposible de manejar en efectivo. Escuché el chirrido de la puerta cerrándose, chiiiiiii, cuando tuve que revertir el cobro de un cheque en el banco porque la cajera puso frente a mí suficientes montañas de billetes de 20 bolívares como para llenar un saco porque no había moneda de mayor denominación. Chiiiiiii cuando mi cartera se llenó de pacas de billetes sostenidas con ligas y me empecé a sentir como una narcotraficante cada vez que pagaba en una panadería. Chiiiiiii cuando no me quedó más remedio que abrir una cuenta bancaria para tener una tarjeta de débito que me permitiera pagar con plástico. Todas esas veces escuché el chirrido inexorable.

Fue en ese viaje que tomé la foto de mis pies sobre el Cruz Diez.

Pero tampoco me fui ese día.

Ni me fui cuando las cenas con mis entrevistados y amigos se convirtieron en almuerzos por la inseguridad de las noches. Tampoco cuando la editorial de mis libros dejó prácticamente de existir y se fue al ámbito digital. No me fui después de una reunión de amigos en las que todos relataron sus propios secuestros exprés, ni cuando mis hermanos empezaron a sacar a sus hijos del país, ni cuando empecé a llevar en mi maleta desde arroz hasta aspirinas, pasando por —muy importante— antiácido líquido para proteger de los gases pimienta a los que protestaban en las calles. Mucho menos cuando el SEBIN —la Gestapo del gobierno bolivariano— se llevó detenido sin orden judicial a uno de mis familiares y, sin proceso, lo mantuvo preso en El Helicoide y ahora lo tiene encerrado en su propia casa.

No me he ido.

El chirrido ya es ensordecedor.

Venezuela ya no me toma de la mano. Ya no sonrío.

Ahora me hala del brazo con brusquedad y me grita su angustia, su desastre, su muerte. Y yo no la puedo dejar.

Chiiiiiii...

No me puedo ir.

NÚMEROS⁶⁴

Más de **3 millones** de venezolanos se han ido del país en los últimos 20 años y más de la mitad lo hicieron desde el año 2015.

500.000 venezolanos se habían radicado en Colombia para finales del año 2017.

50.000 venezolanos entraron a Colombia en el primer mes del año 2018.

32.000 venezolanos cruzaron de Colombia a Ecuador en el 2016. 231.000 lo hicieron en el 2017.

30.000 venezolanos residen en Brasil.

350.000 venezolanos han sido acogidos legalmente en países de las Américas bajo figuras jurídicas distintas al asilo.

27.000 venezolanos buscaron asilo en algún país del mundo en el 2016. Solo en los primeros seis meses del año 2017, 52.000 venezolanos hicieron lo propio.

5065 venezolanos introdujeron una petición de asilo en los Estados Unidos en el año 2015. 14.773 lo hicieron en el 2016. Más de 15.000 pidieron asilo en los primeros seis meses del 2017.

1 es el lugar que ocupa Venezuela en el número de peticiones de asilo a Estados Unidos.

8 de mis familiares están en proceso de asilo.

22 es el número de cartas que he escrito en los últimos cuatro años dirigidas al U.S. Citizenship and Immigration

64 Fuentes: Juan Forero (13.2.2018). «Venezuela's Misery Fuels Migration on Epic Scale», *The Wall Street Journal*, <<https://www.wsj.com>>; Johanna A. Álvarez (31.1.2018). «EEUU agiliza proceso de asilo para evitar dar permisos de trabajo por solicitudes sin mérito», *El Nuevo Herald*, <www.elnuevoherald.com>; Giorgio Cunto y Salvador Benasayag (26.2.2018). «¿Cuántos venezolanos están solicitando asilo según ACNUR?», *prodavinci.com*; Antonio Flores (18.9.2017). «How the U.S. Hispanic population is changing», *Pew Research Center*, y Gustavo López (15.9.2015). «Hispanics of Venezuelan Origin in the United States, 2013», *Pew Research Center*, disponibles en: <<http://www.pewhispanic.org>>.

Services (USCIS) apoyando aplicaciones de artistas e intelectuales venezolanos para visas de talento especial o de residentes.

Números. Crecen como tumores de un cáncer fuera de control. En su frialdad nos dicen mucho pero no todo. Se necesitan palabras y las hemos ido encontrando: éxodo, diáspora, exilio, emigración masiva, crisis humanitaria, crisis de refugiados. Dolor. Sobre todo dolor.

Yo no soy uno de esos números. Pero sí soy diáspora y desarraigo. Exilio no, porque creo firmemente que el exilio es emocional y no geográfico. Y yo no me he ido.

Soy académica. Traté de hacer un estudio de la diáspora del talento de nuestra agonizante industria de la telenovela. Hice entrevistas en Venezuela y en Miami en el año 2014. Los que no se habían ido y los que sí. (Casi todos los que no se habían ido, ya hoy lo hicieron.) Analicé las conversaciones. Presenté una ponencia sobre el tema en un congreso en Hyderabad, India. Creía entonces que el rigor podía más que el desconsuelo que me causaban las palabras y las lágrimas de mis entrevistados. Pero nunca pude escribir un artículo al respecto. Mis propias lágrimas no me dejaron. Nunca antes me pasó eso con mi investigación.

El desarraigo es una daga en el costado.

POSTALES DEL DESARRAIGO

Cuántas cosas me ha quitado la separación;
kilómetros de esperanza, toneladas de tristeza,
cabellos que peiné, manos que estreché.

No he podido abandonar mi sueño.

[...]

El gran sueño de la liberación de mi país.

Nazım Hikmet

ATLANTA: MARZO DE 1996

—Se quedan calladitos, por favor. Nos van a hacer algunas preguntas a papi y a mí. Ustedes no tienen que contestar ni comentar nada, ¿okey?

—Mami, ¿cuando salgamos de esa oficina tendremos *green cards*?

—Sí, Caro.

—Pero, ¿les van a hacer un examen?

—No, Gustavo, solo son unas preguntas, como en una conversación. No se preocupen para nada. Estén calladitos y saldremos de eso rapidito, ya verán.

Gustavo, Carolina y María Teresa me miran con atención y asienten. Tienen 14, 12 y 8 años, respectivamente. La entrevista es el último requisito para tener la visa de residentes, la *green card*. El último paso luego de muchos que incluyeron exámenes de sangre, despistaje de sida y tuberculosis y pago de varios trámites de chequeo de nuestro pasado en Venezuela y en Estados Unidos.

Minutos después nos hacen pasar a una oficina. Guillermo y yo nos sentamos frente al oficial del INS (Immigration and Naturalization Service) y los niños se sientan en unas sillas al fondo de la oficina. El oficial tiene nuestra documentación frente a él y la hojea sin mirarnos. Finalmente levanta la mirada y sin decir los buenos días, procede a hacernos preguntas.

A ambos:

—*Are you or have you ever been a member of the communist party?*

—No, sir.

A mí:

—*Have you ever been a prostitute?*

—No, sir.

A Guillermo:

—*Have you ever been a pimp?*

—No, sir

Desde el fondo de la oficina sale la voz de María Teresa:

—*Mami, what's a prostitute? What's a pimp?*⁶⁵

65 —¿Es o ha sido usted miembro del partido comunista?

—No, señor.

—¿Ha sido alguna vez prostituta?

—No, señor.

—¿Ha sido alguna vez proxeneta?

—No, señor.

—Mami, ¿qué es una prostituta? ¿Qué es proxeneta?

Quiero matar con la mirada al funcionario, pero en sus manos está nuestro destino, así que mato con la mirada es a María Teresa llevándome el índice derecho a mis labios en señal de que haga silencio. Es solo una más de las injusticias e incomodidades de este proceso.

Aprueban nuestra solicitud y pasamos de tener visa de estudiantes a ser residentes. Tomó años, pero nunca estuvimos indocumentados gracias a que, por las vueltas de la vida, mi mamá nació en Nueva York. Ella, que ha vivido prácticamente su vida entera en Venezuela, comenzó el proceso de nuestra residencia americana luego del Caracazo en 1989, cuatro años antes de que nos viniéramos. Ser hija de ciudadana americana fue la llave legal de nuestro proceso de inmigración. Sin embargo, ser hija de ciudadana americana y ser mayor de edad, casada y con hijos me dio una prioridad baja en la asignación de nuestras visas de residente; de ahí que fuera todo tan lento. Tampoco teníamos el dinero para pagar un abogado.

Tres semanas después llegan nuestras *green cards*. Son rosadas.

ATLANTA: MAYO DE 2007

—*How many justices are on the Supreme Court?*

—*Nine.*

—*There are four amendments to the Constitution about who can vote. What are they?*

—*1) Citizens 18 and older can vote. 2) You don't have to pay a poll tax to vote. 3) Any citizen can vote. Women and men can vote. 4) A male citizen of any race can vote.*

Ya en las oficinas del U.S. Citizenship and Immigration Services⁶⁶ Guillermo, María Teresa y yo seguimos estudiando para el examen de ciudadanía. Son cien preguntas de variable dificultad y utilidad. Cien preguntas entre las cuales hay una buena porción que mis colegas profesores, nacidos en Estados Unidos, no saben responder. No importa, ellos nunca van a tener que pasar este examen.

⁶⁶ Después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, el Immigration and Naturalization Service pasó a ser el U.S. Citizenship and Immigration Services, bajo la oficina de Homeland Security.

Una vez más la entrevista, con examen incluido, es el último requisito de muchos para tener la ciudadanía. Esta vez el proceso nos tomó menos de un año. Nos tardamos mucho más que eso en tomar la decisión de hacernos ciudadanos. Hasta que no estuvimos totalmente seguros de que podríamos mantener nuestra nacionalidad venezolana, no comenzamos el proceso. Hicimos todos los trámites sin abogado. El procedimiento nos costó USD725 por persona.

Tres horas después de la entrevista nos juramentamos como ciudadanos.

Ese día nuestra identidad pasó oficialmente a tener un guion: *Venezuelan-American*.

Yo me siento exactamente igual, pero sé que el lente con el que me miran aquí cambiará. Ser ciudadana tiene implicaciones importantes en cuanto a deberes y derechos.

Una semana después mis amigas profesoras celebran mi nueva ciudadanía con una torta con la bandera de Estados Unidos y la palabra: *Welcome!*

ESPAÑA: JUNIO DE 2016

Guillermo y yo estamos haciendo el Camino de Santiago. Todos los días conocemos peregrinos de cualquier parte del mundo. Todos los días se repite la conversación en algún idioma:

—Hola, ¿de dónde son?

—Somos venezolanos.

(Cara de tristeza de nuestro interlocutor.)

—Ah... están mal las cosas por allá, ¿no?

—Sí, no están nada bien.

—Pero, ¿ustedes viven en Venezuela?

—No, vivimos en Estados Unidos.

—Ah, mejor... con tal de que no gane Trump, ¿no?

—Exacto.

—Pero Trump no va a ganar, ¿no?

(Todos nos reímos.)

—¡No creo! Sería terrible para Estados Unidos.

(Más risas.)

—¡Buen camino!

ATHENS, GEORGIA: 9 DE NOVIEMBRE DE 2016

Los párpados me pesan. Abro los ojos y veo los bordes de mi habitación en la oscuridad. Miro el reloj, son las 5.30 a.m. Casi no he dormido. Y siento el peso en el corazón: ganó Donald Trump. Anoche ganó Trump. Tendremos que decir *President Trump*. ¿Cómo puede haber pasado esto? ¿Cómo no ganó la candidata más preparada para presidente en la historia de este país? Es mujer. Ese es uno de los problemas. Hace tiempo lo dije y tuve razón: este país elegirá a un hombre negro como presidente antes que elegir a una mujer. Que el machismo es siempre más fuerte que el racismo. Pero, ¿Trump? Un señor que mira a las mujeres como trofeos de caza y a los inmigrantes como enemigos internos. Un tipo para el cual alguien como yo —mujer latina con un Ph.D.— no existe. Misógino, racista, mentiroso y polarizador. Un *bocazas* acompañado de lo peor de la extrema derecha conservadora de este país. De los que creen en la supremacía blanca. ¿Cómo pasó esto? Que él no ganó el voto popular, que será presidente gracias a ese anacronismo que es el *college electoral*. Repito, ¿cómo pasó esto? ¿Cuáles serán las consecuencias de esta elección para los inmigrantes, los que están en proceso de obtener asilo o una visa? ¿Qué pasará con todos los que son diferentes a él? ¿Qué pasará con los negros, los latinos, las mujeres, los no cristianos, los de la comunidad LGBTQ, los pobres, los enfermos, los que tienen discapacidades y necesidades especiales, los que clamamos por el control de armas? ¿Qué pasará con el resto del mundo?

Tengo miedo. Por primera vez en este país tengo miedo. Me aferro a mi posición privilegiada: soy ciudadana norteamericana. El miedo sigue intacto.

Horas después entro a clase y veo el miedo en los rostros de mis alumnos de color. Tendremos que transformar ese miedo en determinación y supervivencia.

NUEVA YORK: 6 DE MARZO DE 2017

En un pequeño teatro *Off-Off-Broadway* se presentan *The Refugee Plays*. Microteatro dedicado a reflexionar sobre el tema de la inmigración y los refugiados en la naciente y ya convulsionada era Trump. En el escenario una actriz vestida

de Mickey Mouse derrama sus líneas en inglés frente a un confesionario en un monólogo aptamente titulado Mickey's Confession.

[...] la muerte es ocurrencia diaria en mi país. Tengo apenas 32 años, padre, y en los últimos dos años enterré a nueve de mis amigos más cercanos...

[...] me han golpeado la cabeza repetidamente con una pistola mientras seguía órdenes y llamaba a mi familia, quizás por última vez, para pedir mi propio rescate...

[...] ese día, cuando me tenían secuestrada junto con mi novio de entonces, tomé la decisión: ¡yo me voy de aquí! Seis meses después llegué a Nueva York...

[...] Fui estudiante de actuación en un programa de maestría de alto calibre. La gente hablaba de mí. La actriz de televisión latina que hacía un trabajo excepcional en el programa. Y entonces me gradué y mi visa de estudiante expiró. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Regresar?...

[...] Yo no quiero regresar... ¡Yo no voy a regresar!⁶⁷

El público aplaude y a mí me corren las lágrimas. Conozco al autor. Sé qué partes de este monólogo son su propia historia. Sé cuántas veces lo secuestraron en Caracas. También conozco a la actriz que tuvo en su mente cuando escribió Mickey's Confession. Ella ya no está en Nueva York. Tampoco regresó a Venezuela. Se abre camino en un tercer país. Somos un reguero por el mundo.

FACETIME: 28 DE SEPTIEMBRE DE 2017

—Cayo, ¿sabes?, mi amiga Anabella se fue de Venezuela.

—No me digas, Paula... Bueno, pero tú tienes muchas amigas.

—Sí, pero Anabella es mi mejor amiga... Tendré que hablar con ella por FaceTime, como hago contigo. ¿Cuándo vienes, Cayo?

Paula es mi sobrina de seis años. Es una experta en FaceTime.

⁶⁷ Traducción propia.

WHATSAPP: 14 DE DICIEMBRE DE 2017

—Caro, ya tengo mi visa O-1,⁶⁸ mi *driver's license* y me llegó mi *social security card*.

—¡Qué bueno! Estás totalmente documentada ya. Sé que es un alivio inmenso.

—¡Sí!... Lo único es que si salgo del país tengo que ir a una embajada o consulado norteamericano a que me sellen la visa en el pasaporte antes de regresar a Estados Unidos.

—Bueno, eso no es un problema, ¿no?

—No te creas, tengo un amigo que me contó que en la embajada en Caracas casi no le sellan la visa. Que le hicieron mil preguntas. Y ayer supe de alguien a quien no solo no le sellaron la visa en Caracas, sino que también le revocaron la visa de turista. O sea, se quedó sin posibilidad de volver a Estados Unidos cuando ya tenía su visa O y hasta un trabajo aquí.

—¿Qué?! Yo no sabía que eso podía pasar. No entiendo. ¿Cómo un país que te da una visa, luego, cuando vas a un simple trámite te la arrebató?

El inmigrante siempre está a la intemperie. Y cuando vive en un país cuyo gobierno pretende construir muros y prohibir la entrada de seres humanos por su religión o país de origen, el desamparo y la indefensión son aún mayores.

La inmensa mayoría de los venezolanos llegan a Estados Unidos por vía aérea. Muchos de ellos entran al país con visa de turista y se quedan. Por esta razón, el escrutinio de los venezolanos en los puntos de entrada es más estricto. Hay más preguntas. Cada día son más los venezolanos a los que dirigen *al cuartico*, donde les revisan cuidadosamente el equipaje y el pasado. Una vez en territorio estadounidense, los que tienen dinero para pagar un abogado se asesoran sobre sus opciones para estar documentados, pagan y siguen las instrucciones del abogado: asilo político, visa de talento especial, visa de trabajo, visa de inversionista y el desiderátum: la visa de residente (*green card*). Todo depende de las circunstancias de la persona y de su músculo financiero. Tramitar una visa de talento especial, por ejemplo, puede costar entre cinco y siete mil dólares. La *green card* cuesta el doble.

68 Visa para individuos con un talento especial.

Los que no pueden pagar pasan a vivir en las sombras como indocumentados, haciendo trabajos pequeños pagados en efectivo y sobreviviendo en condiciones precarias. Viven bajo el miedo de ser detectados por el gobierno norteamericano y deseando reunir el dinero suficiente para poder caminar hacia la documentación.

Un número significativo de venezolanos entra a Estados Unidos con visa de estudiante. Para ello necesitan estar aceptados en una institución de educación superior acreditada o de educación media que sea privada. Y aunque estas instituciones proveen ayuda financiera para los mejores estudiantes, el costo monetario es importante. Los venezolanos que toman esta ruta viven con la esperanza de conseguir un trabajo al finalizar sus estudios que les permita quedarse en el país legalmente y recuperar la inversión que hicieron en educación. Ese empleo del extranjero que no tiene visa de residente no siempre se da, ya que la empresa tiene que patrocinar al empleado para que pueda tener una visa de trabajo. Esto implica una inversión de tiempo y dinero que muchas empresas no están dispuestas a hacer, especialmente las organizaciones sin fines de lucro. Además de costoso, el proceso tampoco tiene el éxito asegurado. Una vez que la empresa decide patrocinar al futuro empleado, entra en una lotería de visas de trabajo que puede no resultar en el ansiado documento. Por todo esto es cada vez más difícil encontrar una organización dispuesta a patrocinar a un estudiante, aunque este sea brillante; especialmente en el ambiente que se vive en la era Trump. El resultado es que muchos estudiantes buscan infructuosamente empleo y quedan, de todos modos, en el limbo de la indocumentación.

MIAMI: 9 DE FEBRERO DE 2018

Esta ciudad es un destino recurrente en mi itinerario de investigación. En ella residen la toma de decisión y la producción de las cadenas de televisión de habla hispana de Estados Unidos. Es, también, el destino de buena parte de la diáspora de mi país. Según el Pew Hispanic Research Center, aproximadamente el 50% de los venezolanos que viven en Estados Unidos están en el sur de la Florida. No veía esta zona un influjo tan alto de un solo país desde la Revolución cubana. Esa

y la Revolución bolivariana, con sus correspondientes éxodos, marcan todo en el sur de la Florida. Desde la industria de la telenovela, que ahora se nutre del talento y *know how* venezolano, como lo hizo antes del cubano, hasta el hecho de no necesitar hablar ni una palabra de inglés mientras estoy aquí.

A mí no me gusta Miami, a pesar de que cuando estoy aquí mis días están llenos de investigación, familia y amigos, mientras me deleito con la comida venezolana que es ahora tan fácil de encontrar. Hasta hace poco pensaba que mi problema con Miami manaba de dos fuentes: la naturaleza híbrida de sus códigos que no termino de entender y sus distancias que, ante la ausencia de un sistema de transporte público que me lleve a todas partes, me hacen pasar buena parte del día en el carro con el GPS como banda sonora.

En este viaje entendí finalmente qué es lo que me pasa con Miami y por qué lo asocio con el tiempo que paso manejando. Resulta que cuando voy por su telaraña de autopistas y la ciudad es ante mis ojos eso —una ciudad—, tomo distancia y pienso obsesivamente en los venezolanos que tratan de sobrevivir en ella. Pienso en los actores venezolanos que pagan cursos de *acento neutro* en los que no solo les enseñan a pronunciar claramente todas las sílabas y las eses de las palabras, sino también a imitar el acento mexicano. A mi mente vienen escritores venezolanos cuyos libretos pasan por las manos de personal entrenado para mexicanizar los diálogos. Pienso en los venezolanos que sobreviven sin sus profesiones porque aquí no las pueden ejercer. Fisioterapeutas convertidos en repartidores de pizza, médicos reconocidos que diagnostican a sus amigos pero que no los pueden recetar, diseñadores gráficos que ahora cocinan para eventos, ingenieros que venden celulares, abogadas que peinan y maquillan a domicilio, peluqueras que limpian baños en las peluquerías, etcétera. Miami representa a todas las ciudades del mundo a donde los venezolanos emigran. Y la tristeza y el dolor se me desbordan allí, en un carro alquilado con la voz impersonal del GPS como único testigo.

ATHENS, GEORGIA: 20 DE MARZO DE 2018

Bajo una bandera de Venezuela, 18 niños y 16 adultos miran sonrientes a la cámara. La mayoría visten una franela con la

palabra «Venezuela». También hay un cuatro y, al menos, un par de maracas. Momentos antes los niños habían entonado *El Espanto*, del grupo larense Carota, Nema y Taja. Son los niños venezolanos que van a Timothy Elementary School, uno de los colegios de primaria de Athens. Los miro y me parece que son una multitud. Mis hijos siempre fueron los únicos venezolanos en sus colegios aquí. Sonrío. ¡Cómo han cambiado las cosas en Athens! Pero la sonrisa se me extingue cuando pienso en las causas de esta multitud y en los 18 pupitres que se quedaron vacíos en Venezuela.

Vacíos, como quedaron también los anaqueles de mercados y farmacias y las viviendas de los que quisieron irse y de los que no tuvieron más remedio que hacerlo. Ahora cuando voy a Caracas se me llenan los ojos de vacío. Asientos vacíos en las reuniones familiares. Calles desoladas al caer el sol. Colegios y universidades despoblados de estudiantes, maestros y profesores. Quirófanos desiertos de pacientes porque no funcionan. Salarios convertidos en arena. Pantallas de televisión a las que les exprimieron la venezolanidad en el *primetime* y les expropiaron la libertad de opinión a toda hora.

Lo peor es que lo que está vacío es preferible a lo que está lleno: la lista de enfermos esperando por tratamiento, los talleres mecánicos atestados de vehículos que no tienen repuestos, los basureros poblados de gente que ya solo encuentran allí qué comer, las cárceles hinchadas de presos políticos, la morgue.

Es la realidad.

La mente se rebela. Y la mía vuela a Venezuela a menudo. Veo los rostros de mis amores: mi familia y mis amigos. Escucho las risas de mis amigas del colegio y me baño en la luz que ellas emiten. Transito las calles de Caracas sin miedo, mirando al Ávila cada vez que puedo. Revivo mi rutina de investigación: me desayuno una arepa con mi mamá, observo y hago entrevistas en los estudios de un canal de televisión, entrevisto a los escritores en sus casas, veo el capítulo de la noche con alguno de ellos, regreso a casa de mi mamá. Le pido la bendición.

Es un espejismo.

Ya casi no se hacen telenovelas.

Muchas veces no hay arepas en casa de mi mamá.

Ya no salgo de noche en Caracas.

Pero yo inserto mi espejismo a la fuerza en la realidad, cada vez que voy. Me refugio en mis amores. Miro al Ávila. Busco a mis amigas del colegio. Le pido la bendición a mi mamá. No me resigno. Resisto. Regreso. Una y otra vez.

AFUERA Y ADENTRO

¿Quién fue el que se fue? ¿Quién fue el que se quedó?

En realidad, no es quien se va el que abandona sino quien se quedó.

Esta es la razón del por qué la persona que se fue, lo hizo.

¿Quién fue el que se fue? ¿Quién fue el que se quedó?

¿Es quien se va el culpable siempre?

¿Cuándo comienza una separación?

Monólogo en *Kara Para Aşk*,

escrito por Eylem Canpolat y Sema Ergenekon

Irse o quedarse. Deshojar la margarita sabiendo que ambas opciones son de alto costo emocional, físico y económico. Una decisión personal que requiere un nivel de arrojo nada despreciable. Quedarse en el lugar de los vacíos o saltar al vacío con la esperanza como único equipaje. Quedarte es enfrentarte al día a día de esa distopía en la que el chavismo-madurismo convirtió al país. Por eso hay quien está en Venezuela, pero vive dentro de una burbuja que ha logrado construir. Está exiliado en su propio país. Está, pero ya se fue. Además, las burbujas son frágiles, siempre se rompen. Por otra parte, irte no es la ausencia de problemas, es tener problemas distintos. Es aprender otro idioma, otra cultura y otra burocracia. Es tomar la decisión de si intentarás desprenderte de Venezuela o no. Por eso hay quien se va y nunca voltea para atrás. También hay quien se va y empieza a ver las cosas en Venezuela peor de lo que ya son. Hay quien nunca vive realmente en el país al que emigró porque construye una burbuja venezolana en la que solo se relaciona con venezolanos. Y, por supuesto, hay quien vive afuera, con todo lo que eso implica, pero no se ha ido, como yo.

Al mapa de mi país lo vienen golpeando incesantemente con una bola de demolición que primero lo astilló, luego lo fracturó y ahora va camino a despedazarlo. Las astillas están tanto en Venezuela como regadas por el mundo. A veces nos arrimamos las unas a las otras buscando reconstituir el

mapa. Pero a veces también nos cortamos mutuamente porque nuestros bordes son filosos.

Uno de los aspectos que más me perturban de lo que nos sucede a los venezolanos es las discusiones e insultos entre los que se quedaron y los que se fueron. Entre los de adentro y los de afuera. Se acusan mutuamente de no entender la realidad del país donde viven, sea el que sea. Si vives fuera y opinas sobre Venezuela, puedes salir regañado porque «no sabes de lo que hablas». Si expresas tu preocupación por algo que sucede en el país donde vives, puedes ser reprendido porque nada es más grave que lo que se vive en Venezuela y no merece siquiera ser comentado. Si vives en Venezuela te cansas de escuchar las directrices de gente que vive en latitudes más seguras y que no están exponiendo su propio pellejo. El hecho es que hay quienes pontifican de lado y lado, sin darse cuenta de la alienación que producen. Desayudan. Se niegan a capitalizar la riqueza que dan los diferentes puntos de vista. Prefieren el calor de la discusión que la luz del análisis en el que ambas miradas, la de cerca y la que se hace desde lejos, son imprescindibles.

«Divide y vencerás» es la estrategia medular del régimen. Y esa siembra ya recoge su cosecha de desunión y desesperanza.

Pero no hay adentro y afuera. Todos somos venezolanos y estamos prisioneros del régimen, huérfanos de una dirigencia política asertiva y profundamente despechados. Porque estemos donde estemos caminamos con el corazón roto y nuestras heridas y pérdidas a la vista.

Todos queremos regresar a un país que ya no existe y que, por lo tanto, tendremos que construir. Ya no será el mismo. Ya no somos los mismos. Pero todos queremos caminar sobre el Cruz Diez del aeropuerto como turistas que saben que siempre pueden regresar a casa.

MÉXICO,
MI OTRO PAÍS

GISELA KOZAK ROVERO

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios inasible que me ahoga,
 mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
 mis alas rotas en esquirilas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahíto— me descubro
 en la imagen atónita del agua,
«Muerte sin fin». José Gorostiza

Llegué el jueves 6 de julio del año 2017 al aeropuerto internacional Benito Juárez, luego de un vuelo del que recuerdo en realidad pocos detalles, más allá del rápido paso por El Dorado, en Bogotá, esplendoroso, impecable y absolutamente abastecido de productos que habían desaparecido de Venezuela. No soy una mujer consumista; muy por el contrario, suelo ser bastante sobria en cuanto a compras, pero cómo negar que después de la carencia aquella exhibición de cosas me agradó. El socialismo venezolano es triste en su vacío exento de creatividad pues exhibe siempre una pátina de cristales sin limpiar, un aire de liquidación de negocio quebrado y saqueado. La breve escala rumbo al avión que me llevaría a México —donde me esperarían mi pareja, su hermano, su cuñada y una amiga— me causó una alegría súbita: ¿tanto quería marcharme del país en el que había transcurrido mi vida por 53 años con pausas de meses y días por viajes de trabajo y de placer? He de responder que sí, que sentía un alivio pleno, una paz y una confianza que me habían sido arrebatadas paulatinamente en los últimos años con el arribo del tirano Nicolás Maduro al poder. Desde febrero, cuando despedí a mi compañera de vida quien se fue a México antes que yo, había esperado el día de mi partida con melancólica serenidad, interrumpida en algunas ocasiones por impacencias repentinas preñadas de nostalgia y ansiedad.

Al llegar alrededor de las cinco de la tarde a México, sabía que me esperaba una larga fila y luego el paso por aduana para recoger las maletas y la mascota, un gato enorme llamado Pepe, que además debía pasar por la dirección correspondiente. No sentía mayor aprehensión respecto a mi entrada al país, pues todo estaba en regla, amén de contar con una invitación del Colegio de México para participar en un encuentro académico. No obstante, ya habían llegado a mis oídos historias de venezolanos devueltos de inmediato. Acostumbrada a la arbitrariedad estatal revolucionaria, esperaba cualquier cosa de los funcionarios de aduana mexicanos por una suerte de fatalismo adquirido en la dura supervivencia en la Venezuela actual. Cuando finalmente salí de la aduana el encuentro con Lynette fue un momento glorioso y exultante, con mezcal y abrazos a granel.

II

Comencé mi vida en México, país por el que siempre había sentido una extraordinaria afinidad como venezolana, escritora y académica. Me formé en la universidad y enseñé a mis estudiantes con libros de Siglo XXI, Era y el Fondo de Cultura Económica. Hasta una pareja de madre mexicana pasó por mi vida en mis años juveniles. Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Jorge Volpi, Carmen Boullosa, Carlos Monsivais, Jaime Sabines, Sor Juana Inés de la Cruz me han acompañado todos estos años, tanto como Juan Gabriel cantado por Rocío Durcal, José Alfredo Jiménez y Agustín Lara, José José y Emmanuel, Natalia Lafourcade y Lila Downs. Me crié con telenovelas mexicanas y venezolanas, junto a una parentela que adoraba además el cine de los años cuarenta y cincuenta. Mi primera vez como conferencista invitada en América Latina fue en la decana de las universidades del continente: la Universidad Nacional Autónoma de México. Silvestre Revueltas y Carlos Chávez me gustan tanto como Arturo Márquez. Ni hablar de cantantes como Rolando Villazón, Ramón Vargas y Olivia Gorra o de la plástica desde el muralismo pasando por Frida Kahlo hasta llegar a José Luis Cuevas. Afecta al picante y a los guisos, a las frutas tropicales y a los vegetales frescos, al pescado y a las carnes asadas, mi ciudad de acogida no solo no me era extraña, sino finalmente entrañable.

No es por cierto la situación de todos mis paisanos. Aunque existe una gran familiaridad con México vía música y producción televisiva, también es cierto que no todos se adaptan del mismo modo. La comida picante, la imponente magnitud de la metrópolis, el encierro al que se sometieron los venezolanos por miedo a la espantosa inseguridad personal en Venezuela y la falta de costumbre respecto a pagar servicios públicos o moverse en metro y autobuses, limita la adaptación de unos cuantos compatriotas. Hay paisanos que quieren vivir seguros y confortables en la repetición de un estilo de vida de corte internacionalizado y apenas rozan la rica maravilla de la poderosa civilización que late tremebunda en Ciudad de México, impregnada de violencia, pobreza e injusticia tanto como de talento, genio y maravilla. Los jóvenes, en cambio, se entregan a la vorágine de una urbe con una vida cultural, deportiva y nocturna para todos

los gustos y bolsillos. Son los *venexicanos*, por llamarlos de algún modo, aquellos que hasta se han contagiado con el acento y empiezan a mirar a Venezuela como el país de sus padres o el de su pasado: el futuro ya no pasa por el norte del sur. Duro, pero real. En definitiva, de esto se trata emigrar. Por último, hay adultos como mis amigos, mi pareja y yo, absolutamente convencidos de que la integración plena y el disfrute de México le dan sentido a una pérdida tan dolorosa como la sufrida por los venezolanos. Somos afortunados, tanto como se puede serlo cuando se es víctima de una catástrofe histórica.

III

Los Estados vuelven nuestra vida jirones de papel sellado y apostillado. No es fácil emigrar a México, aunque curiosamente algunos mexicanos piensan que sí. Casarse con un hombre o mujer mexicanos es una de las vías. La otra es la contratación por una empresa que debe estar registrada en el Instituto Nacional de Migración y demostrar que hace falta la persona a contratar dada su área de especialización. La tercera es ser familiar de una persona que cuente con residencia temporal o permanente: cónyuge, padre o madre, descendientes menores de dieciocho años. La cuarta es fundar una empresa e invertir. A los dos años de residencia temporal, los latinoamericanos podemos obtener la nacionalidad. Hay que aprobar un examen que suele asustar a los paisanos sobre historia y cultura, que, desde luego, pondría en aprietos a más de un mexicano. No todos saben, por ejemplo, en cuál de los terremotos el famoso Ángel de la Independencia en el Paseo de la Reforma se vino al suelo o el año en que una deportista ganó alguna medalla olímpica.

En mi caso, el matrimonio fue la opción. Juntas desde hace siete años, Lynette y yo pensamos en diciembre de 2015 que con la victoria de la oposición se allanaba el camino a legalizar nuestra unión pues no en balde la amiga Tamara Adrián, reconocida activista transgénero, ganó un curul en la Asamblea Nacional. Al ser confiscadas las competencias de la Asamblea por el Tribunal Supremo de Justicia de la tiranía y la irrita Asamblea Nacional Constituyente, el matrimonio igualitario o la simple unión civil salieron de nuestro

horizonte. Por fortuna, la larga tradición mexicana de bodas entre extranjeros se extendió a parejas del mismo sexo. Aunque el matrimonio igualitario no es aceptado en toda la república, al menos sí en Ciudad de México; es un trámite fácil y expedito. Un juez altísimo, bronceado y elegante nos casó el sábado 22 de julio de 2017. Dijo un discurso digno de un gran tribuno en el que habló de los derechos humanos, la igualdad ante la ley y el amor de un modo que jamás le he oído a funcionario alguno de mi país. La mojigatería venezolana no respeta colores políticos.

Una vez obtenida nuestra acta de matrimonio certificada, teníamos que acudir al Instituto Nacional de Migración para consignar el documento. Inmediatamente que el instituto avisó por correo electrónico que el Estado se daba por enterado de nuestro vínculo conyugal, procedimos a presentar mi solicitud de residencia bajo la figura de *cambio a residente temporal por vínculo familiar*. Un trámite de un mes tomó cinco tanto por errores atribuibles a mí (no entremos en detalles) como por la sencilla razón de que han aumentado las solicitudes de residencia por parte de extranjeros, entre los cuales los venezolanos somos un número sobresaliente. Cuando tuve en mis manos en febrero de 2018 mi forma migratoria, llamada popularmente FM, sentí un enorme alivio. Aunque no me faculta para trabajar, es muy fácil cambiar de estatus una vez que se consigue empleo. Mientras, escribo juiciosamente en publicaciones que me pagan y estoy planeando un nuevo libro.

Otro trámite de cinco días que tomó más de dos meses fue la certificación de residencia, necesaria en mi caso para dar la fe de vida a la Universidad Central de Venezuela. Necesitaba la forma migratoria que me fue entregada en febrero y después de entregar una copia en la Delegación (alcaldía), tuve que esperar algún tiempo más. Jubilada tempranamente en mi etapa más productiva como académica por obra y gracias de tener que irme de Venezuela para sobrevivir, tengo que demostrar que sigo existiendo para que el equivalente de 15 dólares mensuales en mercado negro ayude a mi gente que quedó en Caracas. Por fortuna pude arreglar el trámite por otras vías, pues la embajada de Venezuela en México exige que tal certificación tenga fecha del mes en que se va a solicitar la fe de vida; en mi caso, correspondía al mes de enero y me la entregaron en marzo. Además, tenía que demostrar

a los funcionarios de la embajada que residio legalmente en México y todavía no había salido la residencia.

Ser venezolana es un problema dentro o fuera del país.

IV

No ha sido fácil —aunque sí apasionante— comenzar mi nueva vida. Se trata del salto migratorio de una pareja de mediana edad que ya tenía una existencia hecha. Mi esposa es ingeniera electricista con amplia experiencia comercial, especializada además en mercadeo; ella consiguió la visa con permiso para trabajar. Yo, profesora titular —catedrática de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela— y escritora con nueve libros publicados en Venezuela y uno en España, obtendría su residencia legal por vía matrimonial. Hasta nuevo aviso, dependo de mi pareja —situación novedosa para mí— y me veo obligada a buscar editor para los libros futuros y para una novela inédita (que ya sufrió su primer rechazo de una editorial importante en Ciudad de México: gajes del oficio). A los efectos, la vida anterior no tiene significado económico alguno pues mi apartamento y mi jubilación de la Universidad Central de Venezuela quedaron atrás. El pasado existe a través de papeles apostillados y publicaciones (particularmente las especializadas en revistas internacionales). Los Estados nos reducen a pocos documentos con sellos, a jirones de papel, repito, que nos definen como humanos con existencia legal. Desde luego, nadie me quita la experiencia, lo malo o bueno de mi trabajo (ni siquiera la tiranía comunista de mi país), pero despojarse de la vanidad es indispensable, pues tuve que pasar por un nuevo comienzo editorial y académico. Puede ser muy duro si no hay una previa y concienzuda preparación mental para ello. Durante un año me repetí todos los días que a cambio del reconocimiento obtenido en Venezuela, tendría en México comida y medicinas en la esquina de mi casa. Tan brutal realismo me ha ayudado muchísimo en mi aventura, lo recomiendo como una medicina amarga y extremadamente eficaz.

Desde luego, Ciudad de México ha sido mucho más que sus espléndidos mercados populares y relucientes supermercados, verdaderos cuernos de la abundancia luego de la triste

experiencia venezolana. La diversidad de precios, calidades y opciones nos permitió vivir razonablemente bien en momentos de constantes erogaciones por gasto de instalación, pasajes de avión y compras varias. El Estado mexicano concede el seguro popular a extranjeros latinoamericanos con residencia legal, por lo cual se cuenta con atención médica que efectivamente funciona. Las cadenas farmacéuticas ofrecen consultorios médicos gratuitos o a precios simbólicos que ayudan en caso de cualquier problema y en cualquier horario. La competencia entre tales cadenas disminuye sensiblemente el precio de los medicamentos, en especial, el de aquellos disponibles en genérico.

Necesidades básicas aparte, las librerías mexicanas son el paraíso de cualquier lector. Las librerías como Porrúa, Gandhi, El Péndulo, El Sótano y las del indispensable Fondo de Cultura Económica, con sucursales en distintas partes de la ciudad, me devolvieron al mundo de los libros, al placer supremo de comprar la última novedad de algún autor o autora favorito. Las bibliotecas públicas como la José Vasconcelos o la Nacional son, amén de bellas, inagotables. Confieso que siempre me ha avergonzado cuando los paisanos se toman fotos y videos en supermercados en a veces históricas muestras de alegría, pero cuando estuve en la Librería Rosario Castellanos con el reconocido historiador cubano Rafael Rojas (quien me hizo el favor de aclararme que a mi edad se tiene por delante tiempo en la vida académica mexicana), poco me faltó para hacer lo mismo. Siempre he adorado las librerías de aquí pero en esta oportunidad aquel gigantesco espacio de la Rosario Castellanos me abrumó de un modo que me costó disimular.

Punto aparte merecen las universidades. Las más importantes de México dejarían con la boca abierta a cualquiera. Solo voy a referirme aquí a la Universidad Nacional Autónoma de México porque siempre al verla contemplo lo que pudo haber sido y no fue mi alma mater, la Universidad Central de Venezuela, en la cual además laboré como docente hasta llegar a catedrática, uno de mis máximos orgullos aunque ya eso no tenga valor en Venezuela ni en la propia universidad. Al igual que la Central, la Autónoma es patrimonio de la humanidad por UNESCO pero, además de señera y bella, está completamente imbricada con la ciudad y el país en su calidad de depositaria y custodia de un gran patrimonio

científico y cultural mexicano, entre los cuales destaca la Biblioteca Nacional. Tiene sus propias librerías y prestigiosos centros de investigación y facultades, de las más antiguas del continente. Publica muchísimo, celebra eventos científicos constantemente y recibe a luminarias de la academia internacional con regularidad. Su centro cultural cuenta con un espectacular museo de arte moderno, librería, salas para teatro y conciertos, entre ellas la sensacional sala Netzahualcóyotl y el increíble restorán Azul y Oro, del chef Ricardo Muñoz Zurita. La sala me recuerda a la Ríos Reyna del Complejo Cultural Teresa Carreño en Caracas, deteriorada por partidarios del oficialismo en sus histéricas manifestaciones de adoración al autoritario Hugo Chávez y al tirano Nicolás Maduro. Se trata de una sala más pequeña que la Ríos Reyna, impecable, bellísima.

Hermosa como el Palacio de Bellas Artes. La primera vez que la visité el año pasado, el destacado pianista húngaro András Schiff tocó la sonata para piano n.º1 de Leo Janáček, compositor de nacionalidad checa, al igual que mi padre. La pieza conocida también como la sonata *Desde las calles*, fue escrita por el músico en honor a una protesta. ¿Cómo no recordar a los venezolanos protestando contra la tiranía en el primer semestre de 2017? ¿Acaso el joven Jiri Kozak Zemanova, mi padre, no tuvo también que abandonar la entonces llamada Checoslovaquia por culpa de los comunistas?

La belleza impone una meditación exenta de amargura y serena en el dolor.

Fue sin duda una noche feliz.



Para un mexicano, la inflación de tres dígitos, la ausencia de medicinas o comida, el que un sueldo mínimo integral mensual alcance para comprar menos de dos CARTONES de huevos es simplemente estafalarario. Se podría entender mejor el ansia del PSUV de perpetuarse en el poder por su experiencia con el Partido de la Revolución Institucional (PRI), antes de la transición democrática mexicana, pero el militarismo y el reeleccionismo presidencial son ajenos. Los venezolanos en México solo podemos ser comprendidos plenamente por los cubanos, nuestros compañeros de desgracia de la que suelo

denominar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas del Caribe. Armando Chaguaceda —profesor de la Universidad de Guanajuato, Campus León—, Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta —de la Universidad Iberoamericana en Ciudad de México— y la reconocida poeta Odette Alonso me han introducido en diversas universidades y en el medio literario mexicano, lo cual siempre les agradeceré.

La solidaridad entre extranjeros y los contactos son esenciales para despegar en suelo nuevo desde el punto de vista profesional. No basta un excelente currículum; no debemos olvidar que México es un país con universidades de altísimo nivel, con gente preparadísima que puede competir con quien sea en cualquier terreno profesional. Es de agradecer que colegas mexicanas de la UNAM, como María Elena Olivera, y del Colegio de México, como Elena Madrigal, me hayan invitado a eventos y a participar en publicaciones. También los amigos escritores de Venezuela residentes en Ciudad de México como Alberto Barrera Tyszka han facilitado vías para seguir una trayectoria de escritora que, como ocurre con tantos narradores, puede no sobrepasar los límites de las fronteras de nuestro país. Es un riesgo que hay que tomar, como también lo tomaron narradores como José Urriola y Fedosy Santaella, residentes en esta ciudad; por fortuna, este último ha publicado en *Pre-textos*, España.

El trato cotidiano es muy agradable, sea con el vendedor de tacos en plena calle, el catedrático de la UNAM o la cajera del supermercado. Hablar castellano en un contexto de trato amable es una gran ventaja a la hora de emigrar; es mucho más fácil empaparse de la vida, entender esos rituales sociales y formas de trato indispensables para desenvolverse en un medio laboral que, por más internacional que sea como lo son de hecho el medio académico y el literario, posee códigos particulares. En todo país hay que saber cuándo un sí es un sí y cuando un sí es una postergación momentánea del no. Entre las ventajas de arranque no fue de las menores contar con familia política aquí en México, ya empapada de los códigos no escritos que regulan los intercambios sociales. Luis Fernando Gómez y Renee Ponce, mi cuñado y concuñada, nos dieron la oportunidad de venirnos y además nos entrenaron en estas lides. Eterno agradecimiento.

VI

Desde principios de año se han multiplicado noticias en medios de comunicación y también simples chismes acerca de venezolanos cuya entrada al país no es permitida en los aeropuertos, en especial en el Aeropuerto Internacional de Cancún, receptor de ingentes cantidades de turistas, y en el Benito Juárez de la capital. Las noticias periodísticas indican maltratos como negar llamadas telefónicas, burlas y manifestaciones de desprecio, hambre y sed en habitaciones aisladas, además de la siempre insoportable experiencia de ser rechazado en el aeropuerto de cualquier país. Se supone que estas personas no contaban con los requisitos exigidos para entrar en México: pasaje de vuelta al país de origen, carta de invitación a algún evento o carta de trabajo, fondos para mantenerse durante la estadía, una dirección donde llegar o reserva hotelera. Por supuesto que los grandes movimientos migratorios involucran gente de todo tipo —desde delincuentes hasta científicos reconocidos— y los Estados nacionales (todos) tienen sus reglas al respecto; no obstante, las injusticias no pueden impedirse si existe margen de discreción de los funcionarios aeroportuarios. La humillación siempre estará de más.

De acuerdo a cifras oficiales, 93.494 venezolanos entraron a México como turistas en 2017; igualmente, en el primer semestre de ese mismo año fueron devueltos 1567 ciudadanos de los 41.278 que lograron entrar. El porcentaje no llega al 2% del total pero igual asusta a quienes deseamos que un sobrino o una madre compartan nuestra suerte en este país por una temporada. También se registra que ya hay venezolanos intentando entrar vía terrestre por Guatemala y Belice, aunque no cuento con cifras oficiales al respecto. Según el Observatorio Venezolano de la Diáspora, de la Universidad Central de Venezuela, para diciembre de 2017 hay 32.582 residentes legales. Están diseminados en ciudades a lo largo y ancho de la república como Ciudad de México, Tijuana, Monterrey, Puebla, Cancún, Mérida, Guadalajara, Tabasco, Guanajuato.

La historia de los grandes desplazamientos humanos es cruel; los venezolanos y los sirios somos vistos con lástima y escepticismo en iguales dosis. No fuimos capaces de arreglar los asuntos de nuestro país por ninguna vía pacífica o arma-

da y entonces ponemos las esperanzas en una tierra que nadie nos ha prometido, sino por la que optamos por cualquier buena —o equivocada— razón. Exigir al Estado mexicano que no repita la conducta de Estados Unidos respecto a los migrantes de esta nacionalidad olvida que los Estados son lo que son, formas de organización de la vida colectiva que parte de la inclusión de unos y la exclusión de otros, lo cual por demás se repite en cualquier forma de organización humana. Es injusto e inmoral pero, por desgracia, inevitable en el mundo actual, incluso en el caso de Estados que tienen historia de migración al exterior como México. Mucho se queja la izquierda académica del poder de las transnacionales en el mundo —lo cual desde luego no puede olvidarse— pero no son tales empresas las que se oponen a la migración: son los Estados que temen que la apertura ante esta traiga inestabilidad política, económica o social. Los venezolanos que nos vamos somos en general objeto del desprecio del Estado revolucionario; no es de extrañar que haya connacionales despreciados por las autoridades en el extranjero. Aunque no conozco cifras o casos en México, tampoco sería raro que encontremos venezolanos víctimas de las mafias de trata de personas; lo que sí se conoce es que ya ha habido dos víctimas de feminicidios.

A pesar de todo, la extranjería, en lugar de molestarme, ratifica una condición existencial que es frecuente entre escritores y académicos; pero el destino de los paisanos sin preparación académica, dinero para invertir o trabajo en el país receptor es un suplicio tremendo. Los países ven con espanto la crisis humanitaria pero parecen ajenos a ella, como si la tolerancia internacional ante el régimen venezolano no explicara —aunque sea en pequeña parte— la situación actual de mi país. Al respecto, es mejor no engañarse: el discurso de la autodeterminación y la soberanía nacional tiene hoy día un descomunal éxito. Ciertamente, en el caso mexicano, el canciller Videgaray ha apoyado la causa de la democracia en Venezuela pero, en definitiva, bastante tienen las naciones con sus propios problemas. Como dijo un amigo mexicano: votar por Chávez y Maduro en 2012 y 2013 firmó la sentencia de muerte de la democracia venezolana.

Terrible pero cierto.

VII

¿Volveríamos a Venezuela? A nuestra edad, Lynette y yo sabemos que hay que aprovechar que la buena alimentación, la buena salud y la educación nos han regalado más años de actividad laboral que a nuestros antecesores, por lo cual es preciso aprovecharlos convenientemente. El gobierno venezolano nos arruinó y no confiamos en el Estado —en ninguno, en ninguna parte— para nuestra supervivencia futura; es imprescindible responsabilizarse de uno mismo plenamente, en un mundo de absoluta incertidumbre, y no confiar sino en lo comprobable. He estudiado a mi país y he escrito sobre él, labores que espero continuar, pero no pienso en la vuelta. Cuando un lugar se llegó a vivir como una cárcel, hace falta restañar heridas antes de volver a él, así se haya convertido en un paraíso. No sé cuánto tiempo estaré en Ciudad de México, mil ciudades en una, porque mi experiencia indica que todo puede pasar en todos lados, que quienes nos fuimos de esa entidad llamada *patria*, perdimos inevitablemente anclajes que solo el tiempo dirá si podemos obtener en otro sitio. No le tengo temor a los problemas muy reales de México en términos de corrupción y violencia, a la decepción por la clase política o al futuro en términos económicos y políticos. La verdad es que México hace veinte años, cuando lo conocí y ni imaginaba la hecatombe revolucionaria, se convirtió en mi otro país. Pero, simplemente, el futuro está en blanco.

La Gorgona llamada revolución paraliza las vidas más consolidadas, sin piedad. Igual, este monstruo no es capaz de doblegar mi impulso inevitable de vivir a plenitud, más en una urbe a la que le debo gratitud para siempre como es Ciudad de México, donde como en pocas capitales del mundo se encarnan las palabras maravillosas de Lawrence Ferlinghetti en su poema «Vida sin fin»:

No tiene fin
la espléndida vida del mundo
no tiene fin su hermoso vivir
su hermoso respirar [...]

PROTESTAS Y FÚTBOL: ENTRE VENEZUELA Y LA PAZ

MANUEL LLORENS

En la década de los noventa nos propusimos transformar el fútbol venezolano. La tesis propuesta por Lino Alonso incluyó la premisa de que debíamos alentar y construir los puentes para que muchos jóvenes futbolistas salieran a jugar al exterior. Para ese momento parecía una quimera, podíamos contar con los dedos de la mano los venezolanos que habían jugado afuera. El más conocido era Stalin Rivas, quien hizo historia al jugar en la primera división de Bélgica; el más colorido fue Fernando de Ornelas, que en 1998 se fue a jugar a Hong Kong y luego pasó por Inglaterra, Escocia, Eslovaquia, Portugal, China, Alemania, Chipre y Noruega, donde se retiró. Pero no había muchos más.

En el fútbol, irse para afuera no es una fatalidad, sino un sueño. Eso me ayudó a matizar mis impresiones en las reiteradas conversaciones sobre irse o no del país. Pensaba que ni irse del país era necesariamente un camino sin retorno —la mayoría de los jugadores iban y venían— ni era una pérdida para el país —los jugadores que salieron abrieron puertas ayudaron a internacionalizar la imagen del fútbol venezolano, mejoraron su rendimiento y, en muchos casos, regresaron cargados de experiencias que transmitieron a otros—. Rafael Dudamel, por ejemplo, quien hizo una carrera de mucho éxito en países como Colombia y Sudáfrica, es ahora el seleccionador nacional.

El fútbol mismo fue un gran emigrante. De los puebluchos fríos ingleses salió a recorrer y se instaló en el mundo entero. En una ocasión hice una investigación sobre fútbol en Petare. Parte de lo que encontramos es que el fútbol fue la manera en que muchos inmigrantes de Chile, Ecuador, Colombia se integraron al país. La liga que conformaron se llamó, de manera elocuente, Nuevas Amistades.

Lino Alonso, un gallego que emigró a Venezuela a temprana edad, fue uno de los tantos que trajeron consigo la pasión por el fútbol. Él comenzó a dirigir las selecciones nacionales juveniles en los noventa y estaba convencido de que desde allí se podía cambiar la historia de derrota que plagaba el fútbol nacional en todos sus niveles. Consideraba que la salida de jugadores al exterior enriquecería al país futbolístico. La tarea era titánica, la Vinotinto solo había ganado dos partidos en los campeonatos premundiales en cuarenta años de competencia. El fútbol venezolano no era visto por casi nadie, ni siquiera los mismos venezolanos.

Lino se dedicó a recorrer el país reclutando jugadores, entrenadores y otros profesionales como yo, que era psicólogo, animándonos a desarrollar una carrera en el deporte. Fue así que conoció también a César Farías, que para entonces era un joven cumánés que había desafiado las expectativas de su familia para formarse, desde muy temprana edad, como entrenador. Asimismo conoció a jugadores prometedores como Daniel *Cari-Cari* Noriega en San Félix, Tomás Rincón en San Cristóbal y Juan Arango en Maracay. Nuestra tarea era alentarlos a soñar con carreras exitosas en el fútbol y crear las condiciones de preparación para hacer eso posible. *Cari-Cari* fue uno de los primeros talentos que surgió

de esos procesos de formación. Proveniente de una familia muy humilde, escasamente sabía leer y escribir. Logró jugar en España, Argentina, Colombia y Perú. Juan fue otro caso interesante. Lino pensaba que era un talento sobresaliente, pero que necesitaba vivir un tiempo fuera de su casa para prepararlo para la vida profesional. César Farías, de apenas veintitantos años, dirigía un equipo de segunda división y Lino le pidió que se llevara a Juan para entrenarlo. Arango se fue de Maracay y vivió en la casa de César durante un año. Se convirtió en el goleador de ese campeonato, ayudando al equipo a ascender a Primera División. Pasó unos meses luego en el Caracas F.C. antes de ser estrella en el fútbol mexicano, español, alemán y norteamericano.

Por esos procesos pasaron los que luego serían una multitud de jugadores que llegaron al exterior, desde Jorge *el Zurdo* Rojas hasta Salomón Rondón, Tomás Rincón y Robert Rosales. Para el 2018 se cuenta con unos 130 jugadores y unos tantos técnicos, muchos ubicados en las mejores ligas del mundo, como Tomás en la Serie A italiana, Salomón en la Premier inglesa, Oswaldo Vizcarrondo en la Ligue 1 de Francia y cuatro jugadores en la Liga española. Nuestros jugadores llegan hasta rincones como Arabia Saudita, Corea del Sur, Catar, Gibraltar e Indonesia.

Visto desde este cristal, la diáspora no ha representado una fuga de talentos. He presenciado cómo muchos de estos jugadores regresan más maduros, con una visión de mundo ampliada, que sirve de referencia para otros jóvenes en formación. No solo eso; en el camino, el crecimiento futbolístico del país atrajo de vuelta a venezolanos que se habían ido hace ya muchos años. El éxito alcanzado por la Vinotinto convenció a Fernando Amorebieta, que había nacido en Cantaura y a Andrés Túñez que había nacido en Caracas, pero que se habían ido ambos de niños a España, a regresar al país a representarlo. Frank Feltscher y su hermano Rolf, nacidos en Suiza pero hijos de madre venezolana, se animaron también a jugar con la Selección. Frank se encantó tanto con el país que se terminó casando con una venezolana y, a comienzos de 2018, a contracorriente, se vino de Europa a Maracaibo a jugar con el Zulia F.C.

Lo que no imaginé cuando arranqué todo esto es que esa transformación del fútbol iba, años después, a servirme como puerta a mí para salir del país. Durante casi veinte años, en

distintos proyectos, trabajé apoyando a Lino y a César, hasta llegar en el 2007 a la Selección Nacional. Tuvimos una buena racha en los dos campeonatos premundiales en que participamos y la Copa América en que llegamos a la semifinal. Pero en 2013 terminó nuestro turno. César, con Lino como asistente, pasaron a entrenar en México, la India y Paraguay. Yo mantuve contacto esporádico con ellos hasta el 2016 en que saltaron a uno de los equipos profesionales históricos de Bolivia, el Strongest de La Paz. Antes de arrancar la nueva temporada en julio de ese año, me pidieron acompañarlos de nuevo como psicólogo del equipo.

Era la oportunidad de probar mis habilidades en otro país. Un país modesto, comparado con el resto del fútbol sudamericano, pero con un club élite. El equipo va para 110 años de haber sido fundado y es uno de los referentes de Bolivia, presente casi siempre en la Copa Libertadores, que congrega a los mejores del continente.

El puente que habíamos construido para los jugadores, ahora de pronto se extendía también para mí. Porque la oportunidad no representó solamente crecer en el mundo futbolístico, sino que se convirtió en una tabla de salvación, en medio de la grave crisis venezolana, como lo testimonió la maleta llena de pañales, leche en polvo, azúcar, arroz, medicinas de todo tipo, que llevaba cada vez que regresaba de La Paz.

Bolivia resultó un país sorprendente. La Paz es la ciudad más subestimada de América Latina, quizás por sus 3600 metros de altura que amenazan con *soroche*, esa mezcla de mareo y dolor de cabeza con que a uno le advierten a cada instante al llegar. La mirada tarda en atreverse a explorar más allá del siguiente paso. Nadie te advierte de la belleza que aparece cuando uno finalmente, a las semanas, luego de recuperar el aire, levanta la cabeza y contempla la luz intensa que resplandece en la ciudad. La Paz, no lo saben sino los paceños (y a veces ni ellos mismos), con su horizonte marcado por montañas rocosas y su decena de miradores para contemplar el horizonte escarpado, es una ciudad hermosa.

Una vez un paciente que preparaba sus maletas para mudarse a Buenos Aires me comentó que los caraqueños que no se llevan una foto del Ávila cuando emigran, enloquecen. Me pareció una hermosa y ruda metáfora de la añoranza que genera la pérdida del horizonte caraqueño. La luz de Caracas

sobre el Ávila, sobre todo en las mañanas de enero, es una de mis sensaciones favoritas.

Quizás por eso la luz paceña me asombró, cuando por fin pude verla. Cuando el cielo está claro, el sol quema y cuesta mantener los ojos abiertos de tanto brillo, como cuando uno está en una playa en Morrocoy. La última edición de la Guerra de las Galaxias filmó varias escenas en Bolivia. Ciertamente hay algo de Tatooine en el paisaje. Los awayos coloridos que usan las cholitas para arroparse, iluminados bajo la luz intensa contrastan de manera alucinante con el fondo terroso.

Felizmente hay reminiscencias de la playa, porque aquí en Bolivia no hay. La idea de vivir en un país sin acceso al mar tiene, para un venezolano, consecuencias claustrofóbicas. La certeza de que la playa no es una opción, aunque sean las versiones frías del sur o de la costa del Pacífico repletas de gente que nunca entra al agua, se me viene a la mente cada cierto tiempo sugiriendo encierro.

La libertad se convirtió en un tema doloroso: los costos que exige, las distintas maneras de ejercerla, lo fácil que puede desaparecer un día, sin avisar. Hay formas de libertad seguramente más sofisticadas que una cerveza fría en una playa caribeña. Pero todo el que haya nacido en Venezuela tiene ese registro tropical, esa particular, si quieren superficial, manera de ser libre.

Como ven, pronto comenzó el inventario continuo de cosas que se ganan y se pierden al salir del país, el síntoma crónico de la emigración. La distancia convierte la mente en un caleidoscopio, cada pequeño giro reinterpreta la vida entera. Te paras por la mañana y agradeces la nueva oportunidad, sales de la cama y el frío te hace maldecir por enésima vez tu suerte, vas a la nevera, encuentras café y azúcar y bendices tus circunstancias. La nostalgia trastoca el pensamiento.

Recientemente vi la foto de un venezolano en Canadá mostrando una calle cubierta de nieve, con el vidrio de un auto en el que habían escrito con un dedo: «extraño Charallave». Comentarios más abajo un periodista le replicó con agudeza: «Yo soy de Charallave. Nadie extraña a Charallave». La distancia distorsiona, dispara manías comparativas, idealizaciones falsas, intentos inútiles de ajustar otro mundo a tus categorías. La búsqueda a tientas de lugares nuevos en que calzar deseos que se quedaron sin nicho.

Organizamos una asesoría de una semana al mes que me puso a viajar entre Caracas y La Paz durante un año. Iba a transmitir la experiencia de manejar equipos de alto rendimiento y, a cambio, regresaba a Venezuela con una maleta cargada con un mercado y medicinas de encargo. La ciudad en que el oxígeno escasea me ofreció aliento. Atravesé un contraste continuo. Bolivia, el país históricamente más pobre de Sudamérica, con un presidente con una retórica parecida a la chavista de antiimperialismo, sin embargo, con una economía estable y ciudades en crecimiento, como lo evidencia la reciente inauguración de un sistema de teleféricos que surte a toda La Paz, sin mencionar las construcciones privadas que se multiplican por la ciudad. Y el dato que me dejó boquiabierto: en La Paz, en 2016 hubo un total de 12 homicidios.⁶⁹ En todo el año. En contraste con Caracas, la capital del país con mayores reservas petroleras del mundo, sumida en la indigencia, escasez y más de 4000 homicidios anuales.

César y Lino me habían explicado que el equipo tenía gran potencial de crecimiento. Acumulaba mucha experiencia, su situación económica se había estabilizado y, aunque en los últimos años no habían tenido tanto éxito, en el pasado cercano, de 2011 a 2012, habían ganado tres campeonatos seguidos.

Me sorprendí gratamente con lo que encontré en la pretemporada en julio de 2016, previo al campeonato boliviano de Apertura. En primer lugar, el respeto con que el grupo respondía a las exigencias de César. Resulta que la transformación vivida en el fútbol venezolano ha tenido repercusión en el resto de Sudamérica. La experiencia de haber luchado con todas las desventajas, lograr construir una selección y una liga competitiva calzó perfectamente con la idea de inyectar ilusión a un fútbol boliviano, con más historia que el nuestro pero con una valoración pobre de sí mismo.

Me sorprendió también lo mal atendidos que habían estado los jugadores, considerando que tenían muchos de muy alto nivel. El capitán del equipo, Pablo Escobar —como el capo de Medellín—, me explicó que tenían un grupo muy fuerte, que gracias a esa fortaleza interna se las habían inge-

69 Rubén Ariñez (25.5.2017). «La Paz es la urbe con menos homicidios, robo y delitos contra la libertad sexual», *La Razón*. Disponible en: <www.la-razon.com>.

niado para ganar los tres títulos que alcanzaron entre el 2011 y 2012.

Pablo tiene enorme influencia sobre sus compañeros. Cercano a los cuarenta años, paraguayo de origen, nacionalizado boliviano, ha sido el goleador desde hace tiempo, rompiendo toda clase de récords en el club. Es el jugador más identificado con la camiseta; se compró la casa que queda frente a las instalaciones de entrenamiento para llegar siempre temprano. Sus compañeros, afectuosamente, en alusión al otro Escobar, le dicen El Patrón del Gol. Con él me reuní de primero, para entender el funcionamiento del grupo. Me explicó que el presidente anterior del club, que había dejado muchas veces de pagar, ahora estaba preso y que el entrenador con el que ganaron varios campeonatos «veía los partidos de espalda».

Era como decían Lino y César, un grupo ideal para trabajar. Sólidos en lo interno, con experiencia, entusiasmados con la posibilidad de trabajar con exigencia, subestimados y maltratados, pero con un potencial enorme. Aprendimos rápidamente que los bolivianos sufren algunos males parecidos a los que por años enfrentamos en Venezuela: la desorganización dirigencial, la mafia en la federación y la subestimación crónica de sus propias fortalezas. Los bolivianos se deslumbran fácilmente con cualquiera que llegue de Argentina, Uruguay o Chile. Idealizan siempre lo de afuera, minimizan sus propias bondades. El síndrome del Chapulín Colorado que tantas veces les traté de explicar a los jugadores venezolanos. Busquen algún superhéroe latino, les decía. No hay ni supermanes maracuchos, ni aquamanes de Cartagena, ni thores de Guayaquil. El único que existe es el Chapulín. Así es que nos vemos a nosotros mismos. Nos cuesta imaginarnos en el lugar del ideal, salvo alguna variación simpaticona y chistosa. Eso es bueno para las fiestas, pero no tanto si aspiras al deporte de alto rendimiento.

Nosotros habíamos estudiado el fútbol en La Paz con mucho detenimiento cuando estuvimos en la selección. La creencia extendida era que venir a jugar en la altura era imposible para los equipos venezolanos. La falta de oxígeno que generan los 3600 metros sobre el nivel del mar liquidaba a cualquier equipo. Para cuando nos tocó el partido del premundial, del año 2009, Venezuela jamás le había ganado a Bolivia en esta ciudad en treinta años, sumando veinticuatro

goles en contra y solo dos a favor. Para el encuentro de 2009 montamos una preparación especial para la altura, cuarenta días previos al partido, que condujo a nuestra primera victoria 1 a 0 en el estadio Hernando Siles. Así que sabíamos bien lo exigente que es venir a competir en este escenario. Esto ahora servía de ventaja en el campeonato nacional de Bolivia, pero sobre todo en la Copa Libertadores que nos tocaba disputar a partir de enero de 2017.

Conocíamos y apreciábamos el fútbol boliviano. Yo había acompañado a la selección sub-17 de 2003 al campeonato premundial de esa categoría en Santa Cruz de la Sierra. Walter *Cata* Roque, un entrenador de origen uruguayo, que hizo una carrera importante y exitosa en Venezuela, había dirigido también en Bolivia y era gran amigo de Lino. César *Guacharaca* Baena, quien fue el preparador de arqueros de nuestro cuerpo técnico cuando estuvimos en la selección, jugó en Bolivia en los ochenta. Lino asistía regularmente, con selecciones venezolanas, a los campeonatos sub-15 que organiza anualmente la Academia Tahuichi, una de las academias de formación más prestigiosas, en Santa Cruz.

La presencia venezolana en Bolivia ha estado creciendo de manera visible. Junto a nosotros llegaron a Bolivia tres jugadores venezolanos. Grenddy Perozo y José Alí Meza, a dos equipos contrarios, y Manuel Arteaga como refuerzo para el Strongest.

Pero el fútbol es solo una pequeña expresión de la emigración venezolana. La marca más visible es la aparición de areperas. Cuando llegué a La Paz ya había tres. Venezolanos de distintas latitudes, unos de Puerto Ordaz, otros andinos y otra familia caraqueña, cada uno con un restaurante de comida venezolana en distintas partes de la ciudad. También había un puesto de tequeños en una feria de comida a la salida de una sala de cine.

Datos de la Dirección General de Migración calculan un total de 2098 venezolanos con permisos de residencias temporales, definitivas o naturalizados en Bolivia para enero de 2018. Un reportaje de agosto de 2017 del diario *Página Siete* calculaba el número en 3000. La gran mayoría de los venezolanos se ubican en La Paz o en Santa Cruz, las dos ciudades más grandes.

Pronto conocimos una red de venezolanos que habían venido recientemente a Bolivia a rehacer sus vidas. Una bar-

bería abierta por venezolanos, varios contratados por empresas de construcción, un joven que trabaja de día lavando platos y en el turno de la noche en un *bowling* entregando zapatos. Venezolanos de distintos niveles profesionales, todos intentando rehacer sus vidas. En varias ocasiones se presentaron compatriotas a la cancha de entrenamiento buscando a César y pidiéndonos ayudarlos a conseguir trabajo.

Luego de la pretemporada realizada en Ecuador y Perú, arrancamos ganando el primer partido. Pero en la segunda fecha perdimos el clásico. Los dos equipos de La Paz, el Bolívar y el Strongest, son los más importantes del país, con seguidores en todos los rincones de Bolivia. Su rivalidad es enconada. Tan ferviente, pero menos amistosa, que la del Caracas y el Magallanes. Cuando los equipos se enfrentan, la ciudad se llena de camisetas azul celestes y verdinegras. El estadio Hernando Siles, remodelado en 1977 (con dinero venezolano donado por Carlos Andrés Pérez) y luego mejorado con una pantalla gigante en 2008 (con dinero venezolano donado por Hugo Chávez) aloja a 45.000 espectadores y se llena a reventar.

El Bolívar es el equipo con más dinero, cuyo dueño, Marcelo Claure, proviene de una familia acomodada paceña, aunque luego se hizo multimillonario con emprendimientos propios. Claure vive en Estados Unidos, donde es CEO de la compañía de telecomunicaciones Sprint y es socio de David Beckham en la nueva franquicia de fútbol de Miami. Tiene al Bolívar como su juguete preferido. Le gusta usarlo como vitrina para pavonearse y a menudo tuitea alabando a su equipo.

El presidente actual del Strongest, en cambio, es un hombre de origen indígena, que hizo dinero a través del negocio de la construcción. Tiene una amplia sonrisa y gestos amables, pero habla murmurando. No parece tener la capacidad de levantar la voz. Sus visitas al vestuario para dar alguna información o aliento a los jugadores terminaban con el equipo haciendo un círculo alrededor suyo, asintiendo con sus cabezas y aplaudiendo con fuerza para disimular lo poco que se escuchaba. No es que había mucho que escuchar.

Pronto comprendimos que la sencillez es una exigencia cultural, no necesariamente una cualidad auténtica. La necesidad de reconocimiento a menudo se revuelve a la menor sensación desprecio. El presidente es un *self-made man* a lo

boliviano, pertenece al grupo de nuevos adinerados de origen indígena que han surgido con Evo. Parte de los conflictos con los jugadores surgieron constantemente por choques de ego. En varias ocasiones se negó a pagarles cosas básicas, como tratamientos médicos, hasta que el jugador no lo solicitara con suficiente reverencia.

Total es que perdimos el primer clásico pero a partir de allí no volvimos a perder. Encadenamos veintiún partidos seguidos invictos, lo cual es la racha más larga de la historia de la liga. Rompimos el récord de más puntos alcanzados por el Strongest en una temporada y más minutos seguidos sin recibir gol.

Sin embargo, dentro de esos veintiún partidos sin perder, tuvimos siete empates y mientras nosotros desarrollamos una temporada de lujo, el Bolívar hacía lo mismo. Luego de ganarnos el segundo partido, se mantuvo todo el tiempo de primero, llegando en un trecho a sacarnos seis puntos de ventaja.

El discurso de César y Lino fue que no nos debíamos desgastar mirando la tabla de posiciones, sino poner nuestra atención en cada partido venidero. Nuestro verdadero norte estaba en la Copa Libertadores que nos tocaba arrancar en enero; la exigencia de la liga local nos servía como preparación para el campeonato internacional.

Llegamos al penúltimo partido de la temporada un punto detrás del Bolívar. Nos tocó viajar a Santa Cruz a enfrentar a Oriente Petrolero, un rival complicado. El partido era crucial y nos empataron 1 a 1 en el minuto 83, mientras el Bolívar, en La Paz, ganó el suyo. Por lo que llegamos a la última fecha tres puntos por detrás. Parecía que todo el esfuerzo de una campaña excelente se nos iba a quedar corto por milímetros. A pesar de lo bien que lo habíamos hecho, Bolívar lo había hecho mejor.

Fue entonces que recordé muchos momentos de desesperación en Venezuela y unas frases del entrenador de baloncesto Phil Jackson, citando al Dalai Lama, que me han resultado aleccionadoras. Vivir con el chavismo ha representado tener que crecer en un país donde tu vida es constantemente sometida a burla y amenaza por el poder, sometida al escarnio público por personajes del gobierno, acusada de todo tipo de males, arrebatada de su legitimidad de manera arbitraria. Mantener algo de calma con ese telón de fondo

ha representado un esfuerzo que solo logré racionalizar diciéndome a mí mismo que era otra de esas adversidades de las cuales no quedaba otra cosa sino enfrentar. Horas antes del último partido, el dueño del Bolívar, sintiéndose ya campeón, posteo en sus redes sociales que había mandado a diseñar un Rolex especial por el campeonato y mostró la foto de un reloj de lujo con la insignia del equipo.

Nosotros nos replegamos en el grupo, que seguía fuerte. Les mostré los videos de las peleas épicas de Muhammad Ali contra Joe Frazier. La pelea en Manila llegó al round catorce con ambos hombres agotados; Frazier ciego y moribundo hasta que su entrenador tiró la toalla porque el boxeador se negaba a hacerlo. Ali, que antes de la pelea insultó a su rival de todas las maneras posibles, declaró luego halagándolo que: «Eso es lo más cercano que he estado de morir en mi vida. Frazier saca lo mejor de mí, es tremendo hombre, Dios lo bendiga».

El Dalai Lama escribió: «Las personas que intentan herirte desarrollan tu fuerza interior. Te ponen a prueba como ni tu mejor gurú te puede poner a prueba. Ese es el regalo del enemigo». Si has luchado de manera extraordinaria contra algo pero no has podido vencer, seguro has crecido en el esfuerzo y aún te quedan cosas por aprender.

Los videos y la conversa con los jugadores parecieron calmarlos. En el último partido nos llevamos por delante al contrario 7 a 2. El Bolívar jugaba a la misma hora en otra ciudad y al finalizar nuestro encuentro empataba 2 a 2 contra Sport Boys con tres minutos por jugar, lo que les daba el campeonato. Sin embargo, entrando al camerino nos enteramos de que recibieron un gol en el último suspiro, por el grito que llegó de los fanáticos que iban saliendo del estadio, pegados a sus radios.

Parece que así como cantar los goles antes de que el balón traspase la raya es *pavoso*, mandar a grabar relojes fetiche antes de asegurar el campeonatos lo es también. La temporada había culminado en empate, los dos equipos con 49 puntos. Teníamos que jugar un partido final para dirimir al campeón. Se desató la celebración y el pandemonio en el camerino.

Era 21 de diciembre, por lo que la liga programó el partido de desempate para el 24 al mediodía. La víspera de Navidad la pasaríamos en una cancha de fútbol. Para César, Lino

y el resto del cuerpo técnico venezolano era un final de película. Varias navidades y fines de año lo habíamos pasado encerrados en alguna concentración con selecciones juveniles. A Lino le fascinaba encontrar lugares apartados y exóticos para juntar a los jugadores durante un mes. Los sometía a concentraciones intensas de trabajo y aislamiento. Los alrededores invitaban a pensar solo en nuestra tarea. En Arequipa en 1997 pasamos un mes alojados en un monasterio, el final del año 98 lo pasamos en los predios de un sindicato en las afueras de Buenos Aires; en otra ocasión, a la que no asistí, pasaron un mes en una estación de bomberos en Río de Janeiro. Nos habíamos preparado para esto.

A los jugadores sin embargo, no les causó tanta gracia. Especialmente a los jugadores extranjeros que tenían ya sus pasajes de regreso para pasar las navidades con sus familias. La mayoría se tendría que quedar mientras sus hijos y sus esposas viajaban a sus países de origen. Pablo Escobar, en particular, estaba furioso. Opinaba que era una desconsideración con los jugadores que los dirigentes no hubieran previsto esa posibilidad y programado un calendario acorde. Nos anunció que él había sacrificado demasiadas fechas importantes con su familia por el fútbol y que a estas alturas de su vida consideraba que la Navidad con sus hijos era más importante que un campeonato. Me pareció un dilema interesante. Me gustó la capacidad de Escobar de enunciar la pregunta: ¿es más importante un campeonato de fútbol o la imagen de tus hijos abriendo los regalos en la mañana de Navidad?

Yo he vivido mi vida alrededor del fútbol, dejando de asistir a muchas reuniones y celebraciones familiares. Debo confesar que, la mayoría de las veces, de manera voluntaria. Pero la ida y venida entre Venezuela y Bolivia sirvió de contraste para relativizar las pasiones deportivas. Unos meses antes, Francisco Márquez, hermano de un exalumno de Psicología, había sido arrestado por llevar panfletos alusivos al referendo revocatorio que se intentaba organizar contra Nicolás Maduro. Poco después, Yon Goicoechea, un joven político que también conocí cuando fue alumno en la Universidad Católica Andrés Bello, fue arrestado, acusado de poseer material explosivo. Francisco pasó varios meses preso; Yon, un año, a pesar de que en el primer caso nunca llegó a haber una acusación formal y, en el segundo, la fiscalía emitió la

boleta de excarcelación por falta de pruebas. ¿Qué importancia tiene ganar o perder un partido de fútbol en comparación con lo que tantos venezolanos han padecido?

No sé si toda emigración es así. Pero para los venezolanos actuales, vivir afuera es vivir dividido. Con la atención puesta en la realidad inmediata, la exploración de los nuevos retos, nuevos códigos a descifrar, y otra, puesta en Twitter, en Instagram, en Facebook, en WhatsApp, intentando tomarle el pulso al país que se quedó atrás y con el pensamiento en las personas queridas que enfrentan miles de penurias diarias.

Abres los ojos y estás ante una realidad nueva, exigente, pero llena de posibilidades. Cierras los ojos y la mirada se puebla de los rostros de las personas que dejaste atrás, la última noticia estrepitosa, la pesadilla nuestra de cada día. Abres el Twitter: trauma. Cierras el Twitter: debes vestirme rápido para llegar al entrenamiento. El horror entra y sale de la vida literalmente en un abrir y cerrar de ojos. Vas al baño, abres el chorro de agua y suspiras porque pequeñas facilidades que el mundo da por sentado son una bendición; estar en un país modesto pero relativamente normal como Bolivia, un lujo.

El 22 de diciembre nos reunimos de noche en el complejo deportivo del Strongest para discutir qué hacer. Pablo esgrimió sus razones para irse con su familia y no jugar la final. Yo pensaba que la decisión le correspondía a los jugadores, nuestro trabajo era simplemente facilitar que se diera una reunión de la mejor manera. Los compañeros de Pablo comenzaron a recordar todo lo que habían vivido juntos a lo largo de los años. Palabras más, palabras menos, le dijeron que ellos también se sentían como parte de su familia, y querían abrir con él el regalo de ganar un campeonato en Navidad. Fue una reunión emotiva, que aumentó aún más mi respeto por el grupo. Discutir si es más importante estar con la familia o cumplir con el equipo en Navidad me pareció una experiencia nueva en el deporte. Le fue muy difícil decir que no a las muestras de gratitud de sus compañeros. Pablo accedió a quedarse y todos salimos de allí complacidos por el momento que estábamos atravesando, convencidos de que el espíritu del equipo estaba intacto.

Como se habían dado los eventos, el Bolívar llegaba al partido final inundado de dudas, mientras que nosotros éramos un tigre que había alcanzado a la presa. El partido fue hermoso. Al mediodía, con la luz brillando y un estadio

boyante de alegría navideña. Fuimos superiores del comienzo hasta el final y ganamos 2 a 1. Arrebatamos el campeonato en la última fecha, dimos la vuelta olímpica en casa con los fanáticos en éxtasis, en vísperas de Navidad. La gente se volcó a la cancha a abrazar y celebrar con los jugadores. Los venezolanos del cuerpo técnico, César y Lino; Daniel, asistente, hermano de César; Isaac Ramos, el preparador físico; y yo, nos tomamos una foto con la bandera venezolana en medio del campo de juego. Esa fue nuestra celebración. Nuestro pequeño gesto de estar divididos entre la alegría y la nostalgia.

Enero de 2017 comenzó igual. Me tocó ir una vez al mes a acompañar al equipo, pero ahora a la Copa Libertadores, por lo cual viajaría por varios países dependiendo del rival. Entramos en las fases previas de la Copa, lo que significa que teníamos que superar a dos equipos antes de poder entrar a la fase de grupos. El primer equipo fue el Wanderers de Uruguay. Si ganábamos la serie de ida y vuelta, nos tocaría luego contra Unión Española de Chile.

En Venezuela, el panorama ya sombrío pronto empeoró. El 11 de enero arrestaron a mi amigo, el diputado suplente Gilber Caro, junto a su pareja. Lo detuvieron en un puesto de alcabala en Valencia, acusándole de manera absurda de estar transportando un fusil de asalto y explosivos en el asiento de atrás de su auto. Gilber ha vivido una vida increíble de transformación personal que lo llevó desde una vida delin cuencial en bandas y cárcel en la década de los noventa, a una vida de activismo religioso y político que lo llevó hasta la Asamblea Nacional en 2015. Conozco su trabajo gracias al fútbol, ya que lo llevé a dar una charla a la selección nacional de 2009. Desde entonces mantuvimos contacto estrecho, y justo en diciembre acabábamos de presentar un libro sobre su vida. Su biografía es el ejemplo vivo de la fortaleza ante la adversidad. Su testimonio es una denuncia continua a las falsedades del gobierno. Por eso creo que se ensañaron contra él. Tanto por nuestra cercanía como por la injusticia de su arresto, me sentí abatido.

En febrero arrancó la Copa. A Wanderers le ganamos dos a cero en Uruguay y cuatro a cero en La Paz. Con Unión Española empatamos uno a uno en Santiago y luego le ganamos cinco a cero en casa. Ninguno de los dos equipos pudo correr después del minuto veinte en nuestra casa. Les pasamos por encima. Entramos así a la fase de grupo, donde nos

tocó enfrentarnos a Santa Fe de Bogotá, Santos de Brasil y Sporting Cristal de Lima. Todos equipos de tradición.

A comienzos de esa fase la prensa publicó el costo de las plantillas de los cuarenta y siete equipos que participaron en esa edición de la Libertadores. Nosotros éramos el segundo equipo más barato. El más modesto de nuestros rivales valía el doble que nosotros, llegando hasta al Santos de Brasil que valía 52 millones de dólares en comparación con nuestros 3,9 millones. Era el reflejo en números del escenario de enorme desventaja internacional en el que competíamos, pero para el que nuestro crecimiento en Venezuela nos había preparado. Sabíamos que yendo paso a paso, aprovechando nuestras fortalezas y la altura, podíamos convertirnos en el equipo sorpresa del torneo.

En marzo le ganamos a Santa Fe en La Paz y perdimos contra Santos en Brasil. Mientras tanto, el 27 de marzo la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia declaró a la Asamblea Nacional en desacato, eliminó la inmunidad parlamentaria y se adjudicó las competencias legislativas disparando las protestas que incendiaron al país por cuatro meses y que agudizaron aun más mi disonancia entre las luces brillantes del fútbol internacional y las calles de mi ciudad ahogadas en bombas lacrimógenas.

Siempre me gustó una frase que dice que el deporte es como la vida pero con el volumen más alto. La competencia, sobre todo en el alto rendimiento, agudiza los sentidos; los colores de la grama y los uniformes se ven más nítidos; el latido del corazón se torna más palpable. Pero lo que vivimos durante esos cuatro meses de protestas invirtió ese orden.

Las sensaciones de ver a miles de personas congregarse en Plaza Altamira, conscientes de los riesgos de enfrentar a un Estado furibundo, dispuesto a defenderse con cualquier subterfugio, incluida la violencia, hacen palidecer a una final de un campeonato de alta competencia. Sé que la comparación es casi prohibida, por banal. El deporte es metáfora puesta en escena. En las protestas no hubo representación.

Al comienzo de las protestas contra Chávez, a principios del siglo, la gente reclamaba la superficialidad y ligereza con que se iba a marchar: demasiados ritmos bailables, demasiada puesta en escena. En los meses de 2017, en Plaza Altamira se congregó una masa anónima, heterogénea, pero severa. Grupos de adolescentes se reunían a acomodar sus máscaras

de gas, sus capuchas, sus escudos de madera pintados con símbolos de lucha, entremezclándose con universitarios, militantes de partidos políticos, ciudadanos de todas las esquinas del país. Los rostros de los amigos reconociéndose en la multitud reflejaban no el que va a una celebración, sino el afecto entre compañeros que regresan vivos a la trinchera. Hubo efervescencia, cómo no, pero con la consciencia del riesgo.

Al final de las marchas, cuando ya solo quedaban jóvenes empeñados en tirarle piedras y devolver las lacrimógenas a la Guardia Nacional, vi los cuerpos heridos regresar a la Plaza Altamira, muchas veces cargados en motos que servían de ambulancia, atendidos por otros jóvenes, con cruces verdes dibujadas en chalecos, que ofrecían atención de emergencia. La avenida Francisco de Miranda se fue llenando de altares improvisados para los distintos jóvenes que fueron cayendo asesinados por el gobierno. Juan Pernalet, Armando Cañizales, Miguel Castillo, Neomar Lander, David Vallenilla conformaron el martirologio de jóvenes fallecidos a escasas cuadras de mi casa, una muestra de las más de ciento treinta personas que murieron en todo el país.

Fueron, sin lugar a dudas, días cruentos y confusos. En el camerino, previo a los partidos de la Copa, cuando el equipo se reunía en círculo a rezar, mi mente no podía sino irse a esas imágenes de jóvenes heridos y asesinados, así como a la de mis amigos presos. Cuando nos reuníamos como cuerpo técnico en la mesa era inevitable hacer recuento de las noticias trágicas en Venezuela que ocurrían a cada hora.

Me tocó ser una especie de mensajero, como los mineros bolivianos que viven entre el subsuelo y la tierra, teniendo que pedir permiso al tío, demonio de las minas, para entrar y salir del inframundo. Los mineros llevan cigarros prendidos y botellas de licor como suerte de peaje para las estatuas del diablo que resguardan las entradas de las minas. A mí me tocó aguantar la respiración ante los agentes de inmigración venezolanos y bolivianos, mostrando cartas del equipo, sellos burocráticos, uniformes, historias de los partidos, esperando que en su arbitrariedad nadie se antojara de mí. Las minas y las fronteras, lo sabe la mitología, tienen diablos compartidos.

Pero al llegar sabía que me tenía que enfocar en la tarea pendiente. No había cómo explicarles a los jugadores lo que

Venezuela estaba experimentando. Sabía bien que lo que fuese que sucediera en nuestro país era solo una anécdota para los fanáticos del Strongest, cuya única urgencia era ganar. Supongo que la guerra es como la emigración o el fútbol: cualquier descripción palidece en comparación con la experiencia vivida. El éxito futbolístico para el que teníamos toda la vida trabajando, con el telón de fondo de un país al borde de la destrucción, fue una perplejidad diaria.

Para colmo, en Semana Santa estaba con mi familia en Venezuela cuando me llamaron de Bolivia para informarme que Lino Alonso había muerto de un derrame cerebral. El genio que nos había formado a César y a mí, el que imaginó todo lo que estábamos viviendo, se despidió a su manera, sin avisar. Me tocaba viajar a Bolivia en esos días. Retrasé el viaje para esperar a César, que regresó con el féretro para enterrar a Lino en el Cementerio del Este. Allí iría varias veces más en el año. El fútbol y la muerte se solaparon todo el 2017.

A pesar de la muerte de Lino, que afectó al equipo, seguimos avanzando. En abril empatamos con Sporting Cristal en Lima y en mayo le ganamos otra vez, cinco a uno, en casa; en el campeonato boliviano íbamos de segundo lugar. Alejandro Chumacero, ídolo del equipo por haber militado desde niño en el club, despuntaba como *pichichi* de la Libertadores con ocho goles, uno de ellos espectacular, de media volea. Alejandro es una especie auténtica boliviana de futbolista; criado en La Paz, corre en la cancha como si el oxígeno no fuese una necesidad. Sin embargo, Chuma había sido de los jugadores a los que el dueño le había negado pagarle la totalidad de una operación de rodilla meses atrás. Por tres mil dólares se enemistó con un jugador que a finales de año se fue a jugar a la liga mexicana con un contrato de varios cientos de miles de dólares.

El 23 de mayo nos tocó el último partido de la fase de grupos en Bogotá, contra Santa Fe. Necesitábamos empatar para pasar a octavos de final. Tarea complicada estando de visitante contra un equipo con una historia reciente muy exitosa. Empezamos perdiendo uno a cero pero logramos empatarlo uno a uno consolidando una campaña de ensueño, en que llevamos al equipo a la instancia más lejana que ha llegado, además de romper récords de partidos ganados y goles anotados en Libertadores.

Para entonces ya había tomado la decisión de mudarme definitivamente con mi familia a Bolivia. A comienzos de junio jugamos la ida de los octavos de final empatando uno a uno contra Lanús en La Paz. El equipo me avisó que me contrataría a tiempo completo para el semestre siguiente. Regresé a Caracas con la vida cambiada pero con la ciudad encendida.

El 22 de junio, al final de una de las tantas protestas, un grupo de jóvenes *alebrestados* se quedaron en los alrededores de la base de aviación La Carlota. En una imagen grabada se ve como un guardia nacional le dispara a quemarropa a David Vallenilla, un enfermero de 22 años, hiriéndolo de muerte. Esa noche no pude dormir, con el dolor, la angustia y la rabia atorada en el cuerpo. Me quedé desvelado revisando noticias y redes sociales.

Me tropecé con el escrito de una colega que hacía años se había ido a Europa, que transmite bien la dimensión traumática de esos días:

Había noches en las que emigrar era una opción y no un mecanismo de supervivencia. Desde ayer 22 de junio dejé de sentirme inmigrante. Paso a sentirme exiliada. Ni aquel ladrón, que con una pistola me arrebató el carro frente a mi hija y sus amigas, logró arrebatarme el país. Pero ayer, el arma que mató a David Vallenilla me apuntó y me dijo «no vuelvas». Y yo le respondí: «soy diáspora y mi deber es florecer».

Gracias a esas palabras de Rosario Vásquez pude llorar y drenar la sensación de ahogo.

Ya mudado con mi familia a Bolivia definitivamente, viajé al partido de vuelta de los octavos contra el Lanús en que perdimos una a cero, terminando así nuestra participación en la Copa. A las semanas, luego de dos temporadas exitosas, el dueño del Strongest le avisó a César que le quería contratar de nuevo pero que tenía que rebajarle el sueldo: un despido indirecto. Por suerte, el hermano de César, Daniel, asumió la dirección del equipo y pude trabajar un semestre más, antes de quedarme yo también, junto al resto del cuerpo técnico, sin trabajo en diciembre de 2017. Cosas del fútbol. Soy uno más de una masa imprecisa de venezolanos que, junto a mi familia, busca establecerse en un lugar lejos de casa.

En los reportajes recientes que han salido de la emigración venezolana, Bolivia no aparece como uno de los destinos principales, sin embargo, es evidente que la presencia en La Paz se ha multiplicado. Mientras escribo esto, una nueva maestra venezolana de preescolar que emigró con sus tres hijos porque su esposo fue asesinado, comienza en el salón de mi hijo. Una nueva arepera abre a cuerdas de la casa, otra en la zona comercial de la ciudad; una publicista caraqueña graduada en el IESA ahora vende ropa hindú en la calle, reconoce y saluda a mi esposa; los nuevos entrenadores de varios de los esgrimistas de la selección nacional de Bolivia son también compatriotas.

El fútbol es solo otra manera de sobrevivir. Pienso en el escrito de Rosario para buscar aliento, como la nueva maestra de preescolar de mi hijo, como la señora que abrió la arepera, como el joven que entrega los zapatos en el *bowling*, como el hombre que se acercó a la cancha a ver si lo podíamos ayudar a conseguir trabajo: «nuestro deber es florecer».

PÁGINAS DEL EXILIO

PAOLA SOTO

Esa tarde, cuando mamá entró a mi cuarto, yo estaba acostada en mi cama individual. Entrecerró la puerta y al acercarse levanté la mirada para encontrarme con sus ojos negros en el camino. Le vi el gesto desmedido, como si ella ya supiera todo lo que estaba por pasar. No recuerdo exactamente lo que me preguntó, pero el trasfondo de su mirada en ebullición era uno solo: que si yo estaba segura, que si tenía idea de lo que estaba por hacer, lo que estaba por pasar. Y no, claro que no, pero torcí una sonrisa afirmativa.

Me fui de casa el 27 de mayo de 2016. Desde la más profunda verdad, mi razón no fue la situación del país. Dentro

de mí había un deseo a punto de tocar tierra como un huracán y en esta posibilidad se desató entero. Yo quería crecer, quería mirar el mundo de afuera para entender cómo funciona y cuáles son nuestros puntos en común como sociedad, cómo vive la gente, cómo puedo ser un instrumento útil. Recuerdo haber leído *El hambre* de Martín Caparrós por aquellos días y de allí aprendí una lección incómoda: que la ignorancia también es una frontera. Quería vencerlo todo. En la rutina de mi vida pequeña se me hacía necesario un cambio así de grande y por eso es que en ese entonces no lo vi, no entendía el miedo de mi mamá, ni la razón más lógica de todas, que de alguna manera también me estaba yendo a buscar algo que no encontraba en mi país.

Siendo de una ciudad pequeña, quizás el siguiente paso debió ser mudarme a la capital, pero en mis 24 años viviendo en Venezuela solo visité Caracas tres veces y en todas tuve miedo. El año en que emigré, el Observatorio Venezolano de Violencias reconoció extraoficialmente 3946 ingresos a la morgue de Bello Monte, en Caracas. Si dividimos esa cantidad por 365, mataron a once venezolanos al día por ese año. Si por casualidad mis estadías allá sumaran tres semanas en total, significa que mientras estaba de visita mataron a 231 personas. El Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal de México coronó ese 2016 a Caracas como la capital más peligrosa del mundo.

Eventualmente el país se conoció así en toda Latinoamérica.

Nunca me sentí segura en Venezuela. A donde iba caminaba con el gesto humillante del bolso por delante, del cierre hacia adentro, maquinaba escenarios posibles de violencia para tener respuestas preparadas: el dinero escondido en otro lugar que no sea la cartera, no abrir el bolso en la calle, para cualquier emergencia meterse en un centro comercial y sacar el teléfono allí, no ser presa fácil, salir siempre temprano para no volver tarde. No lo había entendido así pero esto también era un tipo de violencia. La calidad de vida en Venezuela fue haciéndose cada vez más ajustada hasta tocar el cuello y apretar, apretar.

Cuando Hugo Chávez llegó a la presidencia en el año 1999, yo tenía ocho años de edad. Durante mi vida no he visto ningún otro gobierno que no tenga que ver con su lineamiento político. Poco o nada recuerdo de Rafael Caldera,

el presidente anterior. Mi generación creció viendo la evolución del deterioro y creyendo que era normal. Según los adultos, esta actualidad venezolana no tiene precedentes, pero para nosotros no hay punto de comparación y eso hace que entre su realidad y la nuestra haya una brecha palpable.

Cuando miro la historia de Venezuela en retrospectiva, muchas fechas importantes se me nublan, por la inocencia de mi edad. Era imposible entender la gravedad de lo que sucedía alrededor. Yo percibía la angustia en las reuniones familiares, en las noticias de la televisión, en las conversaciones del colegio cuando mis amigas no entendían por qué sus padres, trabajadores petroleros, que pasaban la mayor parte del tiempo en la gran empresa nacional, empezaban a estar en casa, y no eran los únicos en el año 2002. No entendíamos qué era un paro petrolero, qué era Fedecámaras, por qué tomaron esta medida, para qué.

Recuerdo el terror de las cadenas nacionales, lo espeluznante que empezó a tornarse la musiquita del comienzo, la interrupción obligatoria en la radio y en la televisión, como si un rayo partiera tu programa favorito a la mitad. Crecí en escenarios difusos de despidos masivos, recuerdo lo que vino después de eso, el 11 de abril que vi por RCTV, el tercer canal fundado en Venezuela y al que no le renovaron más la concesión luego de transmitir cómo asesinaban a personas que marchaban. Recuerdo cómo todo se puso peor desde entonces, expropiaciones, mayoría parlamentaria, inflación, asesinatos, impunidad, lucha de poderes.

Crecer en un ambiente así te afecta en las cosas más directas de la edad, en mi caso la libertad empezaba a ser el miedo de mis padres, por ende mis horarios de salida fueron más cortos cada vez hasta el punto en el que mis amigos ya salían sin mí, en el que yo prefería quedarme para no negociar la hora de regreso, prefería el encierro como una analogía de la situación. Y eso, a los 17, a los 18, a los 20, deja marcas, es un tiempo que no vuelve, es una violencia que no te toca directamente pero igual te roba, te quita y te frustra.

Hacer mi maleta fue fácil, despedirme de todos fue relativamente fácil porque no entendía que me estaba despidiendo. El emigrante lleva una esperanza sin fin. En ese momento, cuando yo le decía adiós a todo y lo miraba desde la ventana del auto, desde la punta de la mesa familiar en la comida del domingo, desde la puerta de mi casa antes

de cerrarla, me fui pensando que volver sería así de fácil también.

Como fue un viaje planificado, pude pensar en destinos. Para entonces varios de mis amigos se habían ido del país, las reuniones comenzaban a ser para despedir a alguien, el tema de conversación era uno solo: ¿a dónde te vas?, ¿cuándo? Mi plan original era viajar a Ecuador, porque la ola migratoria venezolana es, a su vez, una creación de sucursales de confianza y tengo un buen amigo en Guayaquil, con las puertas de su casa abiertas. Pero la vida tiene una manera muy rara de hacer las cosas. En la espera de un trámite y otro, una de mis amigas me preguntó qué tal sería Buenos Aires para vivir. Tres meses después despedimos a nuestras familias en el Aeropuerto Internacional de Barcelona, pisamos Maiquetía por muchas horas y aterrizamos en Ezeiza el 28 de mayo del 2016, de madrugada, con un frío argentino para el que obviamente no estábamos preparadas.

Empezó a ser difícil con el tiempo. Es como enfrentar la muerte de algo, de alguien: al principio no duele porque no asimilas, ni siquiera extrañas —recién ayer estabas ahí— pero, cuando pasan los días y ves que no se repiten las situaciones que conoces, que nada se vuelve familiar, entiendes. Me comenzaron a afectar las obviedades del resto, me recordaba la necesidad de diferenciar el turismo de la supervivencia. Rememoro los paseos por calles tan distintas, me impresionaba ver la bandera albiceleste ondeando, alta, erguida y no me pasaba nada en el pecho más que respeto por lo que no es mío. Veía a la gente en la calle tan a su ritmo de capital, acostumbrados al caos, a respetar el paso peatonal, a la espera, a donar horas de su tiempo al tráfico adornado por expresiones tan argentinas que provocan envidia de desahogo.

Lo que pensaba de Buenos Aires se me rompió en las manos y me gustó, me dio mil perspectivas. La visión que se tiene desde afuera es únicamente turística y, si bien se siente por todos lados, me gustó encontrarme una ciudad humana, despojada de prejuicios y a su vez con restos de pensamientos conservadores; me gustó la naturalidad de su gente al decir y ser, la pasión por todo, el orgullo intrínseco, sus jacarandás, la humedad, el clima. A la vez, mientras algo me maravillaba por nuevo, me recordaba con los días todo lo que dejé.

El primer año siempre es duro, como cualquier independencia, se crece a los golpes. En esos días fueron pocos los

acentos venezolanos que escuché por la calle, pero han cambiado las cosas. Según estadísticas de la Dirección Nacional de Migraciones, durante 2016 y 2017 la llegada de venezolanos aumentó de 12.859 a 31.168. Para enfatizar la dimensión vayamos a grandes escalas: en el año 2007 se registró la llegada de 991 venezolanos, diez años después fueron más de 31.000. Venezuela es el tercer país con más extranjeros en Argentina, después de Paraguay y Bolivia.

En una consulta con la Fundación Identidad (venezolanos con visión de migraciones organizadas que se encargan de brindar información, apoyo y, de ser posible, redistribución en el territorio argentino), donde saben lo complicado que es conseguir estadísticas precisas de venezolanos en el resto de las provincias, me informaron que el 75% que los que llegan, residen en Buenos Aires. Ahora se escuchan más palabras por la calle como las que escuchaba cuando iba por mi ciudad, se acentúa el intercambio cultural en la gastronomía, los lugares, las relaciones. Vi la aparición de la harina pan para las arepas en muchos negocios, como la expansión del fuego, con la misma demanda, la misma urgencia.

Nunca había vivido en una capital anteriormente, por eso fue abrumador aterrizar aquí. Retomando aquella frase del libro de Caparrós, me sentí cercada por la ignorancia. Asomada por los vidrios del día, miraba servicios de transporte organizados (mucho más organizados de los que yo conocía) taxis con *wifi*, veía que todo se manejaba por aplicaciones, el desarrollo del turismo, el camino de las bicicletas, toda señal de avance cuando iba por las calles. Esos detalles me asombraban; me sentía mal por entender el trasfondo: estamos muy atrás.

Aquí aprendí a vivir sin control cambiario, a permitirme la libertad de ir a tomar un café tres veces por semana a un lugar afuera si lo prefería, aprendí a caminar por la calle con el corazón más tranquilo, a poder ahorrar para pagar un alquiler por mis propios medios, a pasar el trabajo necesario para disfrutar la recompensa de una vida, el progreso, la posibilidad de ir a lo que quiero y encontrarlo, y que el resto solo dependa de las ganas de cada quien. He visto devaluación, es cierto, el Instituto Nacional de Estadísticas mostró para el año 2017 que Argentina ocupó el segundo puesto de inflación más alta de América Latina. Venezuela, que ocupa el primer lugar, juega en una liga aparte. Para el año 2016

el dólar estaba en 15 pesos, a principios del 2018 va por 20. Se siente el aumento en todo: alquiler, comida, transporte, servicios. Se escuchan las quejas constantes de la población, se sabe la transición de un gobierno a otro, incluso hay conversaciones donde después de exponer la catástrofe venezolana responden: tal cual como aquí. Y no, tal cual no. Aquí se puede evolucionar, se puede vivir.

Hay heridas dentro de la situación actual de Venezuela que me cuestan pasar por alto, entre ellas las dos que más me duelen: la desconfianza entre el mismo pueblo y cómo se perdió la capacidad de soñar, de creer posible. Con punto de referencia o no, nadie quiere este rumbo para su patria, donde sus habitantes se dividen entre los que están presos, los que se mueren, los que se van y a los que matan. Todos los que venimos de ese vientre tricolor hemos visto cómo se pudre desde adentro. Fue acelerándose cuando había que hacer cola para comer, para comprar medicinas, cuando el dinero dejó de valer, cuando los productos dejaron de aparecer y se fue reduciendo la vida a la debilidad de los cuerpos que no comen o que deciden sacrificar una comida del día o todas para alimentar a quien aman. El compatriota empezó a ser el enemigo, el «uno nunca sabe» era el himno nacional, y los sueños empezaron a quedar lejos, los planes de progreso empezaron a cambiar: ya las generaciones de relevo no se preguntan primero qué carrera estudiar sino a cuál país emigrar al salir del colegio, sin importar la preparación psicológica que amerita construir de la nada, despedirse, huir, como sea huir, escapar.

Parte de mi generación emigra con culpa. Una de las cosas con las que se lucha al salir es el merecimiento. Hemos vivido toda nuestra vida en un régimen en el que no alcanza el dinero para nada luego de haber trabajado por horas, donde la promesa del progreso nunca se cumple; y de repente, al salir al mundo y verlo funcionando, se nos crea la duda de cómo lidiar con eso. Recuerdo en mi primer trabajo una conversación con mi jefe. Me hablaba del salario y del avance como una consecuencia normal de la vida: «Y bueno, para que eventualmente puedas comprarte un auto», me dijo. Comprar un auto es una idea que no se te cruza por la cabeza estando en Venezuela a mi edad, ni pagar un alquiler, ni hacer un viaje por placer. La independencia es económicamente inalcanzable. Entonces, al ver que la posibilidad

existe, se desata un asombro cavernícola que siembra la duda de si deberíamos darnos el gusto, aunque cueste llegar a ese sí como respuesta natural de causa y efecto.

Así debió ser la Venezuela de mis padres, en la que pudieron levantar la casa que tienen hoy, donde muchas empresas surgieron haciendo de Venezuela el país más rico y probablemente el más feliz del Caribe en alguna época. El de puertas abiertas para los inmigrantes, el que Isabel Allende cuenta en su novela, en el que mi familia trabajó como pudo para sostenerse al ser tan numerosa, en donde mis abuelos no durmieron nunca sin llenar la barriga de sus hijos costara lo que costara, y en el que luego podían sentarse en la silla más alejada del patio a mirarlos a todos grandes, independientes.

Seguro que Venezuela fue en algún momento el primer auto de mi padre, el primer colchón que compró junto a mi madre, aunque todavía pagaran la casa en cuotas, la felicidad de salir de las deudas, la decisión familiar de volver a endeudarse para mejorar la calidad de vida. Siempre que pierdo el norte estando tan lejos, revivo todas las historias que me han contado en su camino hasta la edad de ahora y los veo subir con sus logros a cuestras para llenarme de orgullo y no olvidar de dónde vengo. Cuando decido perderme en ese temporal de pensamientos me pasan dos cosas: la felicidad de saber que es posible porque ellos pudieron y el derrumbe de saber que este no era el final que esperaban. Como hija venezolana pesa mucho saber que nuestros padres no están en paz, que han nadado tanto que ni siquiera encuentran la orilla.

Lo más obvio de emigrar es la distancia pero hay muchas cosas ocultas allí, todo lo que no se dice. Cada paso de celebración tiene un lado B de frustración al no poder abrazar a mi familia. El tiempo no espera, nos vamos perdiendo momentos a la vez, ellos no me ven alcanzar metas, ni componerme de momentos que me hacen adulta. Yo no los veo vivir sus rutinas ni los espero en casa a la hora de volver, ni les hago comida ya para el cansancio. Ahora solo veo sus caras más largas en las fotos y aprendimos a reconocernos en la voz, en la pregunta temerosa de cómo están, de si tienen todo lo que necesitan, a escucharlos decir que por lo menos están vivos, sin que nadie se parta al darse cuenta de que la vida ha sido reducida al *por lo menos*, con la esperanza de que su amor de padres no me oculte nada para no alarmar a mi amor de hija.

Desde el exilio no es posible ganarle a la distancia pero se sobrelleva; se aprende a controlar los pensamientos claustrofóbicos al imaginar escenarios de catástrofe a donde no se puede acudir de inmediato si suceden. Se aprende a respirar entre los huecos de las familias rotas e incompletas sólo por instinto de supervivencia o por una manera muy propia de no desaparecer del todo. Hay que apoyarse en la tecnología, hay que confiar, hay que tener paciencia, fuerza y norte. El emigrante no sólo se fue de su país, se lo trajo todo dentro del cuerpo. Ahora que han pasado dos años desde aquel momento en mi cuarto atravesada por los ojos líquidos de mi madre, lo entiendo.

EL PAÍS QUE SE INUNDÓ DE VENEZOLANOS

MIREYA TABUAS

Cheo dice que las ve caminar y de inmediato lo sabe: «Ahí va una venezolana». Siempre atina. Asegura que es cierto ritmo, determinada actitud en cada paso, algo que luego confirma cuando detalla cuerpo y cara. Mi hija y yo también jugamos a eso: a descubrir venezolanos por las calles de Santiago. A veces es fácil: una gorra tricolor, una franela vinotinto. Así se delatan, como si llevasen la marca *made in* impresa. Otras veces son sus palabras las que los descubren: Un *coño* escuchado en el vagón atestado del metro, un *marica* oído en la conversación entre dos muchachas en la cola de Extranjería, un *chévere* en el supermercado, un *pana* en la ciclovía.

En este juego cada vez ganamos más puntos: mes tras mes los venezolanos somos más y, además, cada vez nos notamos más. En los últimos años, Chile se ha convertido en hogar de cientos de compatriotas que están diseminados por toda su alargada geografía. Si camino por el centro de Santiago, lo ratifico: siento que vivo en Venezuela.

Según datos de la Policía de Investigaciones de Chile, solamente en 2017 ingresaron al país 164.866 venezolanos como turistas. De estos «turistas» (entre comillas porque la mayoría no tenían precisamente la intención de vacacionar) solo 56.183 salieron del país. Es decir, por lo menos 108.683 se quedaron ese año en estas tierras.

El Departamento de Extranjería y Migración de Chile da cuenta de esa explosión demográfica de tricolores. En 2013, las solicitudes de residencia de venezolanos en Chile fueron apenas de 1542; sin embargo, tres años después el número se había multiplicado más de veinte veces: En 2016 fueron otorgadas 31.949 visas. Pero este número aún se quedó corto si lo comparamos con 2017 cuando, según informes de Extranjería, se entregaron 73.386 visas y los venezolanos pasamos, por primera vez, a encabezar la lista de solicitudes de visas.

En la actualidad, según datos oficiales, somos la tercera nacionalidad con más población en Chile, después de Perú y Colombia. Registrados, es decir, con el respectivo número de cédula de identidad, éramos, al 31 de diciembre de 2017, 134.390 personas. Pero aún faltan muchos que no han regularizado su estadía. Seguimos, pues, creciendo.

Mientras escribo estos datos me pregunto cómo podré retratar tantas vidas en unas pocas páginas. Son todas experiencias tan distintas, son todas emociones tan radicalmente diversas las que viven los venezolanos en Chile, que es imposible meterlas en el mismo saco: unos se adaptan tanto que a los dos meses aquí ya han incorporado, como muletillas, *po* y *cachai*; otros se niegan rotundamente a relacionarse con su entorno y solo comparten con venezolanos como en un gueto; otros más han aprendido a ser felices aquí, tomando lo mejor, sin perder su identidad. Pertenezco al último grupo, hasta los sismos se han convertido en parte de mi cotidianidad y, después de experimentar uno de grado 8 en la escala de Richter, ya no les tengo miedo. Vivo en un país que tiembla, un país con mal de Parkinson. Sin embargo, en este país me siento segura.

DECIDIR

¿Por qué tantos y tantos se vinieron a Chile? Si hacemos una encuesta nos encontraríamos con que este país fue para algunos una decisión meditada y calculada pero, para otros, fue un simple azar. Al parecer Chile se puso *de moda* entre los jóvenes; todos hablan de este país en las redes sociales, dicen que aquí se consigue visa y trabajo sin tanta dificultad como en otras partes. Casi ninguno habla del clima, de la comida, de su costa o sus montañas; pocos advierten del alto costo de la vida, que un recibo mensual de luz puede superar los 50 dólares o que un traslado ida y vuelta en metro equivale a dos dólares.

Lorena y César, arquitecta ella, ingeniero él, cuentan que investigaron la situación económica de varias naciones y concluyeron que el país sureño era el más estable: se fueron escapando de la crisis venezolana y no querían arriesgarse. Luis y Lucía vinieron por una razón más simple: aquí estaban viviendo sus hijos. Yoisbel, en cambio, no tenía ninguna referencia directa, solo los grupos de Facebook en los que se inscribió; no tenía idea del clima ni del costo de la vida, ni siquiera sabía qué documentos tenía que tener consigo para emigrar (y los trajo incompletos). Tampoco María Fernanda estaba al tanto de nada y viajó con sus dos hijos, pensando que la educación universitaria era gratuita y se decepcionó al saber que aquí todo se paga y no tenía los medios para que pudieran estudiar. A Rosa le impactó el tema de la salud, pues haber traído con ella a su madre enferma repercutió en su economía más de lo que imaginó.

Yo decidí irme de Venezuela por la inseguridad y la desconfianza que me producía el recién electo presidente Maduro. Quizás fui intuitiva, pues en 2013 ya preví que la crisis del momento era solo el inicio de una mayor. Chile fue mi opción porque lo conocía y porque aquí tengo unos amigos que son como mi familia. También decidí Chile porque el país me tendió la mano con una beca para hacer un magíster.

Santiago fue la ciudad de mi elección y, como yo, la de muchos. En la capital vive un 61,5% de la población extranjera en Chile. Sin embargo, los venezolanos comienzan a hacer vida en distintas regiones del país. Cecilia y Miguel, ambos profesores universitarios, se establecieron en Valdivia, al sur; Daniuska y Donny están en Valparaíso; otros se han ido a

Rancagua o a Concepción, al desierto de Atacama o a la congelada Punta Arenas. Desde Arica en el norte hasta la Patagonia en el sur, ya no hay región en la que no esté presente alguna pequeña comunidad de venezolanos.

Pero, insisto ¿por qué todos se han querido venir a Chile? Y asomo una razón: el gobierno de Michelle Bachelet abrió una puerta con la creación de la *visa por motivos laborales* que permitía a cualquier turista la opción de trabajar con solo presentar unos pocos documentos.

Sin embargo, el 9 de abril de 2018 representó un antes y un después en materia de migración en Chile: el presidente de la República, Sebastián Piñera, anunció un decreto de eliminación de esa visa, que era la más utilizada. El 16 de abril comenzó una modalidad diferente de entrada al país pero añadió una opción especial para los venezolanos: la visa de responsabilidad democrática, que solo se puede solicitar desde el Consulado de Chile en Venezuela.

LLEGAR

Como muchos, arribé a Chile en avión, en 2014. Una amiga me compró desde el exterior los boletos aéreos en dólares, y luego se los pagué. Aunque ya la principal línea aérea chilena no volaba desde Venezuela, aún había otras aerolíneas que hacían el vuelo Caracas-Santiago. Al pisar la capital, temí que mi novio Cheo, que solo había vivido en Margarita y Caracas, rechazara el frío y ese olor a humo de ciudad contaminada que tiene Santiago. Pero al día siguiente de la llegada, una amiga le prestó una bicicleta y recorrió con ella la urbe. La experiencia fue de amor a primera vista.

También Lorena y César llegaron a Chile en avión. Se alojaron en la casa de los padres de ella, que habían llegado dos años antes. Ellos, que vivían en un amplio departamento en la costa venezolana, por tres meses durmieron en un cuarto pequeño y húmedo donde apenas cabía una cama, convivieron con una ruidosa lavadora y más de una vez recibieron la visita de una de las temidas arañas del rincón. Sin embargo, se sintieron reyes al ver por primera vez en mucho tiempo un supermercado repleto; al poder, finalmente, salir de noche sin temor; al recibir su primer salario que multiplicaba, por mucho, cualquier sueldo obtenido en Venezuela.

Jorge y Juan también llegaron en avión desde el caluroso Maracaibo y se instalaron en la sala del pequeño apartamento de una amiga. Los primeros días durmieron en el piso; una semana después alguien les regaló un colchón. Estaban congelados por el invierno santiaguino y se abrigan solo con una suma de franelas y camisas unas sobre otras, pero un paisano les regaló unos viejos y enormes abrigos. Ese día lloraron.

Ninguno de nosotros sabía que nuestro viaje fue privilegiado.

A partir de 2015, la vía terrestre comenzó a ser la ruta más utilizada para venir a este país, no solo por las pocas líneas aéreas sino también por el precio. Los primeros que lo hicieron contaban su odisea en Youtube y en los grupos de Facebook y comenzaron a convertirse en una suerte de *influencers* con cientos de seguidores dispuestos a imitar sus pasos.

Pero la tragedia de un bus que se accidentó en octubre de 2016 en el norte de Chile, con varios muertos y heridos de gravedad, mostró una tendencia que hasta entonces había pasado desapercibida por los medios: en ese viaje, la mitad de los pasajeros eran venezolanos. Pocos meses después de esos primeros periplos comenzó una oleada de viajeros en bus tan masiva que ya las historias dejaron de ser noticiosas.

Yoisbel, por ejemplo, nunca había salido de Margarita. Llegó, luego de siete días de carretera y más de 7000 kilómetros recorridos en autobús, a Santiago de Chile. Su viaje la llevó por Colombia, Ecuador y Perú, cambiando de autobús en cada país, comiendo a medias lo poquito que llevó en su bolso de mano y cuidando, eso sí, de su higiene: en cada terminal se bañaba, gastando algo de su escaso presupuesto. Su novio la esperó en el terminal de Santiago, la llevó a la habitación que logró arrendar para recibirla. Fue él quien la refirió para su primer trabajo. Ella, que nunca había probado la comida japonesa, está ahora haciendo *sushi*.

José Gregorio también llegó por tierra, solo que él no tenía nadie que lo esperara ni tenía la menor idea de cómo era este país. Solo necesitaba huir de Venezuela y le recomendaron que Chile sería un destino solidario con su situación de perseguido político. Su salida por los caminos verdes lo llevó a un periplo por varios países. Pasó hambre, narró; tocó fondo, reconoció. Llegó a Santiago sin dinero y tuvo que dormir

una noche en un parque. Hoy comparte departamento con otros venezolanos, creó un portal de empleo y fue uno de los primeros en obtener visa de refugiado.

También por tierra han llegado últimamente muchas familias completas, incluso con personas mayores o con niños muy pequeños. Jaimily, por ejemplo, pasó los siete días de viaje entre Barquisimeto y Santiago con su niña de tres años sentada sobre sus piernas, pues solo tenía dinero para pagar un pasaje. En la frontera, cuando le sellaron la entrada, Jaimily dice que comenzó a respirar, que cesó la taquicardia y que se puso a llorar.

Sin embargo, no todos los que quieren emigrar a Chile lo logran. Durante el año 2017 fueron devueltos 1241 venezolanos y durante los tres primeros meses de 2018 fue impedida la entrada al país de otros 541 paisanos, según datos de la Policía de Investigaciones de Chile. Los venezolanos son los extranjeros que más han sido devueltos en los últimos dos años, sea porque no tienen los documentos o porque intentan ingresar por rutas irregulares.

TRABAJAR

Escribo esta historia (bueno, parte de ella) desde un café. En la mesa contigua escucho el *soy caribeña* (gritado) de una venezolana que se ha citado con un chileno para que la asesore en su currículo. El mesonero que me ha atendido también es venezolano y, según me cuenta, son compatriotas también el cocinero y el que lava los platos. El mesonero me dice que él es ingeniero civil pero que aún no ha encontrado trabajo en su profesión. No está angustiado por eso, confiesa, porque con su trabajo y el de su novia puede pagar un pequeño departamento, traslados, comida y enviar algo de remesas a sus papás en Venezuela.

Días antes, en un local de comida, conocí a Daniela, otra profesional que no reniega de freír papas todo el día, mientras reúne dinero para traerse a su pequeña hija de tres años.

Félix López, un docente universitario que trabajaba en Starbucks, *saltó a la fama* luego de que una chilena publicó en las redes sociales su historia, comentando: «Ojalá llegaran más personas como don Félix a enseñarnos con su humildad que el trabajo dignifica. Señores, los extranjeros no

nos quitan los trabajos». Fui a buscar al profesor López a ese Starbucks poco después del *boom*: ya no estaba allí, había sido contratado en otro lugar.

No hay una historia única, entonces. Nuevamente, no sé si es posible contarlos a todos. Hay éxitos y hay fracasos en materia laboral. Por ejemplo, a Fernando, un reconocido periodista deportivo, le tocó hasta lavar baños antes de conseguir un empleo temporal en su profesión. Wendy, una dentista que tenía su propio consultorio en Venezuela, está como recepcionista en una clínica odontológica, y mira con nostalgia el instrumental que ahora no puede tocar. En mi caso, puedo decir que mi labor es muy lejana a la estabilidad que tenía en Caracas. Ahora soy *todera* y atiendo mil frentes: edito una página web, doy clases en la universidad, dirijo talleres literarios y, si me tocara cuidar niños o hacer tortilla española para vivir (como una vez pensé), pues lo haría. El *chip* migrante te cambia.

Si bien muchos profesionales han encontrado puesto inmediatamente en sus campos laborales (Laura y Gabriela en publicidad, Indira en medicina, Juan en diseño editorial), muchos otros trabajan de *lo que sea*. Esta es, sin duda, la labor más popular entre mis coterráneos en Chile. De hecho, eso lo escribí hace un año en un artículo llamado «Esos jóvenes migrantes venezolanos», que se hizo viral. Intenté reflejar lo que veo: todos —casi todos— los garzones en Santiago son ahora mis paisanos, como también muchos dependientes de tiendas, recepcionistas de hoteles, choferes de Uber y hasta las voces de los *call centers* tienen nuestro cantadito. El otro día, por celular, intentó venderme una promoción un muchacho con claro acento maracucho, que reconoció mi entonación caraqueña. Nos saltamos los protocolos típicos de esas llamadas, nos tratamos de *paisanos* y me deseó tanta suerte como yo a él.

Pero ya va. Stop. También nuestros coterráneos empiezan a ocupar importantes puestos en empresas de renombre aquí en Chile. Hace unos días me sorprendí cuando, en un evento sobre Blockchain, la vocera por IBM era una joven venezolana que estudió en la Universidad Simón Bolívar. Otro día, viendo en Internet los integrantes de una interesante *startup* de tecnología vi un rostro que aseguré que no era chileno y, al mejor estilo del juego de adivinanzas que tengo con mi hija, atiné: un venezolano.

Pero quizás los profesionales que han tenido más visibilidad sean nuestros médicos. Según cifras del Ministerio de Salud, en los hospitales de todo Chile trabajan 834 médicos extranjeros y, de estos, 646 son venezolanos (77%). Entre 2013 y 2016, el número de médicos venezolanos creció a una tasa de 140% anual. Pero aún hay muchos que no están insertos en el sistema: según el diario *El Mercurio*, solo el año pasado llegaron 1600 médicos venezolanos a Chile y no todos trabajan en su área.

La mayoría de nuestros médicos han logrado insertarse en regiones fuera de la capital. Al sur, en el hospital de Puerto Montt, trabajan 64 médicos extranjeros, casi todos venezolanos. También bien al norte, el hospital principal de Antofagasta tiene 200 médicos extranjeros, 80% venezolanos, los cuales representan la mitad de su personal. Los éxitos de los profesionales de la salud han sido varias veces reseñados en prensa, pues son los extranjeros que mejores calificaciones obtienen en el Examen Único Nacional de Conocimiento de Medicina (Eunacom), que es la prueba que les permite ejercer en el país.

Uno de los nombres que hizo conocido es el del médico Francisco Arocha, profesor jubilado de la Universidad de Zulia, quien este año fue elegido para ser director de la recién creada Facultad de Medicina de la Universidad de Atacama. A la prensa declaró: «Existe un respeto muy fuerte por el médico venezolano».

Me encanta enterarme de lo que están haciendo muchos venezolanos en Chile en áreas como la astronomía (Yara Jaffé), la literatura (Cecilia Rodríguez y Daniuska González), el teatro (Vladimir Vera y Fedora Freites), la publicidad (Eleazar Briceño), la arquitectura (José Ignacio Vielma), la gastronomía (Sumito Estévez)... Son tantos que no me caben los caracteres para nombrarlos acá. Se me escapan nombres y lo voy a lamentar.

En las regiones son muchos los campesinos venezolanos que se han sumado a la cosecha en campos muy distintos a los suyos. En el sur reportan la presencia sobre todo de merideños, trujillanos y tachirenses, pero también hay algunos orientales laborando en la región central. Y junto con verdaderos campesinos, hay aprendices, ciudadanos que nunca en su vida habían tomado un arado y ahora se afanan en trabajar la tierra.

EMPRENDER

Chuar es diseñador gráfico. Al poco tiempo de llegar a Santiago consiguió trabajo en su área, pero sintió que le pagaban poco y lo explotaban. Entonces decidió independizarse y explotar un talento heredado de su abuela: la lectura del tarot. Ahora tiene una cartera de clientes en todo Chile.

Al igual que él, no todos esperan por un empleador, sino que han empezado a construir desde aquí sus propios proyectos.

La familia Hurtado, por ejemplo, vivía en San Juan de Los Morros, donde tenía un pequeño local. Migraron a Santiago y abrieron un restaurante venezolano que se ha hecho muy popular: Papelón Sabroso. En un año ya tienen tres sucursales. Sus hijas, Reveka y Rakel, llevan las redes sociales y han convertido la marca en un símbolo.

Sin embargo, no es el único ícono gastronómico venezolano en ese país. Es solo uno de los aproximadamente sesenta emprendimientos formales en el área de la comida. Hay varios restaurantes venezolanos en el centro de la capital, en Providencia, en Las Condes, en zonas turísticas como barrio Italia. También los hay en otras regiones, y hasta en una ciudad pequeñita del sur, Villarrica, me topé con un local que lucía la bandera de las ocho estrellas.

Además, los venezolanos han empezado a producir esos alimentos para nosotros imprescindibles: nuestros quesos. Hace unos años solo había una empresa que hacía quesos venezolanos y los distribuía con *delivery*. Ahora le ha salido una enorme competencia y ya no solo hacen todo tipo de quesos, sino también nata. Ah, y hasta hay unos emprendedores que están haciendo un equivalente al diablito.

Se consigue queso venezolano en muchos locales del centro y también en La Vega, el mercado mayor, donde además hay un área que se ha ido llenando de venezolanos que venden arepas recién hechas, kolita y malta. Uno de los puestos (el primero y más famoso) tiene un letrero que reza: «Aquí se habla mal de Chávez». No falta el venezolano que se tome fotografías y es tan popular que ha salido varias veces en la televisión. El puesto —lo han contado varias veces— surgió gracias a una historia de amor entre una chilena y una venezolana, quienes son ahora socias del local.

Pero los emprendimientos van más allá de la comida. En

el área de la moda y accesorios algunos de los más sonados son Gala Gabriela, CCK, Cachai Pop, Gabriela Designs, Ivoma, Natalia Ferro y La Tiendita. También algunos colegas han creado medios de comunicación dirigidos a la comunidad migrante, entre otros, Radiochévere y El Vinotinto.

Hay también quien hace *pasapalos* para las fiestas, fabrica piñatas y tiene un grupo de payasitas Nifú Nifá; quien organiza rumbas; quien, en diciembre, vende *hallacas*, ponche crema casero y ensalada de gallina, aunque gran parte de los venezolanos prefieren hacer en casa su propio plato navideño —hasta los que nunca tocaron la cocina, ahora le piden a la abuela recetas por Skype—.

Las redes sociales han ayudado a muchos de ellos, que se anuncian por Instagram o a través de esos famosos grupos de Facebook donde todos los venezolanos terminan peleando. Se promocionan las que maquillan y hacen uñas a domicilio, los que hacen franelas coloridas para los que estén aburridos de los colores neutros, los tatuadores, los que venden Pirulí y Toronto, los que hacen mudanzas, los odontólogos que hacen limpiezas dentales a bajo precio en consultorios no registrados, los que montaron guarderías, los que cambian pesos por bolívares. Se dice que estos últimos son los que tienen el negocio más rentable.

Pero hay aún más. A todo eso se suma lo que es una realidad que ya no podemos tapar: la economía informal. Varias calles del centro de Santiago están repletas de vendedores de arepas, empanadas, chicha, papelón con limón y pare de contar. Hasta he visto vender arroz chino «a la venezolana». A veces, uno tras otro van anunciando sus productos, todos con su bandera tricolor. Y ya se han hecho superfamosos unos *maracuchos* que venden en un carrito de la calle patacones, pepitos, hamburguesas y perros calientes, con las doscientas salsas, igualitos a los de cualquier puesto callejero de Plaza Venezuela o Las Mercedes.

VIVIR

Estamos en otoño. Hace frío, aunque —señores, prepárense— aún no empieza el verdadero frío. Sin embargo, muchos venezolanos se quejan de que ya están helados y añoran el calorcito del trópico. Los que vivimos en Santiago (al menos

yo) también añoramos la lluvia, la guayaba, el ají dulce que nadie ha podido cultivar aunque muchos lo han intentado. Por suerte, hay plátanos en La Vega.

Sin embargo, y aunque la cordillera nevada puede compensar la visión del Ávila para los caraqueños o del pico Bolívar para los merideños, para algunos vivir en Chile ha resultado lo mismo que vivir en Venezuela. ¿Por qué? Pues por los edificios.

La mayoría de los venezolanos habitan en el centro de Santiago, en enormes torres de 30 pisos o más y más de 300 departamentos todos arrendados a connacionales. Algunos amigos me cuentan que en sus edificios hasta los vigilantes son venezolanos.

En realidad, estos inmuebles dan para una crónica ellos solitos. Siempre he dicho que algún día la voy a escribir. Aquello de la economía endógena de la que tanto hablaba el chavismo se ha concretado en estas enormes unidades habitacionales, donde es posible conseguir de todo sin salir. El edificio de Lorena y César, como todos los del centro, tiene piscina, lavandería y gimnasio y en todos sus espacios conviven con gochos, orientales, maracuchos, guaros y caraqueños. Además, entre todos los residentes crearon un chat de WhatsApp comunitario, donde está quien vende empanadas fritas recién hechas, chocolate Savoy, Susy y Cocossette o marquesas de chocolate, hasta quien ofrece dar masajes o planchar la ropa.

Todos los que viven en los edificios del centro tienen anécdotas de la convivencia con sus paisanos: están los que cuentan que no pueden dormir por las rumbas a toda hora, los que dicen que escuchan todo lo que hablan sus vecinos de ventana a ventana y hay hasta una leyenda, que ya se narra en varios edificios, de una maracucha que decidió hacer *topless* en una piscina ubicada en el último piso.

Aprender a vivir en el nuevo entorno ha sido, para muchos, más fácil en grupo: por eso sus vecinos son ahora sus compadres, con ellos celebran cumpleaños y navidades, mientras por Facetime le mandan abrazos a sus familias de sangre. Hay grupos de ciclistas venezolanos que se reúnen para hacer rutas juntos. Hay también organizaciones de madres, que emprenden actividades para sus hijos, se pasan datos, se apoyan y alientan. Hay agrupaciones que bailan joropo y conozco al menos dos muchachos que han armado

sus grupos musicales, en los que experimentan con el cuatro. También los músicos provenientes del Sistema de Orquestas han armado tríos o cuartetos. Sé que hay un equipo de beisbol de venezolanos pero no tengo ni idea de dónde practican. Sé que hay gente que se reúne los domingos para jugar bolas criollas o hacer una caimanera. No faltan quienes se juntan en diciembre para hacer un mensaje de Navidad al mejor estilo RCTV.

AYUDAR

Los venezolanos en Chile se agrupan también para ayudar. Nos hemos convertido en aliados, en manos amigas. De esta manera muchos quizás paliamos la angustia por nuestro país y también nos sentimos un poco allá. Somos una tribu de migrantes en duelo constante y por eso intentamos cambiar lamentos por acciones.

Por ejemplo, Luna.

A Luna Ramírez la conocí apenas arribó a Chile. Esta educadora, proveniente de la región central de Venezuela, no tenía ni siquiera cédula y ya estaba ayudando. Relata que en 2017, cuando vino, se sintió devastada por dejar el país en plena crisis. Intentó ayudar enviando insumos pero se le hacía cuesta arriba por los controles del gobierno y entonces decidió apoyar a los que estaban llegando, muchos en condiciones realmente paupérrimas. Su primer proyecto fue un ropero solidario, luego ha hecho recolección de comida, de útiles escolares y hasta ha organizado paseos para los niños. Creó así la Red de Apoyo Solidario, que cada vez cuenta con más miembros: los casos que ha asistido son conmovedores, desde familias con niños con cáncer que vinieron sin un céntimo al país, hasta personas que vivían hacinadas en pensiones y perdieron todo en un incendio. En la última jornada de entrega de ropa de invierno, a pesar de las múltiples donaciones, por la masiva asistencia los abrigos se agotaron en pocas horas. ¡Somos tantos!

Pero Luna no es la única que ayuda. La organización Somos Huellas se encarga de hacer eventos de todo tipo para enviar remesas a Venezuela. Además, un grupo de empresarios venezolanos creó la organización Inmigrante Feliz para otorgar apoyo psicológico a los que llegan. Otra agrupación

llamada Regalando Sonrisas sale a repartir comida a las personas en situación de calle en Santiago y también reúne fondos para enviar al país.

Los periodistas no nos quedamos atrás, también nos organizamos, y en 2017 emprendimos la campaña «¿Por qué protestamos los venezolanos?» para dar a conocer la situación de Venezuela a los chilenos. Repartimos en el metro cientos de marcalibros con cifras y datos de lo que ocurre en nuestra tierra. Nuestra iniciativa fue replicada en varios países.

Cada vez hay acciones más contundentes. En 2018 se creó la Asociación de Venezolanos en Chile, la primera organización con figura legal que tiene una vocería ante los organismos chilenos. El joven estudiante de Derecho Luis Zurita es el presidente. Según sus cálculos, en Chile ya hay más de veinte organizaciones registradas de venezolanos, la mitad en Santiago y las otras en las diversas regiones. Así, unidos de algún modo nos fortalecemos.

El perfil de los migrantes venezolanos en Chile, sin duda, ha ido cambiando: entre 2014 y 2016 la mayoría eran jóvenes profesionales, que contaban con un resguardo de dinero que les permitía arrendar algún pequeño departamento o habitación, alimentarse y pagar los costosos pasajes mientras encontraban algún empleo temporal.

Pero en 2017 Chile se desbordó de venezolanos que ya no encajaban en el mismo perfil. Junto con los jóvenes también llegaron padres, niños, viejos, estudiantes con su carrera sin terminar, técnicos, obreros, personas sin ninguna instrucción. Todos desesperados y confusos, todos huyendo del horror que estaban viviendo en Venezuela. El proceso para la obtención de visas se hizo cada vez más lento, los empleos ya no se conseguían tan rápido, y muchos venezolanos, sin respaldo de dinero ni familia, se encontraron en situación precaria, incluso algunos llegaron a estar en la indigencia.

Y esas historias que no queremos oír, esas a las que tememos, también comenzaron a aparecer en los medios. En 2017 todos nos conmovimos con el caso de una joven venezolana asesinada por su novio en un ataque de celos. Este año muchos medios titularon con la captura de una banda de delincuentes venezolanos llamada los Motoclocks, que robaba relojes de marca utilizando las motos para escapar (un delito desconocido en Chile, donde casi no se utilizan las

motos). Muchos fueron los venezolanos que condenaron el hecho a través de las redes sociales: «Deporten a los malos», «nosotros nos fuimos huyendo de la delincuencia», «No somos así», fueron algunos de los comentarios que leí. Como muchos, yo también me asusté. Huimos de una violencia que no queremos revivir aquí.

CONCLUIR

Tengo cuatro años en Chile, creo que ya lo dije. Hay quien me preguntó una vez por Facebook que si me creía chilena. Le dije que no: me siento más venezolana que nunca, pero a la vez me voy sintiendo que soy parte de este país. No soy chilena de sangre, lo sé, pero soy algo así como una pariente por afinidad que se va amoldando a la nueva familia. También Cheo, mi novio margariteño (ahora mi esposo), que nunca había viajado al sur, siente que es parte de esta tierra. Mis hijos han hallado aquí calma y oportunidades. Y mi perro, Minos, siempre sabe que hay un parque para él.

Hemos empezado a adoptar este vocabulario. Ya llamamos palta al aguacate, frutilla a la fresa, zapallo a la auyama. Digo cuico en vez de sifrino, digo fome en lugar de aburrido, pero siempre, siempre, siempre digo *chévere*.

Cuando uno está en Chile también aprende que aquí la sal no sala tanto y el arroz hay que hacerlo de una vez con agua hirviendo porque, si no, queda pegajoso. Y aunque no hay ají dulce, hay merquén; y como no hay pan canilla, he descubierto los encantos de la marraqueta. ¿Que no hay cerveza Polar? No importa, dice Cheo, porque están las maravillosas cervezas del sur y la increíble variedad de vinos.

Comemos *sopaipilla* y pastel de choclo en casa de amigos chilenos y nos enorgullecemos en haber hecho que muchos chilenos prueben por primera vez una arepa, una cachapa o una hallaca en nuestra casa, famosa por sus *arepazos*. En nuestras reuniones, chilenos y venezolanos nos sentimos más afines de lo que nunca sospechamos y hasta hemos construido un grupo, el Círculo de la Palabra, que, mes a mes, comparte su pasión por artes y letras.

Quienes, como yo, hemos podido mirar cara a cara al Pacífico sabemos que no es el mismo mar nuestro, que este es oscuro, frío y violento, pero no por eso menos bello; que uno

puede ir a la playa con *sweater* y pantalón largo y disfrutar por horas del azul profundo del agua, sin necesidad de hilo dental ni bronceador. He aprendido que los ríos y lagos del sur son helados, pero cuando me he atrevido a sumergirme sé que nadar es aquí otra experiencia.

Ahora que estoy tan lejos de mi casa, descubriendo una nueva vida, también sé que yo me he reinventado y soy otra, una que puede vivir alegre y triste a la vez, nostálgica y sorprendida.

Dejo en este relato pinceladas de historias, de cifras, de sentimientos, de vivencias, pequeños trazos desordenados de este Caribe que se va mezclando con el Pacífico. Sé que la historia de la migración venezolana en Chile y mi propia historia migrante están inconclusas porque aún ahora es que se empiezan a narrar.

NUNCA PENSÉ EN VIVIR AQUÍ

MARU RODRÍGUEZ

El 8 de enero de 2015 aterricé en el Aeropuerto Internacional de Tocumen, en la ciudad de Panamá, consciente de que a partir de ese momento comenzaría a escribir mi segunda historia como emigrante. La primera la viví en Madrid, hace ahora diez años. Ese día recordé que mi papá, a los 15 años, se montó en un barco rumbo a Venezuela desde España, y aunque nunca me contó todos los pensamientos que tuvo durante un mes encerrado en ese barco, presiento que pudieron haber sido similares a los míos. Ahora que ya no está en este plano, me arrepiento de no habérselo preguntado.

La ciudad de Panamá es cálida y contrastante. Se debate orgullosa entre modernos rascacielos y edificaciones antiguas ubicadas cerca del mar. Su tráfico denso parece diluirse con las increíbles puestas de sol. A pesar de ser una urbe de dimensiones pequeñas, resulta distante. Algunos dicen que, por estar rodeada de agua, es variable e impredecible.

Mi historia en el istmo comenzó como la de muchos. Nunca pensé en vivir aquí. Mi hermana y su familia decidieron mudarse para acá en el 2010 y, un tiempo después, me convencieron de que me viniera. En esa época muchos estaban optando por establecerse en Panamá. Las razones eran casi siempre las mismas: cercanía, posibilidades de negocios, culturas similares y una economía sólida. Para ese momento se estima que residían en el país unos 25.000 venezolanos. Cifra que apenas marcaba el inicio de la inmensa oleada de compatriotas que llegarían a instalarse en territorio panameño.

Cuando ocurren estos fenómenos migratorios se produce la salida abrupta de todo tipo de personas. La mayoría llegan con la intención de establecerse legalmente y comenzar una nueva etapa, pero hay otros que no. «Los venezolanos hemos venido como los lotes de ropa en remate, hay piezas bonitas y otras horrendas», asegura Silvia, quien tiene cuatro años viviendo aquí. Cuenta que si bien es privilegiada por tener doble nacionalidad panameña, también le costó adaptarse. Extrañaba la calidez en el trato, que contrastaba con la forma de ser del panameño, más distante. Para compensar esa falta empezó a reencontrarse con amigos del pasado y a establecer nuevos lazos afectivos. Casi todos venezolanos.

Y es verdad que, en un primer momento, uno busca agruparse con los compatriotas porque cree que hay una solidaridad casi consanguínea. Los primeros meses son los más duros. Uno siente angustia, desolación y sinsentido. Se aferra a los recuerdos, añora a los amigos y tiene miedo al futuro. Yo lloraba muchas noches y dormía poco. Deambulaba por las calles y todo me parecía abstracto. No encontraba una motivación que me impulsara a salir adelante. Me sentía agobiada escuchando las estrategias sobre adaptación que compartían conmigo algunos conocidos. Todos coincidían en que lo mejor era reunirse con venezolanos.

La estrategia era siempre la misma. Punto de encuentro: restaurante Los Venezolanos. Entre comida típica y música llanera transcurrían las reuniones, en donde casi siempre se

hablaba de emprendimientos y posibilidades de negocios. Todos mostraban un optimismo excesivo que, con el tiempo, se iba desvaneciendo. La sensación era como seguir en Venezuela.

Y, eso, francamente, no me gustaba.

También sugerían que enviara mi solicitud para que me incluyeran en la *lista de Dafne*, que era una red de contactos de venezolanos en Panamá a través de la cual, regularmente, enviaban vacantes, datos de alquileres e información de interés. Dafne Gutiérrez cuenta cómo surgió la idea.

Llegué a Panamá en 1999. Me vine por una excelente oferta de trabajo en el área de sistemas. Extrañaba mucho a mi país, así que comencé a conectar con compatriotas y a realizar actividades sociales. En esa época éramos pocos. Yo siempre era la encargada de hacer la lista de asistentes y así, en el 2003, nació la *lista de Dafne*. Pensé que podía ser un canal efectivo de ayuda para todos los que llegaban al país. Hoy, 19 años después, la sigo manteniendo.

Semanalmente recibía noticias de amigos que llegaban a Panamá. Venirse no era tan complicado. Para entrar al país sólo exigían 500 dólares en efectivo y pasaje de retorno. La estadía máxima como turista era de seis meses. Muchos se iban por tierra a Costa Rica a sellar su pasaporte para extender por seis meses más su estadía. Algunos jamás pensaron en tramitar su legalidad, nada más se enfocaban en generar ingresos para sostener a su familia en Venezuela. Enviar cajas con productos básicos se volvió parte de la cotidianeidad. La emoción de nuestros familiares al recibir el paquete siempre compensaba el esfuerzo. Muchas veces lloraban de alegría al recibirlo. Y nosotros, al escucharlos.

Si bien existía la posibilidad de permanecer como turista por un amplio lapso de tiempo, los que venían pensando en la posibilidad de quedarse, se encontraban con una limitante. En el país existen 56 carreras que únicamente pueden ser ejercidas por panameños o naturalizados, esa normativa vigente representó un freno para el ejercicio profesional de un alto número de venezolanos. Era común escuchar historias de médicos limpiando en autolavados, ingenieros sirviendo en cafeterías, odontólogos atendiendo *call centers* y también, claro, casos exitosos de inversionistas y emprendedores que

optaron por generar fuentes de trabajo. «No existe ninguna intención de este ministerio, ni del gobierno nacional, de levantar la restricción a profesiones que están limitadas a panameños», señaló Augusto Arosemena, ministro de Comercio e Industrias, a mediados de 2017.

En mi caso, por fortuna, debido a que poseo doble nacionalidad española, mi condición migratoria rápidamente pasó al estatus de residente permanente con permiso de trabajo indefinido, gracias al Convenio de Países Amigos. Y en cuanto al ejercicio de mi profesión, encontré trabajo en un área que es compatible con mi formación académica. En ese sentido, he sido privilegiada.

Cuando uno emigra a Panamá, conseguir dónde vivir presenta una odisea. En mi experiencia, más allá de la selección de la zona, lo que más me costó fue encontrar personas afines con quienes compartir mi vida. Cuatro hombres fueron mis primeros compañeros de apartamento; uno de ellos, panameño. Tuve año y medio de convivencia armoniosa en la que, entre otras cosas, aprendí de gastronomía y costumbres del país. Nos convertimos en una familia solidaria.

Fue una época de reflexiones y aprendizajes.

Vivía en una habitación mínima, sin clóset y con una cama pequeña. La ropa y las cosas las mantuve entre maletas y cajas debajo de la cama. Allí me cuestioné qué era lo verdaderamente valioso en un ser humano: ¿Sus cosas? ¿Sus principios? Y luego de pensar mucho me di cuenta de que los recursos para sobrevivir estaban dentro de mí. Lo demás era temporal. Y aprendí a no aferrarme a nada.

En ese momento escuchaba muchas historias de conocidos que compartían habitación con varias personas, se alimentaban mal y vivían en condiciones extremas. Entonces de nuevo me di cuenta de que era privilegiada.

No conforme con que mi vida era mucho más confortable que la de otros, el edificio en donde residía estaba prácticamente inmerso en el Parque Recreativo y Cultural Omar. Este se convirtió, en poco tiempo, en mi segundo hogar.

Allí, en medio de mis caminatas diarias, comencé a escuchar con fuerza relatos sobre episodios de xenofobia. La mayoría estaban asociados a comentarios realizados por particulares a través de las redes sociales que, posteriormente, por la excesiva exposición de los medios, se volvían tema de conversación en la calle. En ese momento tenía miedo de

ser identificada por el acento. «Yo he dejado de hablar en los taxis para que no se den cuenta de que soy venezolana y así evitar discusiones o maltratos», cuenta Rosa, quien lleva casi tres años viviendo en la capital. Si bien ella nunca ha sido víctima directa de ningún incidente, piensa que aquí existe una falta de empatía y solidaridad. «Ellos sienten que uno vino a quitarles algo», aclara.

La fuerte presencia de venezolanos en casi todos los ámbitos de la cotidianeidad generó cierta resistencia de los panameños, que nos percibían como *invasores*. A eso le sumamos la prepotencia de algunos de los recién llegados que, con su comportamiento, generaron rechazo. Eso sí, cada vez son menos las historias asociadas a este tipo de experiencias, posiblemente porque el gobierno de Juan Carlos Varela ha impuesto, a partir del 2017, importantes frenos a la migración venezolana.

En marzo de ese año se prohibió el acceso de venezolanos desde Costa Rica, eliminando así la posibilidad de ir al país vecino a sellar el pasaporte para ampliar la estadía en territorio panameño. Unos meses después, en junio, por medio del decreto n.º 269, anunciaron que se establecía un período de noventa días de permanencia en Panamá a turistas de Venezuela, Nicaragua y Colombia. Y en agosto hicieron público que a partir de octubre sería indispensable poseer visa estampada para ingresar al país si los ciudadanos venezolanos no disponían de visa vigente de Estados Unidos, Australia o Canadá con, al menos, una entrada a esas naciones. «Esta medida se toma con la intención de proteger los mejores intereses nacionales», dijo el presidente Varela.

Las puertas se cerraban, los tiempos se acortaban y la distancia entre Venezuela y Panamá se hacía cada vez más larga.

Por si fueran pocas las limitantes para el ingreso al país, de nuevo en abril de 2018, el gobierno comunicó la suspensión por 90 días prorrogables de la actividad de las aerolíneas venezolanas —tanto de pasajeros como de carga— que operan en Panamá. La medida fue tomada como respuesta a la suspensión de los vuelos de Copa Airlines en Venezuela. A su vez, como consecuencia del conflicto, ambos países retiraron a sus representantes diplomáticos.

Los venezolanos residentes en Panamá quedamos temporalmente aislados, porque hasta los puentes de comuni-

cación para el envío de comida y medicinas se vieron afectados.

Estas decisiones generaron angustia y desesperanza e impulsaron la salida de muchos venezolanos hacia otros destinos. «Debido a las políticas estatales, de nuevo he tenido que despedirme de amigos que han tomado otros rumbos», dice Silvia. Así como antes cada semana escuchaba de conocidos que llegaban a Panamá, ahora recibo noticias, con la misma frecuencia, de amigos que han optado por irse hacia Argentina, Chile, Perú, Colombia, España o Estados Unidos.

Rehacer las maletas y volver a empezar no es sencillo. Despedirse de quienes te han acompañado en este camino, tampoco. «Tomé la decisión de irme porque a partir del año pasado comenzaron a exigir visas para entrar al país y el proceso era complicado. Eso significaba que no podría recibir visitas de mis familiares, así que preferí buscar un destino con mayor apertura», comenta Osner, quien vivió dos años en Panamá y actualmente reside en Buenos Aires.

Pero hay que reconocer que, en paralelo a estas acciones políticas que han impulsado la salida de algunos, existe otra realidad en el país. Muchos han manifestado su solidaridad sincera con nosotros. Mis historias se inclinan más hacia ese tipo de experiencias porque, por fortuna, a lo largo de este tiempo he logrado incorporar a mi vida varios amigos panameños, a quienes les agradezco por permitir que nos estableciéramos, en un país seguro que hoy compartimos 79.990 venezolanos, según estadísticas de julio de 2017 del Sistema Nacional de Migración.

Luego de tres años viviendo en Panamá debo reconocer que esas calles que antes no tenían ningún significado para mí, ahora están llenas de recuerdos y emociones. Todos los espacios han tomado otro sentido y las dudas han desaparecido. Nunca pensé en vivir aquí y ahora solo puedo imaginarme construyendo historias de este lado del Pacífico.

EUROPA

ANOTACIONES AL MARGEN DE UNA DIÁSPORA

HENSLI RAHN

¿Cómo puedo solicitar refugio en Alemania? Qué necesitamos mi familia y yo (mi esposo y mi bebé de dos años) para irnos para allá y residir.

*

Alguien que venda 100 € por transferencia o efectivo. Estoy en Berlín. Contacto WhatsApp.

*

Hola me siento engañada por la compañía de envíos, mandé unos medicamentos desde el mes pasado para una tía que está grave y ellos no me dan respuesta.

*

Pregunta: ¿hay una tienda donde vendan productos latinos en Frankfurt?

*

Tengo 30 años, soy policía y llegué con mi familia a Alemania en mayo de 2017. La decisión era entre Estados Unidos y Alemania, pero unos compañeros ya habían venido acá y pedido asilo. Comencé a leer literatura al respecto (adaptación, trabajo, refugio) y nos vinimos. Al principio la experiencia fue fea. Pasando el tiempo, ha sido positivo en todos los aspectos; las niñas se han integrado muy bien, mi marido va al curso de integración. Yo aprendí alemán suficiente para ir sola a las citas con la trabajadora social. Tenemos asilo y refugio aprobado por tres años.

*

En abril de 2017 en Venezuela comienzan nuevas manifestaciones contra el régimen, por la crisis institucional y económica, y la escasez de alimentos y medicinas. La respuesta inmediata de los cuerpos de seguridad es reprimirlas, con reiteradas violaciones a los derechos humanos y uso sistemático y generalizado de la fuerza excesiva.

Hay 133 fallecidos en el contexto de las protestas, 4000 heridos y 5051 presos, estima la organización no gubernamental Foro Penal Internacional. Y 120 casos de tortura son presentados ante la Corte Penal Internacional en La Haya, a través del observatorio de derechos humanos CASLA, de Praga. Son números aún mayores que en las protestas de abril de 2014.

Durante 2017 y 2018, a modo de respuesta, parte de la comunidad venezolana en Berlín divulga estos hechos. Organiza repetidas manifestaciones por los caídos en la Puerta de Brandemburgo y una marcha en bicicleta, custodiada por la Polizei, desde el barrio de Charlottenburg hasta la sede del Parlamento alemán.

Asimismo realizan al menos nueve eventos distintos que abordan el caso venezolano desde distintas disciplinas, como las artes plásticas, la literatura, la psicología y la política. Tarde o temprano sale a flote la palabra *identidad*. La identidad puede ser un relato (las razones de una migración)

o el hilo que anuda una serie de recuerdos. Si el país de los recuerdos se fue al carajo y lo que queda es una crisis humanitaria, ¿volaron por los aires las identidades de sus habitantes? Y ya que estás aquí, ¿hablaron tanto de su identidad los inmigrantes, de quienes descendes, mientras levantaban aquel país recordado que ya no existe? Relato en marcha.

*

Migrar hace que te parezcas al personaje sin pasado de un filme del Lejano Oeste.

«Fin». El filme se ha terminado, su género es anacrónico.

Quedas flotando como un ente cuyo nombre es ninguno, tu edad es lo de menos y al país de donde vienes todos solían llamarle El Más Rico del Mundo o Las Mayores Reservas de Petróleo.

Allí te formaste y te enseñaron a cumplir las leyes.

Después una banda armada hasta los dientes arrasó con cuanto había e instaló un aparato de represión como régimen oficial de gobierno.

Desde entonces otro país se ha convertido, por las razones de marras, en un hogar para ti y para un número más que considerable de tus paisanos.

*

¿A quién le importa? Estás en el país que lidera a Europa. Vives en su negro corazón de asfalto y grafiti: Berlín.

La Gran B: donde conviven unas 3.500.000 personas de todos los rincones del mundo. En Berlín nadie es de Berlín, dice un chiste que se ha vuelto cierto.

Donde aún está permitido fumar dentro de los bares, las cafeterías son escenario de la bohemia y el fuego del atardecer es morado.

Donde el contacto visual y las conversaciones casuales con extraños se reducen al mínimo. Pero las bodas turcas, con su alboroto de carros en caravana y toques de bocina, te recuerdan que todavía estás vivo.

Donde los sauces llorones dominan los parques. Sobre las superficies verticales trepan las parras de Wilder Wein. Y por el río Spree, a un lado del Muro que dividió 27 años a Alemania, navegan con gracia las embarcaciones.

En fin, donde el cielo se llena con las voces de los cuervos, que sobrevuelan la ciudad. A veces se paran en las barandas o escarban un cesto de basura. Entonces puedes ver lo negro que son sus pequeños y diáfanos ojos que lo han visto todo.

*

¿Qué se llama un número considerable de paisanos? El sociólogo Tomás Páez, director del Observatorio de la Diáspora Venezolana, habla de un número cerca de 3.000.000 de venezolanos que han huido de la crisis. El investigador Manuel Silva-Ferrer estima que de esa cifra «en Alemania hay entre 20.000 y 30.000 venezolanos».

Pero según datos de organismos alemanes, la Oficina Federal de Migración y Refugiados (BAMF) y la Oficina Federal de Estadística (Destatis), en Alemania hicieron vida hasta 2017, con una estadía menor a ocho años, 2980 venezolanos.

Esta cifra no contempla a todos los ciudadanos venezolanos en suelo alemán, sino aquellos con asilo político otorgado, los naturalizados y los que tienen doble nacionalidad de cualquier país excepto la alemana. ¿Cuántos tienen cédula alemana por herencia familiar? ¿Y qué hay de los que tienen solo una visa estudiantil o laboral? Es complejo separar a los intrusos para contabilizarlos. Surgen puntos ciegos a la hora de establecer el dato concreto de la diáspora venezolana en Alemania.

Páez afirma que el gobierno venezolano, «al controlar puertos y aeropuertos, sabe cuántos se han movilizado y cuántos se han quedado. El diferencial te permite saber cuántos venezolanos hay en el extranjero». Pero información oficial sobre este tema no han publicado hasta la fecha, lo cual obliga a consultar censos y estimaciones de organizaciones internacionales.

¿A quién beneficia el (des)control migratorio? El sociólogo cita al economista francés Jean-Paul Fitoussi: «La información es un bien público de la democracia», y a la teórica alemana de origen judío Hannah Arendt: «La cultura del encubrimiento es propia del totalitarismo».

En 2017 y 2018 Venezuela figura por dos años consecutivos como *no libre* en el informe anual de la ONG Freedom in the World, que mide a escala global el grado de democracia y libertad política.

¿Cuántos migrantes tienes que ser? No todo es numerable, ni susceptible de ser *data*. Necesitas la complejidad de las voces y sus relatos. Solo con cifras no puede contarse la migración, las mudanzas, los silencios y los fragmentos de esa historia en desarrollo.

*

Tengo 30 años, soy comunicador en el área de *marketing* y vine a Alemania en 2010 o 2011. ¿Por qué no España? Ya vivía en España pero estaba buscando algo nuevo en cuanto a experiencias profesionales y otra cultura. Del 1 al 100 estoy integrado un 70%, por mi nivel de idioma y de entender la cultura. Tengo una familia alemana, que es la de mi pareja, y mi carrera se desarrolla en Alemania.

*

¿La migración es buena o mala? Alejandro Márquez Velázquez, doctor en Economía por la Freie Universität Berlin, explica que esta valoración es relativa al paso del tiempo y depende de distintas variables.

«Si la inmigración es positiva para los países industriales con gente subempleada (lo que llaman *Brain Gain*: ganancia de cerebros), entonces la emigración es negativa para los países en desarrollo de América Latina (*Brain Drain*: fuga de cerebros)». Hoy en día, por corrección política, se habla más bien de circulación de cerebros.

Hay casos en que los emigrantes regresan, generan ideas rentables y producen un impacto positivo en la economía de sus sociedades. Márquez Velázquez cita los casos de Ecuador, la India (con un notable desarrollo de exportación de servicios) y Taiwán (ahora el mayor productor mundial de *laptops*).

También añade un factor determinante en el fenómeno de la diáspora: «No importa tu formación, 50% de tu *income* depende del lugar donde estés: si es un país rico o un país pobre».

Marcos Gómez, director de Amnistía Internacional Venezuela, estima que el tiempo que tendría que trabajar un venezolano en Alemania para ganar el salario integral de todo un año (9.570.120 bolívares) sería apenas cinco horas.

En materia económica, uno de los temas centrales del

caso venezolano es el esquema de control cambiario, que prohíbe la adquisición de moneda extranjera. «Si comprar divisas es ilegal», dice Márquez Velázquez, «el valor del euro sobre bolívar es demasiado elevado».

Este mecanismo entra en vigor en 2003 para evitar la fuga de capitales del país, pero en la actualidad perpetúa la dependencia económica de la población con el Estado y la existencia de un mercado paralelo ilegal de divisas extranjeras, que tiene un impacto directo en la inflación.

En enero de 2018 el Fondo Monetario Internacional pronostica una inflación de 13.000% para Venezuela. En julio, ante la magnitud de la crisis económica país, la misma institución corrige su pronóstico: un millón por ciento de inflación para el cierre del año.

Para finalizar, el economista refiere que otro tema relevante son las remesas de dólares y euros enviadas por la diáspora venezolana a sus familiares que aún viven en el país, y que el régimen cuenta como actividad económica.

Lo trágico de estos envíos es que, siendo un beneficio para algunos venezolanos o una suerte de *seguro de salud informal*, no incentivan al trabajo ni incentivan al Estado a crear mejoras sanitarias. Por el contrario: si la diáspora a través de las remesas contribuye a la manutención (queriéndolo o no) del sistema del cual huye, ¿para qué el gobierno dejaría de fabricar miseria?

*

—¿Qué pasa en Venezuela? —pregunta el historiador venezolano Tomás Straka.

Durante enero de 2018 el catedrático ofrece tres conferencias en Alemania: una en Colonia y dos en Berlín.

Los títulos hablan por sí mismos:

Labour and Nation Building: The Oil Companies and the Modern State in Venezuela.

La modernidad fallida: raíces históricas de la crisis venezolana (1950-2002)

Democracia y revolución en América Latina: una aproximación desde el caso venezolano (1945-2000)

Esta última se celebra a casa llena en la pequeña y acogedora sala Simón Bolívar del Instituto Iberoamericano, en la capital alemana.

—Una gente que no sabe dónde está parada —se responde Straka frente al público atónito, que en su mayoría está compuesto de migrantes venezolanos—. Vive en el no-sé o en el no-se-sabe.

Es curiosa la observación, porque justo en este lugar el considerado máximo prócer venezolano está representado por tres versiones contradictorias.

1) La estatua negra en las afueras del recinto, aunque fiel a la corta estatura de Bolívar, ostenta una capa, una espada y unas botas demasiado grandes. 2) El busto de mármol blanco en el *lobby* tiene un grave parecido a Julio César. 3) En el retrato del pintor Alirio Palacios, dentro de la sala, es un hombre de ojos claros y labios de mujer.

Con elocuencia y gestualidad, el catedrático subraya que la democracia del país suramericano funcionó de 1958 a 1998 gracias a un sistema de pactos y consensos para repartir la renta petrolera:

—Quien no entiende de petróleo, no entiende de Venezuela, que es más parecida a las naciones petroleras que a las naciones suramericanas, o sea Libia, Irak e Irán. El petróleo no genera democracias, sino que arruina a los Estados.

Irán califica con 29 puntos como Estado *altamente corrupto* en el barómetro global de corrupción e inequidad de la ONG Transparency International. A menor puntuación, peor su desempeño. Venezuela e Irak tienen 17 puntos, y Libia 14.

La corrupción se entiende como el abuso de poder o de las funciones públicas para beneficios privados (económicos o de cualquier otra índole), en detrimento del resto de los habitantes: la gran mayoría que no detenta posiciones de autoridad.

El profesor Straka llama al marxismo bolivariano una *ideología del reemplazo*. Pone como ejemplo el problema del racismo en la sociedad venezolana (una sociedad esclavista), que tras la fiebre revolucionaria pasa a ser llamado *la lucha de clases*.

En 2005 el Comandante se declara socialista.

En 2012 encarga un retrato 3D de Bolívar que repite sus facciones. Pero las ilusiones ópticas no ocultan la paradoja de que, al reemplazar las formas y no el fondo, la «Revolución bolivariana» profundiza el mismo modelo estatal del siglo xx en el siglo xxi: la repartición selectiva (militares,

nueva élite y gente en condición de pobreza) de la renta petrolera.

La capacidad de consumo de estos últimos se duplica y la de la gente en pobreza crítica se quintuplica. Por medio de subsidios el régimen solventa en parte las aspiraciones *pide-renta* de la sociedad gracias a los altos precios del hidrocarburo.

Es un ensayo de algo próximo al socialismo real, diez años después de la caída del Muro de Berlín.

Con el desplome de los precios del petróleo, y la incapacidad de elevar la baja producción de barriles, se desploman también los subsidios a la población (cuya demografía, de 1930 a 2018, aumenta 500%) y queda al desnudo la descarnada realidad actual: hambre y escasez.

La repartición de la renta petrolera sería, según la exposición, el fracaso del Estado y el triunfo de la élite que lo dirige: «el negocio de Venezuela no es exportar petróleo, sino importar divisas».

A pesar de lo bárbaro de las circunstancias, Straka cierra con un toque civilizado: «Es una oportunidad de estudiar problemas más amplios. Es preferible una democracia que funcione mal a una dictadura que funcione bien».

Durante la ronda de preguntas del público, sin embargo, una mujer anónima rompe el protocolo académico:

—Lo que ocurre en Venezuela, y no se ha dicho acá, es que hay una narcodictadura al poder —dice en relación con los familiares de la pareja presidencial, sentenciados a 18 años de prisión en Estados Unidos por narcotráfico.

*

Asistes a la casa de unos conocidos para aprender cómo mandar medicamentos a Venezuela. Todos esperan por el *workshop* de la joven ingeniera, que trabaja como secretaria, a la que llamaremos Ñ. Hay unos ocho paisanos unidos en la disparidad de sus destinos. Lo que compartes con ellos es convivir en Berlín y, ahora, esto.

Alguien comenta que se atrevió a mandar paquetes de comida de larga duración y llegaron completos a su destino, salvo una panela de harina que llegó deshecha por los golpes del traslado. Es diciembre. Mientras otras personas planifican sus regalos de Navidad, digamos que tú planificas algo parecido.

Por escasez de alimentos y medicamentos, en Venezuela miles de personas huyen del país a través de sus fronteras, provocando medidas internacionales como los campamentos humanitarios para refugiados en Colombia y en Brasil, con financiamiento de Canadá y la Unión Europea.

El 13 de marzo de 2018, desde su página web, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados instó a los países vecinos a atender a los refugiados venezolanos. En vista de que el número de venezolanos que piden asilo en el exterior ha crecido 2000% de 2014 a 2018, el despacho ejecuta un plan regional con una inversión inicial de 46 millones de dólares para acoger a los desplazados. Sin embargo, no es suficiente.

Dentro de Venezuela los hospitales colapsan sin los insumos necesarios, y los pacientes con enfermedades degenerativas sufren las peores consecuencias. A la hora de hacerles llegar medicamentos, la sumatoria de las burocracias externas e internas, tanto estatales como no gubernamentales, pueden tener un resultado letal. Para quienes tienen un familiar a la espera de una medicina, fácil de conseguir en cualquier parte del mundo menos en Venezuela, actuar con rapidez y de modo independiente es la única alternativa que les queda.

«Donación de medicamentos» es el nombre de la presentación PowerPoint de Ñ. En tiempos aciagos se multiplican los héroes discretos, como alguien que por ensayo y error establece un método personal para alargar la vida de sus familiares, y además se toma el tiempo de transmitirlo a los demás.

*

¿Qué mueve a los alemanes? Las mismas cosas que te mueven a ti. Pero también la pasión por la puntualidad. Cuidar de su dulce lengua. Y expresarse con exactitud.

Gracias a la caridad del Sozialstaat, estás matriculado en el curso de integración: ves lecciones de alemán cinco horas al día, cinco días a la semana por semestre. En clase, uno de los tópicos más candentes en el ejercicio de *Argumentation* es el tiempo de aprendizaje, es decir, los años que les toma en promedio a los alumnos adultos hablar el idioma. O hasta cuándo serás inútil a los alemanes en su propio universo. Es variable, depende de muchos factores. Con certeza los que aprenden idiomas con mayor rapidez, al ser expuestos a am-

bientes multilingües, son los niños. ¿Son más inteligentes que los adultos o es que tienen más tiempo libre?

¿Por qué diablos estás tan lejos del lugar donde naciste? No te lo preguntas: la pregunta brota sin aviso con cada golpe de la vida. Los psicólogos leen la migración (por fuerza o por voluntad propia) como una pérdida que requiere un duelo. Exige la actualización del relato de una vida: precisas referencias nuevas porque las anteriores fueron removidas y, entre las grietas, reaparecen espectros de lo que ya una vez desechaste. Viene a cuento el aforismo: desaprender, reaprender. Has perdido y has ganado. Pero también has de saber que aquello que diste por ganado no fue final, ni aquello que creíste perdido fue fatal. Lo esencial es que seguiste, que continúas en pie salvo cuando vas a dormir.

*

Reinventarse. Lees el artículo que se hizo viral escrito por el periodista y psicólogo venezolano, cuya foto lo dice todo. A la izquierda está su tarjeta de presentación en Caracas: periodista de *El Nacional*, con dirección de oficina y teléfono fijo. A la derecha, la credencial de su nueva vida: psicólogo y teléfono móvil. La diferencia entre ambos papeles son 18 años.

*

Amigos, pregunta: ¿existe alguna fundación que ayude a venezolanos recién llegados en Alemania? Saludo a todos.

*

Atención. La tienda de productos latinos (Cri-Cri, Toronto, dulce de guayaba, Toddy, Harina Pan), la que viaja por toda Alemania los fines de semana, anuncia las siguientes visitas: Múnich y Núremberg.

*

Hallo ihr alle! ¿Alguien ha logrado traerse a sus padres? Y si por favor podría comentar un poco sobre su experiencia. Muchas gracias de antemano. Acá dejo mi correo.

EN TORNO A LOS VENEZOLANOS, ALGUNAS REFLEXIONES

EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES

El fenómeno de la diáspora venezolana contemporánea es una vívida experiencia de la perplejidad. Intentar entender lo que ocurrió en Venezuela en los últimos años, adaptar esa situación a una estructura de pensamiento lógico, es un ejercicio complejo y doloroso.

La comprensión del conflicto es una tarea de suma dificultad, en la que tanto la razón como el sentimiento dan cuenta de su impotencia. La crisis humanitaria que padece Venezuela es un hecho objetivo, reconocido por observadores internacionales, parciales e imparciales. La evidencia de la fractura colectiva es irrefutable. Este sinfín de dramas

sociales ha dado lugar a un proceso migratorio que, a juicio del sociólogo Tomás Páez, «carece de antecedentes en la historia reciente del país». ⁷⁰ Los destinos de los desplazados son múltiples. El primer informe del Observatorio Venezolano de la Diáspora (2017) identificó la presencia de grandes grupos poblacionales en más de cuarenta y cinco países. España, después de los Estados Unidos, es uno de los principales lugares de refugio.

El caudal de migrantes que día tras día rebosa los aeropuertos de Barajas o El Prat dificulta el trazo de un perfil sociológico homogéneo sobre los modos de ser los venezolanos en España. Las experiencias son diversas. El número de casos, creciente e ininterrumpido desde hace más de una década, impide construir generalizaciones reduccionistas. El relato del hombre o la mujer discriminada por su tez o por su acento comparte escena con múltiples expresiones de solidaridad y afecto. Las historias de éxito y fracaso circulan de la misma manera, con altibajos y tendencias. Alternativamente, se tiene noticia de personas tenaces que en condiciones adversas lograron salir adelante y cumplir sus objetivos, mientras que otras, a pesar de su inagotable sacrificio, no pudieron hacerlo.

Para comprender el proceso de adaptación de los venezolanos en España no conviene caer en la tentación de los absolutos, vicio habitual en las tertulias de sobremesa. El inoperante recurso de los estereotipos presenta más inconvenientes que soluciones; afirmar, por ejemplo, que los españoles actúan de tal manera frente a los extranjeros y compilar una serie de anécdotas que suscriban esos comportamientos o, a la inversa, describir al migrante con un conjunto de cualidades, demostradas en episodios aleatorios elegidos al azar, ofrece una comprensión del éxodo tan falsa como insuficiente. El asunto es mucho más complejo. No se trata de definir esencias idiosincráticas; lo que se procura es identificar algunas constantes o elementos condicionantes en el conjunto de las experiencias migratorias que permitan hacer una evaluación sobre los retos y dificultades que encuentra el venezolano que elige España como lugar de residencia (y supervivencia).

70 Tomás Páez (coord.) (2015). *La voz de la diáspora venezolana*. Madrid: Catarata, p.29.

El programa de gobierno legitimado por Hugo Chávez en 1998 fue el punto de partida de la diáspora. La magna dispersión de la sociedad venezolana comenzó con el cambio de siglo. La Revolución bolivariana, en este sentido, fue un aciago milenarismo. Según los datos del Instituto Nacional de Estadística de España, para 1998 la cifra total de venezolanos en este país era de 8986. El estudio más reciente, de 2017, ofrece un registro de 68.866 personas ubicadas, en su mayoría, en Madrid (20.154), Barcelona (11.208) y Tenerife (7198). Estas cifras crecen día tras día.

España, como Italia y Portugal, fue uno de los primeros destinos que abrieron las puertas a estos ciudadanos errantes. La repatriación representó una alternativa sólida a la que se aferraron las oleadas de migrantes en la primera década del siglo XXI. De esta manera, los descendientes de familias europeas que, huyendo de los sinsabores de la posguerra o el rigor de las dictaduras de Francisco Franco y António de Oliveira Salazar, encontraron en el retorno a sus países de origen, desconocidos pero heredados, un escape al modelo totalitario. Las comunidades gallegas, vascas, canarias y catalanas arraigadas en Venezuela iniciaron un agresivo proceso de retorno, de agridulce mudanza. La doble nacionalidad se popularizó, el ser de aquí y de allá, el acento mixto, la ciudadanía compartida comenzó a ser una tendencia. *La voz de la diáspora venezolana*, el interdisciplinario estudio compilado por Tomás Páez, examina a fondo, entre otros asuntos, la figura de la repatriación, con sus aristas y cualidades, en sus dimensiones científicas y humanas; pero esta estrategia de fuga, esta forma legal de eludir el dogma socialista, no fue la única alternativa. El porcentaje de venezolanos naturales, sin duda, es más alto que el que pudo asimilarse al beneficio de su ascendencia.

La experiencia revolucionaria, estudiada a la luz del fenómeno migratorio, da cuenta de un momento clave, de un punto de escisión, de una línea divisoria que define un antes y un después en la manera de comprender las motivaciones de la población disidente, inconforme con el paradigma socialista. Este es el fallecimiento de Hugo Chávez en 2013 o, en estricto sentido político, el ascenso al poder de Nicolás Maduro para el período presidencial 2013-2019. La primera década de la Revolución permitió una serie de «privilegios» que con el paso de los años han desaparecido. Los precios del petróleo, principal sustento económico de la nación,

sufrieron un desplome significativo; el apoyo popular que desbordó las urnas electorales en 1998 menguó de manera considerable, convirtiendo la ilusión en desencanto, en desmoralización, en argumento de peso para la antipolítica; la imagen del régimen, construida con un avasallante aparato de propaganda, también ha perdido adeptos.

Venezuela, internacionalmente, es un claro ejemplo de uso político para aquello que no debe ser; las figuras de Chávez y Maduro son citadas con frecuencia en debates electorales foráneos como referentes de ruina, corrupción y desfalco. La apelación al socialismo del siglo XXI es una baza sólida que ha estado presente en los discursos de la mayoría de los políticos latinoamericanos que, en los últimos años, han llegado al poder por vía democrática. El caso venezolano representa una de las más contundentes refutaciones contra la izquierda latinoamericana, además de un lastre. El carisma del líder fallecido, su retórica romántica y patrioter, su fondo (su falso fondo) proyectaba una ilusión de inquebrantable fortaleza, mientras que la figura de Nicolás Maduro, último legado del supremo, transmite una incuestionable sensación de inconstancia, un compendio circense de ignorancia, pobreza intelectual, cultural y lingüística. El régimen de Hugo Chávez Frías, datos en mano, fue un Estado fallido y corrupto que no logró cumplir con ninguno de los objetivos que se propuso y que profundizó todos los escenarios de crisis a los que hizo frente. El gobierno de Nicolás Maduro es su parodia, la continuidad de una derrota que ha dejado un saldo de miseria humana y degradación moral incuantificable. El hecho migratorio resintió estas circunstancias por lo que, en las primeras oleadas, al margen de la figura de la repatriación, todavía encontramos el elemento de la planificación, del cambio de país como acto racional, como elección consciente; un contexto en el que la persona podía evaluar sus alternativas y elegir un destino en función de sus posibilidades, afinidades y talentos. Hasta 2013, aproximadamente, la migración venezolana podía darse el lujo de tener un proyecto, de ser bien vista internacionalmente. El bolívar, hipertrofiado pero vivo, permitía superar algunos escollos, significar algo. La compraventa de inmuebles o de bienes de valor podía representar un colchón económico suficiente frente a la aventura del exilio, pero este escenario cambió con el desastre socioeconómico que sobrevino ante la emergencia del gobierno de Maduro. La hiperinflación desahució

la moneda; el proyecto personal se convirtió en necesidad, la posibilidad en urgencia, la salida en fuga. Los principales aeropuertos del país dejaron de ser lugares de tránsito para pasar a ser los reductos de una nueva esperanza.

España, al igual que las otras naciones de acogida, debió hacer frente a este fenómeno. Las alarmantes cifras del Instituto Nacional de Estadística han hecho más rigurosos los controles aeroportuarios. Venezuela, poco a poco, se ha convertido en un problema. Los vuelos de Conviasa son examinados con lupa, en el argot policial se les conoce como vuelos calientes, por lo que las deportaciones se han convertido en un relato frecuente. En septiembre de 2016, distintos medios internacionales informaron que en los meses anteriores más de 900 venezolanos habían sido *inadmitidos* en el aeropuerto de Barajas por supuestas insolvencias en sus solicitudes de ingreso.

Los nuevos migrantes, en ausencia de parentescos europeos, respaldos económicos suficientes, visados de estudios o constancias de trabajo vigentes (privilegios con los que se podía contar años atrás) corren el riesgo, totalmente aleatorio, de tropezar con un guardia de migración indiferente a su relato. Otras personas logran entrar sin inconvenientes, sin carta de invitación ni interrogatorios rigurosos; para ellos, el sello en el pasaporte ha sido un trámite sencillo o cuestión de suerte. La indecisión sobre los documentos que se necesitan para viajar a España es común entre los viajeros. «No me pidieron nada», dicen algunos. «Menos mal que tenía la carta de invitación», alegan otros. «Un policía me dijo que la carta de invitación solo se la piden a brasileños y dominicanos», puede leerse en foros de Internet. «Solo deportan a mujeres que viajan solas». Los testimonios son caóticos, contradictorios, a veces complementarios. La subjetividad del guardia de migración pareciera ser, en una última instancia, la que tiene la última palabra.

Este desbordamiento dificulta las labores de control, los estudios estadísticos, los comportamientos grupales, el registro científico de datos y fuentes. Hasta 2014, aproximadamente, se podía construir un esquema aproximativo de campos de trabajo en los que se desenvolvía la comunidad venezolana recién llegada a España. La referida compilación de Tomás Páez incluye cuadros explicativos en los que se visibilizan las labores de los individuos en áreas como la hostelería, la información, las comunicaciones y las artes. En los

últimos años, sin embargo, debido al crecimiento desproporcionado de la masa migratoria, estos esquemas se han vuelto anacrónicos e insuficientes. El perfil de profesional competente, que alguna vez mantuvo el ciudadano venezolano en el imaginario del país receptor, comienza a resquebrajarse; aún persiste pero incluye en sus representaciones escenarios de fracaso, mendicidad y miseria.

Los jubilados y pensionados son uno de esos colectivos que atraviesan una situación desoladora. El gobierno venezolano, sin anuncio previo y de manera repentina, dejó de abonar el dinero que les corresponde a estas personas, sin explicaciones ni tentativas de prórroga. El periodista David Placer informó en un artículo publicado en 2016 que «la Seguridad Social española exigiría al gobierno venezolano el cumplimiento del convenio bilateral del pago por vejez», ante la dramática situación de los afectados.⁷¹ La exigencia, sin embargo, no tuvo consecuencias prácticas, por lo que es habitual ver colas de ancianos infelices, a quienes se les reconoce por su acento, en distintas parroquias de Madrid que ofrecen alimentos y ropa o en las dependencias de la organización Cáritas. Las concentraciones frente al Consulado en protesta por el retraso de los pagos son una constante, pero en todos los casos la respuesta de los funcionarios es la misma: «No sabemos cuándo les van a pagar».

La figura del asilo político también se ha popularizado entre la población disidente. El reportaje de Jorge Morla y Laura Delle Femmine publicado en el diario *El País* en abril de 2017, destacó que el colectivo venezolano fue «el que más solicitudes de protección internacional presentó el año anterior, por encima de Siria, en guerra desde 2011».⁷² Se trata de un proceso lento, cuya resolución suele ser negativa. La mayor parte de las gestiones fracasan; las tensiones internacionales, en gran medida, problematizan el posicionamiento del país receptor. El número de solicitudes, sin embargo, crece exponencialmente porque la Revolución, cada vez más radicalizada, ha criminalizado todo tipo de pensamiento crítico, de diferencia o protesta. El número de periodistas o civiles que han expresado públicamente su descontento y han sido

71 David Placer (14.9.2016). «Los jubilados venezolanos en España comienzan a vivir de la caridad», *KonZapata*. Recuperado de: <https://konzapata.com>.

72 Jorge Morla y Laura de la Femmine (21.4.2017). «España no quiere refugiados venezolanos», *El País*. Recuperado de: <https://elpais.com/internacional>.

sometidos a persecuciones crece día tras día. Desde 2012, a pesar de las múltiples solicitudes de asilo político, España solo ha aprobado seis casos.

La última ola de migrantes (la actual) presenta una serie de rasgos diferenciales que años atrás no resultaban tan perceptibles. El estado psicofísico de los recién llegados ha llamado la atención de los organismos de sanidad y salud nacionales e internacionales. La crisis humanitaria deja huellas indelebles. Lo primero que sorprende es el nivel de desnutrición en el que se encuentran algunas personas, niños y adultos, que salen de Maiquetía en busca de un futuro mejor; la ausencia de vacunación y medicinas, las enfermedades mal tratadas y el desbalance alimenticio (reforzado por la dudosa calidad de los productos básicos) dejan efectos notorios y permanentes. Los informes del Observatorio Venezolano de Salud dan cuenta de esta emergencia nutricional y, permanentemente, presentan cifras alarmantes que resultan indiferentes para el gobierno de Nicolás Maduro; este tipo de alerta es comprendida por el mandatario como parte de una estrategia de desinformación modelada por la CIA o como un banal argumento de la derecha con el que desmoralizar a la población ingenua. La mala alimentación es la nueva compañera del migrante, es parte de su biografía reciente, de sus motivaciones para buscar algo mejor. El proceso de adaptación en el país receptor, en estas circunstancias, resulta más dificultoso y agresivo.

Pero no solo la salud física es una de las marcas que define al nuevo desplazado, también la vida social, el desarrollo integral y educativo adolece de una serie de problemas que, años atrás, no resultaban tan frecuentes. Una mujer venezolana (cuyo nombre prefirió reservarse), residente en Barcelona, perteneciente al espectro de la clase media caraqueña, le contó a este cronista que su hijo de diez años, formado en un instituto venezolano de prestigio, no contaba con una escolaridad propia de su edad, que su nivel educativo era deficiente, casi inexistente. Los nuevos profesores notaron que el niño no sabía leer ni escribir con fluidez, desconocía la tabla de multiplicación, por lo que era necesario cambiarlo de curso, ubicarlo con niños más pequeños. Los estudios psicológicos mostraron que el niño estaba familiarizado con algunos contenidos pero de una manera muy discreta, nunca los estudió a fondo. Los padres reconocen que, entre la continua suspensión de clases por las protestas ininterrumpidas de los

últimos años y la paulatina deserción docente en Venezuela, el espacio escolar se les convirtió en un patio de recreo, un retén de infancia, un lugar en el que los niños pudieran pasar el tiempo, pero en el que no aprendieron nada.

Nos encontramos, entonces, frente a un modelo de migrante que debe sumar, a la dificultad de su angustia económica (la ausencia de empleo, los ahorros limitados), las huellas de una chikunguña mal tratada o los efectos de las epidemias de malaria y difteria que, en los últimos años, se han desarrollado en el país. El fracaso escolar, por otro lado, modela personas semianalfabetas que no están en capacidad de competir en un contexto escolar o laboral en igualdad de condiciones, lo que define un panorama atroz y desesperanzado para un grupo de personas que, en su mayoría, solo busca un mínimo de dignidad y una oportunidad para demostrar su valía.

Las adversidades, sin embargo, no monopolizan el discurso de la diáspora. La comunidad venezolana radicada en España ha construido una serie de redes y mecanismos de ayuda que brindan apoyo y orientación a los recién llegados. Las muestras de solidaridad son incontables. La cantidad de blogs, portales web y redes sociales dedicadas específicamente al tema migratorio es tan amplia que no es susceptible de resumirse en este texto. Venezolanos en España, por citar un caso, es el nombre de una cuenta de Instagram que hace un seguimiento continuo a las actividades y eventos de este grupo poblacional, desde jornadas gastronómicas hasta eventos de artistas nacionales. La web Inmigrantes Venezolanos en Madrid, por referir otra experiencia, sintetiza en su página un valioso instrumental de apoyo para asuntos operativos, desde cómo tramitar documentos oficiales, abrir cuentas bancarias, obtener empleo hasta una serie de recomendaciones para el alquiler de viviendas o contrato de servicios. Pero, al lado de la supervivencia y sus gestiones, la comunidad venezolana también ha fomentado la permanencia y el rescate de valores de tipo cultural. Las tradiciones persisten en el imaginario de los migrantes y para ello se han creado varias organizaciones que sirven para promover ese fin. Venezuelan Press, compendio de periodistas radicados en Madrid, ofrece diariamente actividades, entrevistas, tertulias, conversatorios y foros sobre la cuestión venezolana. Los espacios del comercio CestaRepública, ese pequeño hatillo del barrio de Chueca, semana tras semana reciben visitas de

artistas e intelectuales que reflexionan sobre el país y comparten sus testimonios con un público ávido de pensamiento, autocrítica histórica y esperanza. Las revistas gratuitas *Revista Venezolana* y *Yo soy Venezolano* existen desde hace algunos años y centran parte de su contenido en promover actividades de ocio, como la celebración de la Divina Pastora, la feria de la Chinita y las fiestas navideñas, reelaboradas a distancia con el punto de honor de la nostalgia. La gastronomía venezolana ha sido uno de los grandes hallazgos para la comida internacional. Hace tiempo que los platos típicos no resultan una rareza, cada vez es más frecuente tropezar en menús de restaurantes con *tequeños* (descritos como hilos de queso rebosado), arepas o torta tres leches. Las principales cadenas de automercados ofrecen productos como la harina Pan o queso de tipo paisa, elementos que décadas atrás no existían en las estanterías españolas porque carecían de demanda.

Los problemas de fondo de la sociedad española, en una primera vista, pasan desapercibidos para el emigrante venezolano. El deterioro de la calidad de vida en el país de origen, el estado miserable de los servicios básicos y la infraestructura hacen que el orden y el buen funcionamiento de la vida social resulten impresionantes y brinden una profunda sensación de bienestar. Las nuevas ciudades, en apariencia, funcionan, los mecanismos sociales que las sostienen las mantienen activas, operativas, limpias. En este contexto, la comparación con el referente nacional es inevitable, por lo que los pequeños detalles que suelen pasar desapercibidos para el habitante común, para el español promedio, son valorados como un signo representativo de felicidad y progreso.

Otro privilegio de la nueva vida del migrante (que también puede experimentarse en otros lugares de destino) es la pérdida del miedo a la oscuridad, el regreso de la vida a la noche. Tomás Páez describe en su lúcido compendio cómo los venezolanos han desarrollado una especie de paranoia hacia todo aquello que tiene que ver con la vida nocturna. Este temor, justificado por los índices de criminalidad, genera una especie de complejo, de pánico aprendido que reconoce en el atardecer el llamado a un toque de queda. El descubrimiento de la libertad, la certeza de que el espacio nocturno no es un lugar ominoso, es uno de los más preciados hallazgos que valoran las personas que logran escapar de Venezuela.

Como toda sociedad, España tiene inconvenientes serios

pero estos ocurren a otro nivel. La sociedad organizada, además, cuenta con suficientes elementos e instituciones que le permiten canalizar sus demandas y malestares; se trata de una democracia imperfecta pero sólida, con un bipartidismo gastado que comparte aciertos y fallos, logros y taras, beneficios y culpas. La situación, bajo ninguna perspectiva, a pesar de lo que aleguen partidos políticos como Izquierda Unida o Podemos (aliados ideológicos del legado de Chávez), es comparable con el modelo totalitario e invasivo representado por Nicolás Maduro.

Una de las razones por la que un grupo importante de migrantes elige España como lugar de residencia tiene que ver con el uso del español. «Hablamos la misma lengua», suele decirse con cierta ligereza. Esta convicción, sin embargo, puede resultar imprecisa. Múltiples testimonios reconocen sin ambages que la puesta en práctica del español de España supone el aprendizaje de otra lengua, porque la velocidad del habla, las inflexiones, el vocabulario e incluso los tiempos verbales son considerablemente diferentes a los que se utilizan en Venezuela. El caso de las personas residentes en Barcelona es más llamativo, ya que les ha tocado confrontar el auge del catalanismo y los daños colaterales de la batalla por la independencia. A pesar de compartir el fondo, la lengua común es susceptible de generar rechazos, disgustos, fobia o incompreensión. «Las diferencias anecdóticas de entonación o de vocabulario no son tan marcadas como para justificar la dificultad de comunicación, la soledad de la voz forastera que se alza y el silencio con el que es recibida», alegó el escritor Antonio Muñoz Molina, reflexionando sobre el caso venezolano.⁷³

Esas diferencias anecdóticas, quizás, pueden visibilizarse de manera más clara a través de un ejemplo: cuando Ana Martínez, empleada de una tienda de electrodomésticos en Madrid, fue interpelada por un cliente que le solicitó una almohadilla para ratones, la joven no supo cómo reaccionar, imaginó una trampa, un papel con pegamento u otro tipo de artilugio para capturar animales. Molesto por el tiempo perdido, el cliente insistió en su demanda. Ana alzó los hombros. Con aspavientos, el potencial comprador le mostró lo que quería. «¡Ah, claro, un *mousepad*!», reflexionó Ana en

73 Antonio Muñoz Molina (24.2.2018). «Voces de Venezuela», *Babelia*. Disponible en: <https://elpais.com/cultura>.

voz alta. El cliente, entonces, la criticó duramente, comenzó a hablarle en un inglés burlesco, a quejarse por su maltrato al idioma, a ofenderla por discriminar la lengua patria en beneficio de un ridículo anglicismo.

Situaciones como esta suceden a diario. Muchos objetos tienen otros nombres, las fórmulas de cortesía son diferentes, la segunda persona del plural tiene una presencia hiperractiva en el habla común, modalidad que en Venezuela no se utiliza; pero a diferencia de otros países de Iberoamérica donde el español manifiesta los mismos comportamientos, en España existe la tendencia a pensar que el castellano, el verdadero castellano (su corrección, su gramática, su forma) es de propiedad ibérica y tiene carácter prescriptivo, por lo que las expresiones foráneas son desviaciones del modelo original, perversiones lingüísticas o errores expresivos. Esta discusión sobre el verdadero español, paradigma que prevalece en muchas instituciones y personas de influencia, fue objeto de debate en la edición de 2015 del HayFestivalMéxico en la que prestigiosos intelectuales reflexionaron sobre el asunto. El aprendizaje de la nueva lengua es un proceso lento que se va consolidando con el tiempo. Poco a poco se pierde el acento, se adopta el nuevo vocabulario; la resignación a las circunstancias se afina y se comienza a vivir con una ilusión bicefala y un pensamiento bilingüe.

La situación es difícil, pero la persistencia de los emigrados por salir adelante resulta ejemplar y estimulante. Los últimos en llegar, casi en condición de indigencia, tienen un reto mucho mayor, pero la comunidad de venezolanos residentes, algunos de ellos con nacionalidad española adquirida, han modelado una estructura de apoyo que, sin duda, hará menos traumático su trance. Más allá de las vicisitudes personales, del carácter ejemplar de los casos, el exilio forzoso venezolano está sometido a una constante búsqueda de sentido, a la necesidad de construir un relato histórico que justifique las dramáticas peripecias de los migrantes, a la invención de símbolos que reivindiquen el papel de la ciudadanía y los más elementales derechos humanos, a la invención de un nuevo país. La búsqueda persiste y, sin duda, la experiencia de ver el mundo (de interactuar con él) dará, en un mediano plazo, una perspectiva de saber y experiencia que será de gran utilidad para la necesaria reconstrucción de Venezuela.

VENEZUELA

LA CRISIS DESDE ADENTRO

INVENTARIO ESPIRITUAL DE LA AUSENCIA

HÉCTOR TORRES

Tomó un tren en Viena que lo llevaría a Génova. No conocía el mar y allí, en esa ciudad portuaria, se le presentó en todo su esplendor. Hipnotizado, lo contempló durante horas, tratando de entender su colosal dimensión. Permaneció en esa ciudad hasta que embarcó en el Franca C, el pequeño barco en el que lidió con el ímpetu de ese inquieto desierto azul hasta arribar a las Islas Canarias, donde tendría un respiro mientras subían otros pasajeros, para proseguir la aventura hacia el Caribe. Navegaron durante semanas hasta llegar a República Dominicana, donde desembarcaron varios italianos e isleños. Otros pasajeros, entre los cuales se encontraba

él, prosiguieron la travesía hasta que en el horizonte apareció su destino.

Era el año 1957. Ese vibrante, caluroso y colorido puerto al que arribó el Franca C, como tantas otras embarcaciones repletas de europeos que dejaban todo cuanto conocían tras la esperanza de un futuro mejor, tenía por nombre La Guaira. El protagonista era un joven austríaco que odiaba la pastelería (oficio que había estudiado) y deseaba con todo el corazón ser músico. Esa nueva tierra, que en adelante sería la suya, le permitiría cumplir su sueño. Para hacer más amable su nombre a la lengua que lo adoptaría, abrevió el escarpado Gerhard Weilheim, por uno más musical, que se volvió tan nuestro como la arepa: Gerry Weil.

Testimonios como ese se asientan por cientos de miles en nuestra historia. No se podría entender qué es Venezuela sin esa plural y masiva inmigración que contribuyó con su sentido de identidad. Albañiles, músicos, panaderos, comerciantes, zapateros, artistas, académicos, carpinteros, periodistas, agricultores, fotógrafos, científicos, llegados de Europa, América Latina, Medio Oriente y Asia, encontraron aquí el punto de inicio de una nueva etapa en sus vidas. Y los hijos de esos expatriados serían venezolanos, de apellidos y fenotipos exóticos pero venezolanos al fin. Y escucharían esas historias de barcos y carreteras y aviones hasta aprenderse de memoria, entendiendo que, aunque lejanas, eran parte integral de la sustancia que los definiría.

De ese modo es que Venezuela posee la mayor migración portuguesa del continente de habla hispana, que se fue asentando desde la década de los cuarenta del siglo pasado. También es una de las cuatro colonias españolas más numerosas del mundo, junto con las de Francia, Argentina y México. Del mismo modo, la colonia italiana que se asentó en nuestro país entre las décadas de los cuarenta y los cincuenta del siglo pasado sumó unos 300.000 ciudadanos. Y cien años antes de eso, en 1843, un grupo de agricultores provenientes de Alemania, desembarcó en Venezuela para adentrarse en las montañas que separaban los valles de Aragua del mar Caribe, fundando una población agrícola llamada Colonia Tovar.

Y así, considerables fueron las migraciones sirias, libanesas, chinas, colombianas, ecuatorianas y dominicanas, que hicieron de Venezuela el hogar de sus hijos, dejando atrás

las penurias que los agobiaban en sus países de origen, sea la pobreza y la destrucción; en el caso de italianos y españoles, después de la Segunda Guerra Mundial; o la guerra en pleno desarrollo, en el caso de los colombianos durante las últimas décadas del siglo pasado, y de sirios y libaneses durante ese mismo período de tiempo; o de la represión, como sucedió a argentinos, uruguayos y chilenos durante las cruentas dictaduras que asolaron sus países. Pero también de la pobreza simple y llana, de los malos tiempos, como en el caso de dominicanos, haitianos, ecuatorianos y peruanos.

Atraídas por la riqueza petrolera y la estabilidad política y económica de la que gozó durante la segunda mitad del siglo pasado, verdaderas oleadas humanas se asentaron en ciudades y pueblos de uno de los países de Latinoamérica que más inmigrantes albergó a lo largo de su historia. Y todas esas colonias dejaron su impronta y sus peculiaridades, su imaginario y sus sazones, sus costumbres y su sangre, aclimatándose y reproduciéndose, para terminar por fundirse con ese pueblo dispendioso, festivo y altanero del cual se acuñaría esa ufana sentencia, según la cual, *venezolano no emigra*.

ME IRÍA DEMASIADO

Alguien acotó que los dioses ciegan a quienes quieren perder. Y esa nación que era la aparente vitrina de una sociedad envidiable, guardaba dentro de sí ecos de viejos conflictos no resueltos, acumulados en el decurso de su violenta historia. Fue así como en su prístino horizonte comenzaron a asomarse borrascas. Y ese largo proceso, que la convirtió en una generosa tierra de acogida, detuvo la máquina para lenta y pesadamente comenzar a andar en reversa, en una dinámica que fue adquiriendo tal velocidad que pasó, de ser el destino de los que buscaban prosperidad, a un inimaginable problema para los países de la región, que se ven superados en su capacidad de albergar esa estampida venezolana que huye del hambre y la miseria.

Las cifras que computaban el ingreso de ciudadanos del mundo a ese paraíso frente al Mar Caribe pasaron a expresar la realidad contraria. Un venezolano llega a Argentina cada 14 minutos. Se calcula que solo en enero de este año casi diez

mil han migrado a ese país. Más de cuarenta mil cruzan todos los días el punto fronterizo que divide a San Antonio, en Venezuela, de Cúcuta, en Colombia. Una vieja tierra prometeda desaguándose por los costados. El refugio de millones, produciendo refugiados por millones.

Y, como con toda filtración, las grietas no decían de la magnitud de lo que veríamos. Hace apenas un puñado de años, en 2012, un grupo de jóvenes habitantes del acomodado este de Caracas produjo un video documental titulado *Caracas, ciudad de despedidas*, en el que consultaban a conocidos y amigos acerca de la situación del país, los cuales expresaban su unánime deseo de abandonarlo. Ya para entonces había gente huyendo de Venezuela desde hacía varios años, pero las cifras todavía no habían adquirido dimensiones bíblicas.

Los creadores del video formaban parte de una generación que había crecido con la figura de Hugo Chávez invadiendo todos los órdenes de la vida, pretendiendo reglamentar todos los aspectos de la cotidianeidad de sus conciudadanos, desde el tiempo ideal que dura una ducha (poniéndose, por supuesto, como ejemplo), hasta cambiar el huso horario, el escudo y la bandera nacional, pasando por la expulsión de Bodies, una exposición sobre cuerpos humanos que ya se había presentado en otros países, porque a él le parecía morbosa. Y todo eso en cadena nacional, en una especie de *talk show* que incluía los aplausos y las risas de un público dócil conformado por adeptos y funcionarios de gobierno.

En ese entonces, en ese marco, el documental casero de los jóvenes «del este del este», como se definió uno de ellos, causó cierto revuelo en la opinión pública. Fustigados tanto por opositores como por adeptos al chavismo, la frase *me iría demasiado*, que acuñó uno de los consultados, pasó a ser motivo de burla para los primeros, y de demostración de frivolidad de ciertas clases sociales, para los segundos.

Seis años después, pocos de los que los atacaron con saña permanecen en el país.

Pero, más allá del video, la decisión acerca de emigrar propició candentes discusiones en redes sociales y círculos de amigos. Los que se iban se sentían cuestionados por los que se quedaban y, en respuesta, tildaban a aquellos de conformistas. Otro debate frecuente era sobre la pertinencia de

opinar acerca de la crisis del país. Era común ver que gente que estaba fuera sentenciase que la tiranía duraría hasta el día que todos salieran a la calle. La respuesta de los que estaban adentro era destacar lo fácil que se decía eso desde afuera. O gente adentro sentenciando que quien se había ido perdía el derecho a opinar.

Era una situación tan extraña al ADN del venezolano, que unos y otros iban de la incomodidad al desconcierto, del desconcierto al miedo, aferrándose a posiciones radicales. Se entiende: el venezolano educó a sus hijos en el infantil mito de vivir en el país más bello y rico, con las mujeres más hermosas y la sociedad más alegre del mundo, por lo que ver partir a los afectos, enfrentar hechos que negaban ese mito, produjo una enorme crisis en nuestro sentido de identidad. El que se iba, el que se quedaba, el que se iba y se devolvía, el que se iba y dejaba de hablar de nuestra crisis, el que se iba y hablaba de nuestra crisis, el que se quedaba y no hablaba de nuestra crisis... no había situación que no fuese blanco de la amarga condena de algún compatriota.

Los venezolanos recibimos gente de naciones, realidades y motivaciones muy diversas pero nunca aprendimos algo elemental: la gente sale de su país porque dejó de encontrar en él las condiciones mínimas para desarrollar su vida, sea cual sea la idea que se tenga de ellas, por lo que se lanza al mundo tras ese rincón en el cual asentarse a criar los hijos. Se pregunta el escritor canadiense, nacido en España, Yann Martel, en su novela *La vida de Pi*:

¿Por qué hay gente que se cambia de país? ¿Qué la empuja a desarraigarse y dejar todo lo que ha conocido por un desconocido más allá del horizonte? [...] ¿Por qué de repente se atreve a entrar en una jungla foránea donde todo es nuevo, extraño y complicado? La respuesta es la misma en todo el mundo: la gente se cambia de país con la esperanza de encontrar una vida mejor.

Eso resume el asunto. Solo que ahora nos tocó a los venezolanos (educados en la idea del país rico, del crisol de razas, de una ciudadanía que no emigra, de una sociedad que había domesticado sus demonios fundacionales) huir de casa.

La historia se escribe con letras tan grandes que nos cuesta leerlas.

LOS 23 KILOS QUE RESUMEN LA VIDA

Mediados de 2017. Caracas. Autopista Francisco Fajardo vista desde alguno de los puentes que la cruzan por encima. Un hombre de cabello blanco y complexión robusta, de unos setenta años, ve a cierta distancia la represión de la que son objeto los manifestantes por efectivos de la guardia nacional, como quien asiste a una representación de una de las batallas de la guerra de independencia. Clava su mirada en la escena, con una macerada mezcla de rabia y dolor. Una cámara de un medio digital lo atisba. El periodista intuye una historia detrás de esa mirada cargada de significados, y va tras ella. Se acerca y formula una pregunta intrascendente, quizá torpe, urgente. Su prisa le impide elaboraciones muy complejas. Una opinión acerca de las protestas y la crisis. Un pretexto para hacer que esa mirada se haga de palabras.

«Estos hijos de puta —murmuró el hombre, con un lento gruñido salido del pecho, sin apartar la vista de la escena— convirtieron el mejor país del mundo en el peor país del mundo. Todos mis hijos se han ido. Y teníamos el mejor país del mundo». Y en lo que no dijo, la cámara captó la honda soledad de un patriarca, su batalla contra una herida que le arrebatara las fuerzas, su desconcierto ante el desplome del mundo conocido, su orfandad de satélites girando en torno, alejado de los abrazos y el calor de los suyos.

Esta, en mayor o menor medida, es la historia de la inmensa mayoría de las familias venezolanas de estas primeras décadas del siglo XXI, a quienes les tocó vivir bajo el imperio de un grupo que llegó al poder enarbolando su «Venezuela ahora es de todos».

Mediados de 2017. Maracay. Salvo su hija mayor, residente en Caracas hace más de quince años, todos los hijos de Yadira, entre los veinte y los treinta años, vivían en su misma ciudad. Se reunían con frecuencia en el patio de su casa, para celebrar la vida con cualquier excusa, como los cumpleaños. De pronto, la modesta fiesta comenzó a desvanecerse frente a sus ojos. Los episodios de inseguridad personal aumentaban con odiosa frecuencia. Las oportunidades de desarrollo se angostaban. A partir de las cinco de la tarde la ciudad comenzaba a semejar un pueblo fantasma. El transporte público menguaba día tras día. Conseguir comida se hacía cada vez más cuesta arriba. Comprar gas suponía hacer colas de

horas bajo el inclemente sol maracayero. Cuando no pagaba vacunas a las bandas que controlan la zona, el esposo de su hija menor (que tenía una modesta carnicería en un barrio de la ciudad) debía someterse a los abusos de los fiscales del Instituto para la Defensa del Consumidor, que lo obligaban a vender por debajo del precio de compra. Conseguir los medicamentos para una de sus nietas, aquejada de una enfermedad cardíaca congénita, se volvió una odisea con ribetes de pesadilla. La vida, en fin, dejó de dar motivos para celebrarla.

Y aun en medio de ese panorama, tomar la decisión no fue fácil. Nadie cambia lo conocido por lo desconocido, cuando se trata del piso que te sostiene sobre la tierra. Pero fueron llegando al límite y entraron en una zona en la cual no decidir suponía decidir por la muerte.

El primero fue Kabir, ilustrador y diseñador, quien agarró un morral y se montó con su novia en un bus que lo llevaría desde Maracay hasta la frontera con Colombia, para embarcar allí en otro que lo llevaría a Bogotá. Cuenta Yadira, quien esperó noticias de él en la compañía de todos los cuentos de guardias robando a los pasajeros y de peligros acechando en la carretera, que cuando escuchó su voz al teléfono, lejana pero viva, sintió finalmente que el aire volvía a sus pulmones.

A los seis meses siguió Alfredo, programador web, quien redobló la apuesta y, también con la novia como compañera de viaje, rodó en bus los más de 2500 kilómetros que separan Maracay de Quito. Luego lo haría el esposo de Estefanía, la hija menor, para probar fortuna en Lima. En poco tiempo mandará los pasajes para su mujer y sus hijos.

En menos de un año esas tardes de sábado reunidos en el patio de su casa se convirtieron en un recuerdo ajeno, como de otra vida. Cada tanto, los que se fueron, los que se irán, los que se quedaron, sueñan con ese día en que vuelvan a reunirse para compartir las mismas cervezas y los mismos viejos chistes.

Por lo pronto, es un sueño tan forzosamente postergado que produce dolor.

En Quito también se instaló Bárbara, una odontóloga de 27 años. Vivía en Caracas con sus padres y su hermana menor, Luzmarina, quien estaba por terminar su carrera de nutricionista. Luego de una relación de varios años con su novio, Bárbara se cansó de esperar la oportunidad de comenzar en Caracas su vida en común, y un día atendió la

invitación de unos amigos odontólogos instalados en la capital de Ecuador. Sin pensarlo mucho, comenzó su papeleo y se fueron a hacer allá el hogar que no pudieron hacer en su ciudad natal. Seis meses después invitó a la hermana, que ya se había graduado. Esta, cuyo novio está en Estados Unidos trabajando, concluyó que cada día que pasara se le iba a hacer más cuesta arriba salir del país, por lo que aceptó la invitación. Ya verá cuándo se reúne con el novio, si es que esa es la ruta que le depara el destino.

Acababa de cumplir veinticinco años cuando se fue. Un lapso de tiempo significativo para acumular recuerdos, gustos, modos de vida y, sobre todo, efectos personales. Pasó días seleccionando entre ropa, libros de consulta, objetos de valor, artículos personales y efectos de valor sentimental, lo que formaría parte de los 23 kilos de esa maleta con la que iniciaría su nueva vida.

El apartamento en el que vivían con sus padres tiene ahora dos habitaciones vacías. Unos ochenta metros cuadrados que lucen enormes. Y solitarios. Sin las risas de las hijas, sin la alegría de sus amigos, ahora parece una casa de retiro. Su papá confiesa que a las seis de la tarde ya le ha echado llave a una puerta que no se volverá a abrir hasta el día siguiente, cuando salgan a trabajar. Pese a la promesa de las hijas, no se imagina viviendo en Quito. «No se halla» teniendo las hijas tan lejos, pero «tampoco se hallaría» pasando el resto de sus días a 2850 metros sobre el nivel del mar, en una ciudad lejana a todas sus costumbres.

Se van los hijos. Se va el padre con la esperanza de mandarle el pasaje a la familia. Se va la madre soltera, sin poder prometer nada pero mandando remesas para aliviar el hambre de los que dejó en casa. Se va uno de los dos miembros de la pareja y el otro se queda, resignado, atendiendo las labores que antes hacían juntos, desde hacer las compras y las colas para sacar efectivo, hasta tener con quien quejarse de esto «que no es vida». Se van, incluso, ambos padres y dejan a los niños en manos de familiares o vecinos, o hasta en albergues, como objetos perdidos que nadie reclamará al final de la jornada.

En la Venezuela de hoy todas las familias tienen una historia del que se fue o del que se va. Los únicos rubros comerciales que crecen en Caracas son las tiendas de ropa usada y las librerías de viejo, donde va a dar todo aquello que no

cabe en esos 23 kilos que deben resumir la vida de los que se despiden, quién sabe si para siempre.

TODA DESPEDIDA SUPONE UN DUELO

El sentimiento de pérdida que producen las despedidas genera una especie de culpa parecida a lo que se experimenta ante la muerte de un ser querido. Deja en el corazón esa sensación, como lo sintetizaría Jorge Luis Borges con melancólica belleza, de que nada nos habría costado haber sido mejores. Pero, a diferencia de la muerte, como ambos deudos quedan vivos, ambos comparten la culpa.

«Todas las cosas que pudimos compartir y no lo hicimos, todas las veces que los pude visitar y me dio flojera con la excusa de que vivíamos lejos, y ahora no puedo sino sentir rabia», escribe Kabir, desde su estancia bogotana, a su hermana en Caracas. Aquella siente el dolor de cada una de esas palabras y siente el impulso de consolarlo, pero la pantalla solo le permite decirle algunas frases que, ella lo sabe, nunca expresarán todo lo que siente.

El sentimiento de pérdida que producen las despedidas es, de hecho, una de las formas del duelo. Nos despedimos sin saber si los volveremos a ver. Se trata de un sentimiento extraño. Están vivos, pero no los podemos ver ni tocar. No podemos escuchar sus voces en persona. No podemos sentir su abrazo ni su olor. Están vivos pero lejos. Están y no están. Viven en nuestro recuerdo.

Alfredo se ha llevado sus sustos en Quito. Confiado de que en su nueva vida podía andar tranquilo por las calles de noche, ya descubrió que no es tan así. En una ocasión unos colombianos lo rodearon y le hicieron entregar el teléfono. En otra, tuvo un accidente con la bicicleta que lo llevó al hospital. No todas esas historias se las cuenta a la mamá. No, al menos, en toda su dimensión. Esos sustos lo han llevado a pensar que, si bien la perspectiva de morir en los próximos años no es grata en lo absoluto, hacerlo en tierras lejanas le produce una angustia que alimenta el insomnio.

Y aunque no lo dice, algo similar piensa su madre, con sus hijos viviendo en tierras lejanas.

El sentimiento de pérdida que producen las despedidas es, también, acumulativo. Cada una pega más que la anterior.

Se llega a un punto en que los que se quedan se sienten tan extranjeros como los que se van. Tan solos como los que se van. Tan ajenos a la alegría de la vida como los que se van. El chavismo logró dos hitos que parecían imposibles, no ya de alcanzar juntos, sino acaso de alcanzar a secas: quebrar un país petrolero y volver triste un país caribeño. La emigración venezolana se volvió un fenómeno con dos componentes: uno hacia afuera, otro hacia adentro, al interior del sentimiento de soledad del que se quedó, de la tristeza del que se quedó.

Los que se fueron salen todos los días a la calle, sabiendo que nunca se va a encontrar a nadie conocido, que otro será el acento que sonará en las calles; otro, el modo de decir, las formas de bromear y de pelearse cariñosamente con sus amigos. Salen a la calle sabiendo que nunca aparecerá, entre la masa de gente, una cara conocida. O quizá, lo más doloroso sea que, sumergidos en el pensamiento mágico, a veces hasta les da por fantasear con la idea de encontrarse de pronto en una esquina un rostro querido. Pero de inmediato despiertan de esa ensoñación, y llegan a sus casas tristes, preguntándose una vez más si de verdad era tan necesario, si no habrían ignorado una posibilidad, si no se habrán precipitado.

Algo similar siente el que se queda. Las calles de siempre pasaron a ser un escenario desolado en el que no se volverán a encontrar ciertos rostros queridos.

COMO CAPAS DE CEBOLLA

El despeñadero por el que el chavismo lanzó a Venezuela está produciendo un deterioro tan acelerado que en un principio podía establecerse de un año al siguiente, luego de un mes al otro, después de una semana a otra. Hoy por hoy, cada día que pasa suma personas que sienten que llegaron a su punto de inflexión y se lanzan al vacío de migrar, a donde sea, como sea, bajo las condiciones que sea.

Al principio, la historia era protagonizada por quienes temían perder sus propiedades. Se trataba de aquellos que recelaban del discurso de Chávez y de la mala compañía de los Castro. Eran los que sudaban cada vez que escuchaban la palabra *expropiación*, que comenzó a hacerse frecuente, y sería la siembra de esta dura cosecha de hambre. Luego seguirían los que temían perder la calidad de vida. Se trataba

de la clase media profesional, que no veía perspectivas de futuro en un país sumergido en esta vorágine de resentimiento y pase de facturas. Los que comenzaron a sentir los colmillos de hampa en carne propia. En la siguiente capa se fueron los que temían perder su futuro, muchachos de veintitantos que no habían visto más que esta sucesión de insultos y amenazas en cadena nacional, que aspiraban a graduarse para independizarse de los padres, que un día perdieron la fe. Y, con lo duro que resultaba esa decisión, partieron a probar fortuna lejos de sus padres, de sus amigos y de sus circuitos de afectos. Finalmente, la última capa, compuesta por los que ganan acaso para adquirir el 5% de la cesta básica, los que se saltan comidas para dárselas a sus hijos, los que se vieron expulsados a la indigencia.

Las primeras historias hablaban de tránsitos por aeropuertos. Las más recientes, de oleadas de caminantes que atraviesan de Santa Elena de Uairén a Boa Vista, en Brasil, o de San Antonio a Cúcuta, en Colombia. E incluso por mar, como esos compatriotas que murieron en una lancha que zarpó de Falcón y zozobró frente a las costas de Curazao.

Del avión al polvo del camino, la migración venezolana ha dibujado un periplo que ha conocido todas las formas posibles del miedo, del horizonte desdibujado, de la incertidumbre, de la dispersión de las familias, del derrumbe del mito del país próspero y feliz, del eco roto de la ufana cantalata de que «venezolano no emigra».

Como capas de cebollas. Cada vez más cerca, no de un núcleo sino de un punto de quiebre.

EXTRANJEROS, ASÍ SE QUEDEN, ASÍ REGRESEN

Están aquellos que llegaron y ya no se imaginan yéndose porque saben que, luego de tanto tiempo, no hay patria a la cual regresar. Están los hijos de esos que llegaron, quienes apelan a esa condición como una ventaja competitiva. Están los que se van, como sea, a donde sea. Están los que, eventualmente, se irán. Están los que se fueron hace un tiempo y ya ven la patria como una pálida fotografía. Están los que volvieron y guardan silencio ante el entusiasmo de los que hacen planes. Pero están, también, los que quedándose se fueron lejos, hacia el interior de sí mismos.

El término es tan impreciso como esa situación a la que alude, porque después de todo también es un viaje, un alejarse sin moverse físicamente. En el diccionario asoma, tímidamente, la palabra *insilio*. Se trata de aquellos que, agotados de todas las maromas, de todas las decepciones, de todos los dolores, de todas las maldades del poder y de todas las torpezas de la dirigencia opositora, decidieron que el viaje más lejano que pueden hacer es hacia ninguna parte. Y se quedan, pero se van, a rincones donde nadie podrá llegar, donde la realidad no puede hacer daño, a mundos de *memes* de risa ligera y fotos de gatos.

Y en ese insilio, la ciudad les recuerda a cada momento su soledad. Hay una hora de la tarde en que se nota con más fuerza. Ese momento en que Caracas luce melancólica, como si se sintiera sola. Como si despertase de su fingimiento, y le tocara reconocer que la gente ya no está ahí. Ni la gente ni el entorno. El horizonte amado convertido en un árido paisaje lunar, con gente hurgando en la basura, calles sucias y aceras llenas de colas. En el cajero, en el automercado, en la panadería, las colas son un nuevo espacio para socializar con desconocidos, ahora que tantos se han marchado. Y la librería que frecuentaba, el café donde veía pasar la tarde, idos en el mismo huracán que se llevó todo vestigio de vida conocida.

Lo dice el tránsito despejado en la autopista. Lo dice el silencio con el que se recorren muchas de sus calles, apenas se hacen las seis de la tarde. Lo dice esa desaparición de nombres en ciertos carteles, en ciertos eventos. Lo dicen los rostros de quienes vuelven a casa con sus pequeñas derrotas. Lo dice la ausencia de esos amigos, de esos familiares que no se volverán a tropezar por las calles. La misma situación de los que están afuera. Extranjeros, donde estén. Así se queden. Así regresen. Ninguno volverá a ser el mismo.

ANIMALES MIGRATORIOS

Nathaniel Hawthorne decía que «la naturaleza humana no dará fruto, al igual que la papa, si se planta una y otra vez, durante demasiadas generaciones, en la misma tierra agotada». Esas líneas ofrecen un vago consuelo a estos veinte años de la historia reciente de nuestro país. Un alivio que permitirá secar una herida que amenaza con desangrarnos espiri-

tualmente. Una posibilidad de ver el asunto a tajos y no en los dolorosos detalles. Nos ayuda a entender que los hijos de esos venezolanos que se fueron germinarán y retoñarán en tierra desacostumbrada para hacerse más fuertes. Que regarán con sangre nueva otras tierras, echando a andar la descomunal noria de la historia. Como esos españoles que vinieron a lo que llamaron Nuevo Mundo buscando una fortuna esquivada. Y los moros que, cientos de años antes, hicieron lo propio en España. O los caribes que se esparcieron, buscando tierras y mujeres para sembrar su semilla, desplazando a los mansos taínos. Y nuestros ancestros canarios, italianos, españoles, portugueses, colombianos, ecuatorianos, dominicanos...

Aunque diferentes circunstancias, la historia es básicamente la misma.

«Digamos que el sol brilla para todos, pero desde que puedo recordar hemos sido animales migratorios viviendo bajo un clima cambiante», apunta una hermosa canción del grupo francés Syd Matters, titulada *Obstacles*. Y así como los terremotos producen reajustes en las capas de la tierra, los flujos migratorios, cada tanto, redistribuyen la semilla humana, escribiendo la historia con esa letra grande que nos cuesta tanto leer.

El hijo del escritor Gustavo Valle (hijo, a su vez, de boliviano) nació en Argentina, donde vive desde hace años. Él lo escucha hablar, con su acento, sus modismos, su universo acoplado al entorno, y siente por instantes el impulso de preguntarle por qué habla con ese extraño acento. Pero le dura poco, porque de inmediato recuerda que el extranjero es él. Y le pasa a la gerente cultural Maite Espinasa, hija de catalanes, cuya hija caraqueña decidió un día migrar a Barcelona, donde tuvo su hijo, catalán como sus primos cuyos abuelos y padres jamás se movieron de esas tierras. Y al editor Ulises Milla, nieto de un español que migró a Uruguay, cuyo hijo uruguayo migró a Venezuela, para que su hijo venezolano viera a su hijo nacer español, cerrando un curioso ciclo tras cuatro generaciones. O la documentalista caraqueña Anabel Rodríguez Ríos, cuyo hijo nació en Austria, a la inversa de los venezolanos hijos del austríaco músico Gerry Weil.

Animales migratorios viviendo bajo un clima cambiante. Miradas que un día vieron un paisaje por primera vez. Histo-

rias hechas de dolor, estupor, angustia, anhelos, esperanzas y temores, escritas con la propia sangre, como todo lo que vale la pena. Historias que sus descendientes escucharán como lejanas, casi ajenas, aunque intuyan que forman parte de esa sustancia que los define, allá donde estén.

GLOSARIO

abismar. Sorprender, sorprenderse.¹

arepa. Especie de pan de forma circular, hecho con maíz ablandado a fuego lento, luego molido, o con harina de maíz precocida, que se cocina sobre un budare o una plancha.¹

bolas criollas. Deporte practicado en Venezuela y en la ciudad colombiana de Cúcuta. Guarda cierto parentesco con los deportes europeos de bocce y petanca, así como de las bochas.³

cachaco. Bogotano, ciudadano de Bogotá, Colombia.³

cachapa. Pan hecho con masa de maíz tierno molido, leche, sal, papelón o azúcar, que se prepara en forma de bollo envuelto en la hoja de la mazorca y hervido, o cocido y a manera de torta.¹

caimanera. Juego o partido informal de béisbol, fútbol o básquet.⁴

canica. Bola pequeña de barro, vidrio u otra materia dura, que usan los niños para jugar.¹

chévere. Estupendo, buenísimo, excelente, primoroso, gracioso, bonito, elegante, agradable.¹

colombiche. Persona o cosa considerada indeseable o digna de menosprecio por ser colombiana.²

coño. Palabra que expresa diversos estados de ánimo, especialmente extrañeza o enfado.¹

cotorro, a. Término despectivo usado en el habla popular venezolana para describir a los inmigrantes ecuatorianos en Venezuela.⁵

cuatro. Guitarrilla venezolana de cuatro cuerdas.¹

estadal. Refiere al estado federal, en países como Venezuela

y Brasil, cuyo primer nivel de división política del territorio se denomina *estado*.⁵

garzón. Muchacho joven.¹

gocho. Persona nacida en los estados andinos venezolanos.³

guaro. Persona nacida en el estado Lara de Venezuela.⁵

hallaca. Pastel de harina de maíz, relleno de un guiso elaborado con varias clases de carne o de pescado en trozos pequeños y otros ingredientes que, envuelto en hojas de plátano o cambur, se hace especialmente en Navidad.¹

hatillo. El Hatillo, municipio del estado Miranda ubicado en el área metropolitana de Caracas o Gran Caracas.⁵

joropo. Música y danza popular venezolanas, de zapateo y diversas figuras.¹

malandro. Delincuente, especialmente el joven.¹

maracucho. Oriundo de Maracaibo, capital del estado Zulia en Venezuela.⁵

marico, a. Varón con modales y actitudes prototípicamente femeninas. De uso coloquial, malsonante; por extensión, se emplea también como adjetivo.²

memé. Viñeta satírica creada por aficionados que se publica a través de diferentes medios en Internet.²

paco. Policía.⁵

pana. Amigo, camarada, compinche.¹

pare de contar. Basta, suficiente, no más.²

papelón. Pan de azúcar sin refinar.¹

pasapalos. Snacks.⁵

patacón. También *tostón*. Rodaja de plátano verde, machacado y frito y a veces con especias.¹

pavoso. Que trae mala suerte.⁵

pepito. Bocado [de pan francés] que tiene dentro un filete de carne.¹

róbalo. Pez teleósteo marino, de hasta 80 cm de largo, cuya carne es muy apreciada.¹

rolo. Bogotano.⁵

rumba. Fiesta.⁵

santamaría. Cortina metálica que protege la entrada o vidriera de un negocio.⁵

sifrino. Dicho de una persona, que ostentosamente pertenece o simula pertenecer a una clase social pudiente.²

sobrebarriga. Corte de carne de la res extraído de debajo de la piel y por encima de las costillas.⁵

tequeño. Palito de queso blanco envuelto en una capa fina de masa de harina de trigo.⁵

tizana. Bebida típica de Venezuela que consiste en varias frutas cortadas en trocitos, mezcladas en zumo de naranja y granadina; esta última le da su característica tonalidad rojiza.³

todera. Que hace todos los oficios.⁵

tongo. Policía.⁵

torta tres leches. Pastel que contiene en su preparación tres tipos distintos de leche: leche evaporada, leche condensada y crema de leche.⁵

veneco. Término del habla popular colombiana que refiere a los ciudadanos venezolanos.⁵

vinotinto. Color logrado de la unión del azul, rojo y amarillo. En Venezuela, refiere a la Selección Nacional de Fútbol, que usa uniformes de ese color.⁵

FUENTES

1. Diccionario de la Real Academia Española.
2. Wikcionario.
3. Wikipedia.
4. Wordreference.
5. Definición elaborada por el editor a partir de entrevistas con venezolanos.

LOS AUTORES

CAROLINA ACOSTA-ALZURU (ESTADOS UNIDOS)

1958. Magíster en Arte y Comunicación de Masas, y doctora en Comunicación de Masas por la Universidad de Georgia. Exprofesora de la Universidad Católica Andrés Bello y profesora titular de la Universidad de Georgia. Autora de *Venezuela es una telenovela*, *La incandescencia de las cosas: Conversaciones con Leonardo Padrón* y *Telenovela adentro*. Ha publicado artículos y monografías sobre la comunicación de masas y las telenovelas en renombradas revistas académicas internacionales. Su trabajo como docente ha recibido diversos reconocimientos como el Josiah Meigs Distinguished Professorship de la Universidad de Georgia, y el premio nacional de la Scripps Howard Foundation como Journalism and Mass Communication Teacher of the Year. Residenciada en Athens.

ÁNGEL ARELLANO (URUGUAY)

1990. Periodista, articulista, docente. Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Santa María, especialización en Gobernabilidad y Gerencia Política por la Universidad Católica Andrés Bello, magíster en Estudios Políticos por la Universidad Metropolitana de Venezuela y doctorando en Ciencias Políticas de la Universidad de la República de Uruguay. Exprofesor de la Universidad Santa María. Colaborador de los medios digitales *analítica.com*, *elestimulo.com*,

opinionynoticias.com, *elcolumnero.com* y columnista de los periódicos *El Tiempo* y *Quinto Día*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Diálogo Político* y coordinador de proyectos de la Fundación Konrad Adenauer en Uruguay. Residenciado en Montevideo.

ALEXIS CASTILLO (PERÚ)

1976. Periodista, editor, conductor de televisión, profesor universitario. Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Santa María y especialista en Proyectos Educativos Comunitarios por la Universidad Monteávila. Periodista del diario *El Tiempo*, Televisora de Oriente y Oasis Televisión. Profesor de la Universidad Santa María. Director de la agencia Más Periodismo. Residenciado en Lima.

JEFFERSON DÍAZ (ECUADOR)

1986. Periodista. Estudió comunicación social en la Universidad Santa María, de Caracas. Trabajó para el diario *Últimas Noticias*, el canal *Vivo Play* y *elestimulo.com*. Colabora para *Vice News* en Español, *gk.city* (medio digital ecuatoriano) y otros medios digitales de América Latina. Fue ganador del premio de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) a la Cobertura Noticiosa 2017. Residenciado en Quito.

GISELA KOZAK (MÉXICO)

1963. Novelista, cuentista y ensayista. Profesora e investigadora universitaria. Nacida en Caracas, Venezuela, es doctora y magíster en Letras por la Universidad Simón Bolívar y licenciada en la misma especialidad por la Universidad Central de Venezuela, donde ejerció la docencia 25 años hasta llegar a profesora titular (catedrática). Ha publicado diez libros y más de cuarenta artículos como investigadora. Destacan las novelas *Todas las lunas* y *Latidos de Caracas*, los libros de cuento *Pecados de la capital* y *En rojo* y los ensayos *Venezuela, el país que siempre nace* y *Ni tan chéveres ni tan iguales*. Ha publicado compilaciones de cuentos de su autoría

como *Pecados de la capital y otras historias*, reconocido por el Premio Bial de Narrativa Armas Alfonzo. Colabora con artículos para *Literal Magazine* y para la página en español de *New York Times*, entre otras publicaciones. Reside actualmente en Ciudad de México.

MANUEL LLORENS (BOLIVIA)

1973. Psicólogo. Profesor e investigador de la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas. Ganador del Premio de Poesía Fernando Paz Castillo con el poemario *Poema para un Lunes Bancario* y menciones honoríficas del Premio Transgenérico de la Sociedad para la Cultura Urbana y Premio de Cuentos de *El Nacional*. Articulista de *El Nacional*, *provinci.org*, *caracaschronicles.org* y *El Ucabista*. Como psicólogo del fútbol trabajó durante más de diez años con las selecciones nacionales Sub-17 y Sub-20 de Venezuela, y de 2007 a 2013 trabajó con la Selección Nacional de Fútbol venezolana («La Vinotinto»). Residenciado en La Paz.

SALVADOR PASSALACQUA (COLOMBIA)

1990. Periodista y profesor universitario. Exeditor de la revista *Siempre Seguro* y del portal de noticias *elmercurioweb.com*. Director creativo de la agencia Equilátero Laboratorio Creativo y exprofesor de la Universidad Santa María. *Community Manager* para el grupo Century 21 en el estado Anzoátegui, Venezuela. Colaborador de la revista *o7o* de la Universidad de los Andes, en Colombia. Residenciado en Bogotá.

HENSLI RAHN (ALEMANIA)

1982. Músico y escritor. Autor de los libros *Crónicamente Caracas* y *Dinero fácil*. Ganador de los siguientes premios: mención de honor en el Concurso de Cuentos de *El Nacional*, 2014; primer lugar en la IX Edición del Concurso Literario Anual de Sacven, 2013; primer lugar en la IV Edición del Concurso de Historias Policlínicas Metropolitanas, 2010; y mención de honor en el VI Concurso Anual Transgenérico

patrocinado por la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, 2006. Residenciado en Berlín.

MARÍA EUGENIA RODRÍGUEZ (PANAMÁ)

1975. Periodista egresada de la Universidad Central de Venezuela, con máster en Producción de Radio de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido redactora en el diario *El Mundo Economía y Negocios*, revista *A tu salud*, coordinadora de las secciones «Medio Ambiente» y «Salud» para *www.analitica.com*, redactora de reportajes especiales en Radio Exterior de España, analista de discursos políticos y corresponsal para la agencia EFE en Caracas. Residenciada en Ciudad de Panamá.

EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES (ESPAÑA)

1977. Escritor. Autor de las novelas *Blue Label/Etiqueta Azul*, *Transilvania Unplugged*, *Los desterrados*, *Liubliana*, *Jezabel y Julián*. Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello, licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela, magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Autónoma de Madrid y en Estudios Literarios por la Universidad Complutense de Madrid. Premio Iberoamericano de Novela Arturo Usler Pietri. Residenciado en Madrid.

PAOLA SOTO (ARGENTINA)

1991. Licenciada en Comunicación Social. Ha colaborado con reseñas literarias, ediciones, ensayos y reportajes narrativos para distintos medios de Venezuela y Argentina. Es autora del poemario *Mal abrigada* (reeditado con Valparaíso Ediciones, 2018). Sus poemas también pueden encontrarse en la antología de poesía joven venezolana *Amanecemos sobre la palabra* (Team Poetero Ediciones, 2017) y en la *Antología*, tomo II, primavera del 2016 (Peces de Ciudad Ediciones). Edita un blog personal: *www.porprimeravez.wordpress.com*. Residenciada en Buenos Aires.

MIREYA TABUAS (CHILE)

1964. Periodista y escritora. Licenciada en Comunicación Social y magíster en Literatura Venezolana por la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Alberto Hurtado de Chile. Periodista por más de veinte años del diario venezolano *El Nacional*. Profesora de la Universidad Central de Venezuela. Ha dirigido más de quince talleres literarios, cinco de ellos en Chile. Autora de siete libros de literatura infantil publicados en Venezuela, Brasil, Colombia, México, Panamá, Costa Rica, Chile e Italia. Ganadora del Premio Nacional de Periodismo de Venezuela en 1996. Además, dos veces (2002 y 2012) sus libros han sido incluidos en la Lista de Honor del International Board on Books for Young People. Editora del diario digital *Diario Bitcoin*. Profesora universitaria. Residenciada en Santiago de Chile.

TAMARA TARACIUK BRONER (BRASIL)

1979. Abogada graduada de la Escuela de Derecho de Universidad Torcuato di Tella, de Argentina, donde actualmente enseña; diploma de postítulo en Derechos Humanos y Justicia Transicional de la Universidad de Chile y magíster en Derecho por la Universidad de Columbia, Estados Unidos. Es investigadora sénior de la División de las Américas de Human Rights Watch y cubre varios países en la región, con especial foco en Venezuela. Anteriormente coordinó un proyecto sobre seguridad ciudadana en Latinoamérica para el Woodrow Wilson International Center for Scholars y trabajó en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos. Residenciada en Buenos Aires.

HÉCTOR TORRES (VENEZUELA)

1968. Escritor y promotor literario. Autor de *El amor en tres platos*, *La huella del bisonte*, *El regalo de Pandora*, *Caracas muerde*, *Objetos no declarados* y *La vida feroz*. Fundador y editor del portal *ficcionbreve.org*. Coordinador académico

del Diplomado de Escritura Creativa de la Universidad Católica Andrés Bello. Colaborador regular de la extinta *Revista Veintiuno* de la Fundación Bigott, y de varias publicaciones digitales como *Sacven Creativa* (blog de la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela), *Revista Clímax*, *El Portal Voz* (Red de Televisiones Educativas y Culturales de Iberoamérica), *nalgasylibros.com*, *panfletonegro.com*, *prodavinci.com* y columnista del *Diario 2001*. Residenciado en Caracas.

En la Venezuela de hoy
todas las familias tienen una historia del que se fue
o del que se va.

Pero el infierno nunca escapa de nosotros

Salvador Passalacqua, Colombia

La inmigración venezolana en territorio brasileño

Tamara Taraciuk Broner, Brasil

Libertad

Jefferson Díaz, Ecuador

Joropo de esperanza

Alexis Castillo, Perú

De Venezuela a la patria celeste. La historia de los veneguayos

Ángel Arellano, Uruguay

Afuera y adentro

Carolina Acosta-Alzuru, Estados Unidos

México, mi otro país

Gisela Kozak Rovero, México

Protestas y fútbol: entre Venezuela y La Paz

Manuel Llorens, Bolivia

Páginas del exilio

Paola Soto, Argentina

El país que se inundó de venezolanos

Mireya Tabuas, Chile

Nunca pensé en vivir aquí

Maru Rodríguez, Panamá

Anotaciones al margen de una diáspora

Hensli Rahn, Alemania

En torno a los venezolanos, algunas reflexiones

Eduardo Sánchez Rugeles, España

La crisis desde adentro. Inventario espiritual de la ausencia

Héctor Torres, Venezuela

